

Te juro
que no
lo he
hecho

A
P
R
O
P
Ó
S
I
T
O

Erina Alcalá



TE JURO QUE NO LO HE HECHO A PROPÓSITO

ERINA ALCALÁ

*El camino siempre es el mismo
Lo que lo hace especial es cómo lo transitas
Y con quién lo compartas.*

CAPÍTULO UNO

—¡Por favor Carol!, ¡búscame algo! Lo necesito. Lo que sea. No me importa el trabajo que deba realizar, claro, siempre que no sea indecente. No me queda mucho dinero. Mis abuelos, lo poco que tenían, lo gastaron en medicinas y médicos. Necesito trabajo urgentemente. O me voy a volver loca. Me queda lo justo para un par de meses sin excederme y estoy desesperada.

—Espera, —dijo Carol—. Sólo tengo un trabajo y podrías realizarlo, ya que tienes el título de Auxiliar de Enfermería. Para esto no necesitas ser enfermera. Además, tienes experiencia con tus abuelos, Karen. Pero has sufrido mucho y darte este cliente... No sé, quizá no salga bien. Eres joven y...

—No me importa. Haré lo que sea necesario —Suplicaba Karen con desesperación, en la oficina de Empleo del pequeño pueblo situado en las montañas del Norte de Montana, llamado Bell.

A Karen, se le habían muerto sus abuelos. Uno tras otro, con diferencia de algunos años.

Ella, había dejado el Instituto para encargarse de ellos y cuidarlos como sus abuelos la cuidaron a ella cuando murieron sus padres.

Se habían puesto enfermos, uno detrás de otro y había perdido su adolescencia y su juventud, y lo que era peor, el dinero de los abuelos se había ido con ellos para pagar sus enfermedades.

—Lo único que tengo es un hombre muy difícil. Ha echado a cinco personas en un día, precisamente hoy. Es un hombre y es insoportable. No te lo recomendaría. Además, el trabajo tiene sus inconvenientes —Seguía diciendo Carol, la chica de la agencia de empleo de Bell.

La agencia de empleo de Bell, era una oficina pequeña, que solo tenía una sala con ventanas a la calle y un baño.

Una percha de pie y un paragüero en la entrada. Estaba pintada de verde y tenía algunos folios con trabajos pinchados en un gran corcho a la entrada, pero casi todos eran para los ranchos y para hombres que supieran montar a caballo, vaqueros y ella no encajaba en ese perfil.

Ya había echado un vistazo al entrar a ver si había algún trabajo para ella, que pudiera encajar en lo que fuese, ya que, a parte del instituto, hizo un curso por correspondencia de Auxiliar de Enfermería, que le sirvió para cuidar a sus abuelos. No tenía más estudios.

La agencia, Estaba pintada de verde esperanza. Una mesa, con un sillón donde estaba sentada Carol, una chica de unos veintinueve años, rubia y preciosa, que siempre vestía faldas cortas mostrando sus larguísimas piernas y su amplia sonrisa.

Era una chica espectacular. Sus labios siempre rojos, y era muy eficiente en su trabajo.

Y siempre conseguía algún trabajo para sus clientes. A veces, era difícil, porque el pueblo era pequeño, pero cuando una persona necesitaba a un trabajador, la llamaban a ella, y cuando alguien necesitaba un trabajo también.

En Bell, todo el mundo se conocía. Tenía dos mil habitantes, repartidos también entre el pueblo y ranchos cercanos.

Las casas del pueblo se alineaban a un lado y a otro de la carretera y los comercios en Bell, solían estar en el centro del pueblo a los dos lados de la calle, excepto el salón de baile, para los

jóvenes y no tan jóvenes, que estaba a la salida del pueblo.

En la otra salida, había un grupo de cabañas preciosas. Algunas pertenecían a personas que no vivían en el pueblo. Eran cabañas vacacionales en propiedad. Hechas de troncos de madera maravillosas. No muy grandes.

—¿Y eso, por qué? ¿Qué inconvenientes puede tener? No creo que sea un trabajo más difícil de lo que ya he hecho. —Dijo Karen.

—Mirándolo así, Karen... te pongo en antecedentes —¡Siéntate por favor! —Es millonario, es joven, es guapo, es alto y fuerte. Es un hombre conocido en el mundo financiero, por lo que mantendrás el anonimato. Viene en el contrato. Ya puedes sacar tus fuerzas para moverlo. Pero es insufrible. Tuvo un accidente de coche. Se le echó encima otro coche en una curva y el conductor iba borracho. Consecuencias: un esguince de tobillo derecho que tiene escayolado, moratones en todo el cuerpo y las dos muñecas rotas, escayoladas hasta el codo. Hay que bañarlo, lavarlo, llevarlo al baño, eso es lo más complicado porque no es una persona mayor, sino un hombre joven. Ya sabes, para hacer de todo, darle de comer, vestirlo, limpiarlo. Como un niño pequeño. Y no ha conseguido hasta ahora que ninguna de las mujeres que le he mandado lo haga. O las ha echado, o se han ido. Cinco en un día. Ya es difícil. Estás avisada. Sí tú lo consigues estoy salvada. Tengo esta mañana unos nervios...

—¡Qué barbaridad, qué pena!

—Sí, mucha pena, espera que veas al ogro del cuento. Vive en Nueva York, y vino a ver a sus padres que viven en Helena, en la capital. Sus padres tienen una cabaña en este pueblo del norte de Montana y no ha venido nunca, hasta ahora. Quiere estar solo hasta que se cure. El médico del pueblo va a ir a verlo cada semana. Ya ha ido esta semana, hoy en concreto porque llegó ayer por la tarde. Lleva dos días sin bañarse. O eso creo. —Karen, escuchaba con la boca abierta, pero con mucha atención—. Tus servicios, son baño, limpiar la cabaña, compra, asearlo, comida y servirle un tanto de secretaría cuando tenga que hablar por teléfono, además de lo que te dije anteriormente. Es un hombre de negocios. Tiene una cadena de restaurantes caros repartidos por todo el estado.

—¿En serio es rico?

—Muy rico. El sueldo es este. —Abrió mucho los ojos al ver el salario—. La cabaña, es la que hay a un kilómetro a la salida del pueblo. La primera cabaña. ¡Uf!, me canso de contarlo todo de golpe cada vez que se lo ofrezco a alguien. Son cinco veces ya hoy, desde las siete de la mañana.

—No te preocupes. He prestado atención y sé cuál es esa cabaña. Quiero el trabajo. El sueldo es muy alto... Y me va a venir estupendamente. Quiero ahorrar para cuando termine, irme a Helena y encontrar otro trabajo. Al menos tendré para alquilar algo barato mientras encuentro un trabajo. Y este sueldo durante tres meses me vendrá de perlas.

—Sí, pero tendrás que quedarte a dormir allí. Podrías alquilar si quieres la casa de tus abuelos unos meses y así ganar un poco más.

—Preferiría no hacerlo. Tengo allí todos mis recuerdos —dijo ella que no quería alquilarla, por si tenía que volver si el trabajo se le hacía insostenible.

Y de ser así... ¿Dónde iba a quedarse si volvía?

—¿Estás segura?

—Sí. Gracias. Carol. Me lo quedo. ¿Cuándo me incorporo?

—Ayer. Recoge ya tus cosas y te asigno el trabajo. Firma aquí. Y aquí el contrato de confidencialidad —Firmó y Carol le entregó las llaves de la cabaña—. Suerte y me llamas si tienes dificultades. A ver lo que aguantas. Él te dará un cheque mensualmente y dinero para la

compra.

—Muchas gracias Carol. Ya te contaré.

Karen, salió de la oficina, con su primer empleo. Estaba feliz y contenta. Lo necesitaba. No podría ser un hombre tan difícil.

A lo mejor pesaba mucho. Carol le había dicho que echara mano de todas sus fuerzas. Bueno, ella era pequeña, pero tenía fuerzas, ya había practicado con los abuelos seis años. No le importaba.

Sólo le quedaba la casa de sus abuelos, que se la habían dejado y no estaba en muy buenas condiciones. Era pequeña, y además necesitaba una buena reforma. Gracias a ese trabajo podría irse lejos. Lo necesitaba. El pueblo la estaba asfixiando.

En cambio, y a pesar de que la casa tuviese unos años, siempre estaba muy limpia. Tenía dos dormitorios y había vivido con sus abuelos desde que tenía diez años, en que sus padres murieron en un accidente de avión.

Estos, se ocuparon de ella hasta que terminó el Instituto y cuando acabó, sus planes eran ir a la Universidad, pues le habían concedido una beca, pero, el abuelo se puso enfermo. Una enfermedad renal que lo llevo a diálisis a diario.

Así que tuvo que cuidarlo y renunciar a su sueño de ser Profesora de Instituto. Le encantaba la Literatura.

Y tuvo que dejar a un lado sus estudios en la Universidad con gran pesar, pero no iba a dejar a sus abuelos sin cuidar. Quizá más adelante podría asistir a la Universidad de alguna manera.

Cuatro años estuvo el abuelo enfermo, y cuando murió, la abuela no se recuperó y tardó dos años en morir. El último año, estuvo en cama todo el tiempo, como el abuelo y ella ya estaba acostumbrada.

Así que estuvo seis años de su vida al cuidado de sus abuelos. Hizo un curso de auxiliar de enfermería a distancia, cuando lo necesitó para el abuelo, pero no tenía más tiempo para nada.

Su sueño de ser profesora de Literatura se fue de momento al garete, pero no lo lamentó nunca. Cuidar de sus abuelos era su prioridad. Nunca podría haberlos dejado solos.

No los había dejado solos, pero había perdido muchas cosas por el camino, emociones, sentimientos. Fiestas.

Toda la adolescencia y juventud, fiestas con sus amigas que ya no lo eran y conocer el amor, a chicos, un beso, un beso simplemente que levantara y alterara sus hormonas, lo que hacían todas las chicas de su edad y de antes de su edad y que, para ella, era desconocido.

Claro que no lo lamentaba, ayudar había sido imprescindible, pero el dinero ahorrado de sus abuelos, se había ido al traste y no le quedaba sino para un par de meses y gracias que la casa, vieja y el coche más viejo aún, lo tenía, pero necesitaba dinero y si ese hombre era difícil, ella lo manejaría. Apostaba por ello.

Hacía dos meses que la abuela había muerto. Aparte de la casa, le había dejado dinero como para sobrevivir dos meses más, porque todo lo que habían ahorrado en la vida, se fue en las enfermedades que tuvieron, y tuvo que ponerse manos a la obra y buscar un empleo.

Si conseguía un empleo estable algún día, se pondría a estudiar por la Universidad a distancia, pero, le parecía un sueño inalcanzable ya a estas alturas.

El pueblo, era pequeño y era muy difícil encontrar un trabajo permanente. Se le había ocurrido irse a Helena, la capital del estado y buscarse allí un trabajo, pero le daba miedo irse con las manos vacías, gastarse el poco dinero que tenía y quedarse en la calle.

Prefería ahorrar algo para estar en la capital unos meses, que le diera tiempo de buscarse un

trabajo decente.

Y si ahorraba lo suficiente, estudiar de noche en la Universidad a distancia y sacarse el título de profesora de Literatura. Demasiados sueños y poco dinero.

Tenía que aprovechar este trabajo muy bien pagado, aunque fueran sólo dos o tres meses.

Si el hombre era difícil, ella también. No iba a renunciar a ese trabajo. En el pueblo tan pequeño, encontrar algo así, era impensable y con ese sueldo menos todavía.

El enfermo en cuestión se llamaba Mat. Mientras hacía su maleta para dos o tres meses iba recordando a qué se dedicaba y los servicios que iba a prestar y sobre todo cómo iba a presentarse.

Le había dado Carol la llave de la cabaña. Si ella recordaba, era una cabaña preciosa, cerca del arroyo como todo el grupo de cabañas que había cerca del arroyo.

Cuando terminó de recoger, desconectó la luz y el agua, y salió de casa de sus abuelos a su primera aventura laboral.

Cogió el coche del abuelo, que ya tenía unos años, metió la maleta en el maletero y se lanzó a la salida del pueblo camino de la cabaña.

Karen, tenía veinticuatro años, el pelo pelirrojo claro, rizado y largo hasta casi la cintura. Tenía que recogerlo en una cola, para que no se le alborotara y sobre todo para trabajar. Medía uno sesenta y cinco.

Era delgada y de facciones bonitas, sin llegar a ser muy guapa, era muy atractiva. Tenía los ojos verdes claros y unas largas pestañas rizadas.

Y unas pecas alrededor de una nariz pequeña y respingona. No necesitaba maquillaje para ser bella. No tenía tiempo de maquillarse.

Siempre iba con vaqueros o chándal y camisetas, y en invierno, con jerséis, deportivas para casi todo, que era trabajar.

No recordaba cuando se había puesto unas sandalias o unos tacones altos. Es más, no tenía. Sólo dos pares de deportivas.

Y ahora estaban en pleno mes de abril. Ya apuntaba la primavera. Y el campo estaba precioso.

Crecían las flores al lado del pequeño riachuelo, donde había unas cuantas cabañas, separadas unas de otras, lo suficiente para tener intimidad.

Cuando era adolescente iba con sus amigas a ese lado del pueblo, que estaba a las afueras, pero desde que los abuelos enfermaron, no había tenido tiempo ni de pasear.

Conforme iba en el coche, veía el paisaje y era precioso. Las cabañas, a lo lejos, estaban hechas de madera, nuevas y pequeñas, pero caras, hechas con troncos enormes. Le encantaban. ¡Ojalá ella tuviera una de esas!

Cuando llegó a la pequeña cabaña, la que le había señalado la chica de la Agencia, Carol, aparcó su viejo coche al lado.

Estaba cerrada, y las cortinas echadas, a pesar de ser primavera y las doce de la mañana. Abrió la puerta...

—¡Váyase! ¿Quién es? ¡He dicho que se vaya! —Fue el primer recibimiento. ¡Pues estaba bien la cosa, pensó! Menos mal que ya estaba avisada.

Iba listo ese. Aún no la conocía —Pensó Karen —Si algo tenía era tesón y paciencia y no le ganaba nadie. Y sobre todo necesitaba ese dinero.

La voz salía de uno de los dos dormitorios que había en la cabaña.

Decidió echar un vistazo mientras el hombre difícil vociferaba sin parar. Tenía un fuego, ahora apagado y un salón pequeño pero precioso, con dos sofás, un sillón, televisión, con una mesa de

comedor para cuatro y una cocina equipada totalmente con todos los electrodomésticos más modernos del mercado.

Miró el frigorífico y los armarios. Nada, vacíos. Sólo vajilla y cubertería. Las cortinas eran preciosas. Pero tenían algo de polvo y la cabaña también.

Se ve que no había sido utilizada desde hacía tiempo. Tendría que hacer una limpieza. Luego había tres puertas.

Decidió dejar la de las voces la última. En una de ellas, había un dormitorio, al lado del otro. Y metió su maleta allí.

Era precioso, pequeño, tenía un baño propio, pequeño con ducha, un armario y una cama grande, una mesita de noche y una butaca con una mesa de estudio.

Junto a esa habitación había un cuarto pequeño para la colada y utensilios de limpieza y el otro debía ser el del lobo que aullaba.

Entró por fin en la guarida del lobo. Cuando ella entró, él se calló de golpe. La miró directamente a los ojos asustándola. Pero ella no se asustaba fácilmente.

—¡He dicho que te vayas! Eres joven y pequeña y pareces una zanahoria.

—Tampoco te han gustado las de más edad, ni altas, ni morenas, ni rubias. Así que te acostumbrarás, no lo dudes. Esta pequeña zanahoria lleva aguantando mi altura veinticuatro años y no me ha dado ningún problema. ¿Cuánto mides tú?

—Uno ochenta y ocho —¡Hombre!, el lobo sabía hablar además de aullar.

—¡Qué suerte la tuya! Puedes llegar con la mano al techo sin saltar —Ironizó Karen, pero muy seria.

—Te crees muy graciosa ¿eh?

—Lo intento. ¡Venga arriba, vamos al baño! Llevas más de dos días sin lavarte y aquí huele que no veas. No me gustan los malos olores. Los hombres, me gustan que huelan bien.

Y abrió la ventana de par en par.

—¿Vas a tocarme las partes íntimas? —A ella se sorprendió esa pregunta, pero no iba a echarla atrás ese hombre imponente y guapo tras esa barba de días y ese olor que desprendía, tanto como la habitación. Se veía un hombre con clase bajo esa máscara de lobo. Y le contestó.

—No, esas las dejo sin lavar. ¡Venga agárrate! Primero te llevo al baño por si necesitas hacer algo y luego a la ducha.

Se acercó a él, lo cogió por la cintura y lo puso recto en la cama, sentándolo en el filo de la misma. Le puso los pies en el suelo. Empezó a desvestirlo y lo dejó sin ropa. No era la primera vez que veía a un hombre desnudo.

Al abuelo tenía que bañarlo. Claro que éste, tendría unos treinta años y era distinto. Era alto, guapo con el pelo negro corto y unos ojos azules que seguro las mujeres matarían por él. Porque era el hombre más guapo que ella había conocido.

Estaba en plena forma y tenía un cuerpo espectacular. Pero ella no estaba allí para eso. Le dejó puestos los slips y fue al baño a dejar el grifo caer el agua caliente, a preparar la toalla y el gel y el champú, y poner una alfombra para salir del baño. Se puso unos guantes y se acercó a él, y le quitó los slips.

—¿Te gusta lo que ves? —Sí que le gustaba, a qué mujer no. Tenía un sexo grande y ella sólo había visto el del abuelo. Tampoco tenía mucha experiencia en sexos masculinos, pero viéndolo, sabía que era grande. Pero ella estaba allí para lo que estaba.

—No está mal, los he visto mejores. ¡Venga, arriba! —necesitaba el humor irónico con ese hombre para tocarlo sin ponerse demasiado alterada, ni que él notara nada.

Y con sus brazos lo agarró por la espalda para que él tomara impulso y se levantara. Y así lo

hizo. Y agarrándose a ella fue al baño, hizo sus necesidades con un humor de perros. Posteriormente, lo sentó en una banqueta de baño, le puso unos plásticos en las muñecas y en el pie, los ató bien, para que no le entrara agua y lo metió en la ducha. Con una esponja lo enjabonó bien dos, veces y le lavó el pelo.

Él se agarraba a ella que terminó mojada. Cuando le lavó las partes íntimas, ella sintió como una especie de gemido y Mat, se puso tenso.

Su miembro se alzó un poco, pero ella sentía que él se controlaba y le hizo gracia.

Lo llevó a la habitación, lo secó, y le puso unos slíps limpios, que encontró en el cajón, un chándal, y unos calcetines en los pies. Y ayudándolo, lo sentó en el sofá del salón.

—¿Te sientes mejor ahora? Nada como una buena ducha.

Pero él seguía serio y no contestó. Al menos se había callado. Ya era algo. Seguro que se sentía en la gloria después de dos días sin lavarse.

Y le echó colonia de la que tenía en el baño. Era un perfume caro. Llevaba barba de cinco días y cogió la maquinilla, la enchufó en el salón y la puso al uno, dejándole una barba de un par de días. Lo peinó y le pasó un espejo para que se viera.

—¡Eres muy guapo! —Gruñón, pero guapo.

—¡Gracias!

—¿Qué te apetece comer? Ya no me da tiempo de hacer comida, es tarde y no hay nada en la nevera. Así que pedimos hoy para llevar y después anotaré un pedido para que nos lo traigan. Si te gusta algo, hacemos una lista. O si necesitas otra cosa, me acerco al supermercado del pueblo y lo traigo.

—¡Quiero carne!

—Hombre, parece que vas a darme una oportunidad. La necesito. Gracias Mat. Te lo agradezco infinitamente. Necesito este trabajo —Le dijo ella sinceramente mirándolo a esos ojos como el mar en verano.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Karen

—Bien —Nada de encantada Karen, gracias por la ducha. Bueno, ya se acostumbraría.

Hizo un pedido de dos menús con chuletas y patatas fritas con ensalada, dos trozos de tarta de chocolate. Y dos cervezas sin alcohol.

Mientras la traían limpió un poco los armarios de la cocina y los utensilios, los introdujo en el lavavajillas. No eran muchos, así que terminó enseguida. La limpiaría mejor. Ahora lo importante era hacer un buen pedido y limpiar la habitación de Mat.

Cuando la comida llegó, él señaló un cajón, en el que había una tarjeta de crédito y dinero. Pagó.

Karen ya tenía la mesa del salón puesta. Le cortaba la carne y le dio de comer y comía ella también. Le dio las pastillas para el dolor. En el cajón encontró también las pastillas y cómo tomarlas.

Cuando terminaron, ella recogió todo, lo llevó al baño, se lavó los dientes, y de nuevo al salón.

—No hay café. Lo siento. ¿Quieres ponerte cómodo mientras hago el pedido?

Y lo colocó tumbado en el sofá con un cojín detrás de la cabeza y otro apoyando el pie en el que tenía la escayola en el tobillo.

Mientras ella hizo una gran lista de comida y productos de limpieza, él cerró los ojos.

Le dijo al chico que pagarían con tarjeta.

Mat estaba dormido cuando el pedido llegó. Pagó con la tarjeta y limpió bien la cocina, la ventana por fuera y por dentro y quitó la cortina.

Colocó la compra y al menos ya estaba todo reluciente en la pequeña cocina.

Luego se metió en la habitación de Mat, cambió las sábanas, quitó también la cortina y las fundas, limpió el armario y le colocó bien la ropa, que en general era ropa cómoda y deportiva, calcetines, ropa interior. Y un traje de chaqueta.

Le hizo la cama con sábanas limpias, quitó la cortina y después de limpiar todo, el baño también, fregó el suelo y todo olía maravillosamente.

Puso una colada y limpió el cuartito de la limpieza, que era pequeño. Cuando la colada terminó, colocó las cortinas y dobló las sábanas y la ropa la colocó en su sitio. Ya estaba muy cansada. Eran casi las seis de la tarde. Menos mal que la cabaña era pequeña.

Al día siguiente, se metería en su cuarto y en el salón. Cuando se estaba haciendo un café, Mat, despertó y le llevó otro. Se lo dio y ella se sentó en el otro sofá y se tomó el suyo.

—Has trabajado mucho hoy —Le dijo, como si la hubiese estado observando.

—Estoy acostumbrada. ¿Por qué no has querido a las otras chicas que te mandó la agencia?

—Porque eran feas. Tú eres guapa —Ella se rio con ganas. Sólo se miraba al espejo para arreglarse y peinarse. Nada más.

—No me lo puedo creer. Pareces un niño malcriado.

—Estoy cabreado, enfadado, inútil. No puedo hacer nada —Dijo impotente. Ella lo comprendía. Si estuviera en su lugar, no sabría cómo reaccionar. Quizá como Mat.

—Tómalo como unas vacaciones —Intentando que se animase —Además yo estaré contigo si tú quieres y voy a ayudarte. Se te hará más ameno.

—Yo, no tengo vacaciones, trabajo mucho. Tengo una empresa que sacar adelante.

—Pues por esa misma razón. Ya era hora de que las tomaras. Tu trabajo no desaparecerá por tres meses que no le dediques.

—¿Tú, vas de vacaciones? —Le preguntó curioso.

—No sé lo que es ir de vacaciones. Nunca he salido del pueblo, salvo al hospital más cercano.

—¿Eres enfermera? —le preguntó interesado, porque con él sabía cómo actuar y cogerlo.

—No, iba con mi abuelo a diálisis. Me crié con ellos y tuve que cuidarlo durante cuatro años hasta que murió. Luego cuidé a mi abuela otros dos años. Murió hace dos meses.

—¿Y tus padres?

—Murieron cuando yo tenía diez años. Me criaron mis abuelos y justo cuando iba a ir a la Universidad, enfermaron. Tuve que elegir y no me arrepiento. Así, que, por esa razón, te agradezco que no me hayas echado, necesito el dinero. Casi todos sus ahorros se fueron en sus enfermedades.

Él, se quedó en silencio. Era una mujer fuerte y guapa. Que había renunciado a su vida por la de sus abuelos. Y además no se asustaba de él.

Y según parecía no tenía más familia. Estaba sola y él se quejaba de su vida.

Ella había tenido que renunciar a seis de los mejores años de su vida. A su infancia y adolescencia. No había tenido vida en los mejores años en que uno puede vivir y se sintió feliz por haberle dado una oportunidad a la pequeña zanahoria.

Sí que había tenido que aguantarse cuando lo tocó mientras lo lavaba. Eso era lo que peor iba a llevar, porque cuando lo tocaba, lo excitaba y él era un hombre tremendamente sexual, pero no con todas las mujeres se excitaba.

Pero más le molestaba que tuviese que llevarlo al baño y limpiarlo como si fuese un niño. Pero no había más remedio y ella había sido muy discreta. Estaba acostumbrada, pero con personas

mayores, él era un hombre joven y lo llevaba fatal.

Quería que el tiempo pasara, porque no se hacía a la idea. Afortunadamente, cuando se fuera, no la volvería a ver para su vergüenza, a pesar de que debía agradecerle todo ello.

Había estado con bastantes mujeres. No tenía tiempo de tener una mujer fija en su vida, o no la había conocido y gustado lo suficiente para estar con ellas más allá de unos meses si acaso. Su excitación se debía a que hacía tiempo que no estaba con ninguna.

Sus prioridades eran su empresa de restauración. Su cadena de restaurantes iba viento en popa. Sus chefs, eran conocidos y apreciados y sus comidas muy caras, pero estaban de moda.

Y ahí estaba, solo, con una chica de pueblo que no se parecía en nada a las mujeres que él conocía. Y que lo tocaba sin contemplaciones, aunque se ponía colorada a veces. Él, lo notaba y por dentro sonreía porque a esa pequeña zanahoria le afectara tocarlo.

Había tenido muy mala suerte aquella tarde en la curva cuando el otro coche se le echó encima. Había podido morir. Afortunadamente estaba vivo y eso era lo más importante.

No había querido que sus padres que vivían en Helena, cerca de allí fueran a cuidarlo. Dijo que metería a una enfermera. Era un hombre terco.

Cuando él le pidió a Karen el móvil para llamar, le dijo que lo pusiera para oírlo con el altavoz, le marcó el número y se fue a su habitación mientras hablaba para dejarle su espacio y además ella era una persona discreta en ese sentido.

Se echó en la cama y se quedó con los ojos cerrados descansando hasta que Mat la llamó.

Le apagó el teléfono y lo llevó al baño. Ella, le decía que no se preocupara, que era normal, que la viera como una enfermera, pero que ella tuviera que cogerle su miembro o limpiarlo para hacer sus necesidades, lo ponía enfermo. Era lo que peor llevaba.

Karen no había visto un miembro tan grande en su vida. Es más no había visto más que el del abuelo. Y nunca la habían besado, ni en el instituto. Siempre fue una chica solitaria.

—Vamos Mat, es para hoy.

—Espera, me pones nervioso zanahoria.

—Si no miro...

—Pero tocas...

Ella le echaba humor al asunto para que se sintiera mejor e hiciera sus necesidades sin sentirse mal.

—Vamos a salir al porche un rato. Voy a limpiar las mecedoras y vengo a por ti. Estaremos ahí hasta la cena o hasta que empiece a refrescar. Tienes que salir a la calle.

Ella, no esperaba a que él se negara, decía que lo que había que hacer y lo hacía y Mat, se quedaba con la palabra en la boca.

Sacó un trapo, limpió bien las mecedoras, les puso cojines que había en el cuarto de lavado y que había lavado en la colada junto con todas las fundas de cojines, le sacó una silla y le ayudó a salir.

—¡Venga, agárrate! —Y Mat se apoyaba en ella.

A pesar de lo pequeña que era tenía fuerza suficiente para levantarlo, claro que él ayudaba. Y lo sacó fuera de la cabaña. Quedaba ya muy poco sol, pero la tarde estaba preciosa.

—Vamos a ver la puesta de sol y sentiremos correr el agua del arroyo. Está precioso en primavera —Dijo toda ilusionada contagiándole ánimo.

—¿Acaso eres una romántica?

—Nunca me lo he planteado. No he tenido tiempo para eso. Pero desde aquí tiene que ser maravilloso. El campo está floreciendo. Estamos en plena naturaleza. Disfruta ahora que puedes.

Tenemos tiempo para contemplar la naturaleza y tú también deberías aprovecharla.

Estaban los dos sentados en el porche y él con la pierna en alto en la silla.

—Mat...

—Dime, doña mandona.

—Ya me has cortado lo que iba a preguntarte.

—¡Qué raro, que tú te cortes! —Dijo irónico, mirando su pelo largo y rizado.

—¿Por qué echaste a las otras pobres mujeres? Tampoco eres tan difícil como me dijeron.

—No sé, la verdad. No me gustaban. No quiero a nadie al que dar pena. Sólo tengo un tobillo, moratones y dos muñecas rotas. Y llevo muy mal hacer mis necesidades y que me limpien como un niño o me toquen el pene.

—Pero hombre, cómo vas a hacerlas si no... piensa que estamos acostumbradas. Yo al menos tuve que hacerlo con mis abuelos y tampoco le gustaba a ninguno de los dos. Eso no le gusta a nadie. Pero es temporal. Ya verás que en dos meses y uno de rehabilitación, estás trabajando y nadie te tocará tus partes íntimas a no ser que tú quieras.

—Me gustas. En cuanto entraste por la puerta, empezaste a mandar. Me gustan las mujeres mandonas. Y siento que tengas que hacerme eso.

—¡Vaya por Dios! Lo tendré en cuenta. Pero no debes preocuparte. Te miraré lo menos posible

—Mantuvieron un silencio y volvió a preguntarle.

—¿Cómo es vivir en la ciudad?

—Peor que vivir aquí, la verdad. A veces la soledad es necesaria.

—¿Eres rico de verdad?

—¿Qué es ser rico?

—Pues tener más de medio millón de dólares, supongo.

—Eres muy graciosa. Sí, soy rico. Tengo medio millón de dólares. Pero no siempre los he tenido —Era la primera vez que lo veía reír y era guapísimo y atractivo. Y si era rico, las mujeres lo debían perseguir como las moscas a la miel.

—¿No naciste rico?

—¿Eres una preguntona?

—Perdona, era por sacar algún tema. No contestes si no quieres —Dijo un tanto azorada.

—No, no nací rico. Mis padres tenían un pequeño restaurante en la ciudad y cuando terminé en la Universidad mi hermano Tom y yo nos hicimos cargo de él y lo convertimos en un conglomerado de restaurantes caros. Ahora mis padres pueden disfrutar de vacaciones eternamente hasta que se jubilen. Ya trabajaron bastante.

—Eres un buen hijo. ¡Ojalá vivieran mis padres! ¿Y tu hermano?

—Mi hermano, es dos años menor que yo. También lleva la empresa conmigo, solo que él se ha ocupado de la parte sur del país. Nos vemos a veces, cuando viene a Nueva York o yo voy a California. ¿Tú no has querido ir a la Universidad?

—Sí, me dieron beca para estudiar Literatura. Siempre quise ser profesora de Instituto, pero mis abuelos eran mi prioridad.

—¿Y no has tenido novios? Amigos, amantes.

—A ver quién pregunta ahora... No, no he tenido tiempo para eso. Los chicos huyen de las chicas que tienen responsabilidades.

—¿Incluso aunque sean tan guapas como tú?

—No soy guapa, soy una chica normal, sin familia y además pobre. Un buen partido.

Y Mat se rio con ganas.

—Me gusta verte reír. Tienes una sonrisa bonita. Deberías sonreír más a menudo. Eres muy

guapo y atractivo. Tú, sí que eres un buen partido.

—Eso no puedes decírselo a un hombre. Son los hombres lo que deben decírtelo a ti.

—O sea que no puedo ser sincera.

—A veces hay que callarse ciertas cosas, zanahoria.

—Muy bien. Lo tendré en cuenta. —Y tras un silencio, se hacía tarde. Ya tendría días para preguntarle más cosas. Voy a ducharme. ¿Estarás bien?

—Sí.

—No te muevas, luego hago la cena y te ayudo a entrar.

—¿Dónde quieres que vaya como estoy?

—No me fio de ti —Le dijo riéndose y entrando en la cabaña.

Mat, pensó en todo cuanto le había contado Karen. Sintió un poco de pena por ella. Él que no quería que nadie sintiera pena de él, sentía pena por esa mujer, tan valiente.

Estaba sola en el mundo. Él no sabía qué era eso, pues tenía a sus padres y a su hermano.

Tenía un puñado de amigos, sus trabajadores y chicas cuando le apetecía. Tampoco sabía ahora qué era no tener dinero.

Pero de lo que sí se alegraba era de haberle dado una oportunidad.

No tenía experiencia con hombres. Habría tenido en su juventud y poco más imaginaba Mat.

Le resultaba enigmática, valiente y trabajadora. Y se sentía muy a gusto con ella. Le daba paz y le dejaba su espacio.

Preguntaba mucho, pero sabía que era para darle conversación, no por cotillear. Los meses se le harían más cortos con Karen. Le gustaba observarla. Era como una hormiguilla trabajando.

Y cuando lo tocaba, tenía que contenerse. Sus manos pequeñas, lo excitaban sobremanera. Eso lo iba a llevar peor.

Karen, se ducho, se lavó el pelo, se lo secó, se puso un pijama fino y salió a verlo. Estaba con los ojos cerrados y aprovechó para hacer una tortilla y una ensalada.

Ya empezaba a refrescar y lo llamó. Lo metió dentro y cuando él fue a agarrarse, su sexo tocó con el de ella y ella sintió que él estaba excitado.

El chándal de él y el pijama de ella eran finos y sintió el calor de su sexo en su centro. Seguro que él también lo había sentido.

Para ella era una novedad. Se sintió vulnerable y excitada y abrazado a Karen, lo llevó al baño y luego, lo sentó en el sofá.

Metió dentro los cojines y la silla y le dio la tortilla y la ensalada. Y le abrió una cerveza sin alcohol, la que le habían traído con el pedido del mediodía. Ella también había pedido cerveza sin alcohol, porque a ella le gustaba y porque podía él querer una.

Con los medicamentos que tomaba no podía darle alcohol. Mat se puso contento hasta que vio que no tenía alcohol. La miró...

—Es un extra, pero estás tomando medicamentos. No puedo darte alcohol. Cuando acabes prometo que nos tomaremos cinco cada uno —Le dijo con una gran sonrisa de dientes blancos y perfectos.

—Te tomo la palabra.

Luego cenó ella y vieron un rato la tele, hasta que él se cansó y ella lo llevó al baño y a la cama. Cuando iba a acostarlo, él tiró de ella con la mano escayolada, y cayó encima de él aplastando sus pechos contra el suyo.

—¿Lo has hecho a propósito? —Le dijo incorporándose.

—Te juro que no. No ha sido a propósito.

Pero sí que lo había hecho. Apostaba por ello. Tenía que tener cuidado con ese gigante. Era peligroso para su salud.

Karen apagó las luces, dejó abierta la puerta por si la llamaba a media noche y se acostó dejando su cuarto también abierto.

Habían sido muchas emociones por un día. Tocar el sexo de un hombre súper guapo, lavarlo y sentir su olor y su tacto cuando tenía que agarrarse a ella para levantarlo y llevarlo por los pasillos.

La mayoría de las veces, tenía que aplastar sus pechos contra el pecho duro de él. Demasiada tensión sexual, para un día, y los que quedaban.

Seguro que ese hombre, que era rico, tendría muchas mujeres. Estaba pensando tonterías. Un hombre así, no se fijaría en ella ni por casualidad.

Era bajita para él —pensó Mat, pero cuando sintió su sexo en el de ella, ardía por dentro, cada vez que lo cogía le costaba más trabajo dominarse. Sentía sus pechos aplastados contra su pecho. Si no estuviese atado de pies y manos, ya la había poseído.

Tenía algo, un olor especial. No había tenido novio. Eso significaba que podía ser virgen. O no, podía haber tenido relaciones sexuales con algunos chicos en su juventud. Quería saber eso. Él nunca había estado con una virgen.

Le excitaba, pero por otro lado ni tocar eso, una mujer virgen era un problema para su vida. Podría ella enamorarse y sería complicado.

Él tenía una buena vida y mujeres cuando quería. Pero sabía que Karen, era una mujer auténtica y de pueblo y no encajaba en su vida. ¿Pero qué estaba pensando? Karen era la chica que lo atendía. Nada más.

Lo que le pasaba era que Karen, estaba en todos sitios y estaría durante esos meses.

Cuando Karen, se levantó a la mañana siguiente, limpió a fondo su habitación, colgó la ropa, cambió las sábanas, fregó el suelo y la ventana y cortina, así, como el salón. Barrió un poco el porche. Y esperó a poner una colada cuando bañara a Mat.

Cuando este despertó y quiso levantarse, lo bañó, le puso ropa interior limpia y otro chándal y puso una colada con toda la ropa. Lo llevó al sofá y le hizo la cama y ventiló la habitación.

—¡Qué limpio está todo!

—Me levanté temprano. Ya está la cabaña limpia, solo hay que darle a diario un poco. ¿Qué te apetece desayunar?

—Huevos, beicon y café, tostadas.

—Un desayuno completo para el niño rico, andando...

—¡Eres la leche! Creo que voy a pasar este trago mejor de lo que esperaba.

Desayunaron y a él le pareció que todo estaba buenísimo.

Y se había levantado de buen humor después de mucho tiempo. Karen era muy buena cocinera. Lo acompañó a lavarse los dientes y se los lavó. Era muy pulcro, como ella.

Cuando terminaron y ella recogió la cocina, dejó descongelando carne para hacer un estofado.

—¿Qué hacemos hoy?

—¿Cómo que qué hacemos? No puedo hacer nada.

—Sí que puedes, podemos salir al porche, te leo las noticias.

—Tengo videoconferencia a la una todos los días con mi gerente.

—Perfecto, pero mientras, hemos de hacer algo. Leer, jugar, ver la tele, te puedo dar una vuelta en coche por el pueblo. ¿Vamos al pueblo? Compramos el pan, el periódico y algunas revistas o

libros, ¿quieres?

—Contigo no tengo elección.

—Pues vamos.

Como pudo acercó el coche más a la cabaña y lo metió dentro y le puso el cinturón, él le señaló el cajón donde tenía el dinero junto con la tarjeta para que cogiera. Cerraron la cabaña y se dirigieron al pueblo.

Pararon a por el pan y se llevaron una tarta. Él quería una que vio en el escaparate. Luego pasaron por la librería y le dijo las revistas que quería y el periódico del día. Uno en especial.

Ella compró todo mientras él permanecía en el coche, pero al menos salía y veía el pueblo y no estaba encerrado todo el día.

Karen le dijo que harían eso todos los días, hasta casi la hora de la videoconferencia que ella aprovecharía para hacer la comida.

—¿Tú no te has comprado nada? Te he dado dinero para eso.

—Pero con todo lo que hemos comprado tengo lectura para una semana.

—Es que las revisas son semanales.

—Vamos a venir todos los días a por el periódico y el pan calentito y así te das una vuelta. No quiero que estés encerrado todo el día en la cabaña. Y si nos hace falta algo más nos lo llevamos.

—Sí, mi sargento —Ironizando con ella.

—Me gusta trabajar para ti. Y me dijeron que eras difícil. Eres un hombre muy facilón.

—Según para qué. No te engañes.

—Bueno, en esos asuntos yo, no me meto.

—Pues bien que me tocas.

—No me queda más remedio —Le dijo sonriendo —No todos los días puede un a tocar a un pedazo de tío bueno como tú. Ya quisieran muchas. Hasta me dará pena cuando te quiten las escayolas de las manos. Pero en cuanto te quiten la escayola y hayas hecho un poco de ejercicio de rehabilitación, no te pienso tocar más.

—Será una pena... para mí también.

—¿Esta mañana estás irónico o eres así?

—Soy así por naturaleza. —Estaba contento. Y eso la hacía feliz a ella. El trabajo iba a ser ameno y más fácil de lo que pensaba.

Cuando llegaron a la cabaña, era casi la una, así que ella tomó su ordenador, lo abrió y le preparó la videoconferencia.

Mientras él hablaba, ella dejó las revistas en la mesa y se metió en la cocina a preparar el estofado. Metió la tarta en la nevera. Guardó el pan.

Hizo una ensalada y mientras se hacía el estofado en el horno, sacó la colada, la colocó y salió un rato al porche con una revista y se sentó controlando la hora de la comida.

En una de las revistas de sociedad, venía él, se leyó el artículo de cabo a rabo. En la revista leyó, que nadie sabía dónde estaba.

Era un magnate de los negocios, no tenía restaurantes en el estado, sino en toda la nación.

Y tenía más de medio millón de dólares. En una de las fotos, salía con una rubia de casi uno ochenta, modelo. Era un mujeriego, según la revista, pero también lo ponía de trabajador y de hombre que se había hecho así mismo.

La revista, se preguntaba si lo habían cazado, si se había casado en secreto, en fin. Que estaba desaparecido. Las revistas de sociedad eran así. Contaban la mitad de la mitad de las verdades.

Entró a mirar el estofado y ya estaba. Lo apagó y lo dejó en el horno que se mantuviera

caliente.

—¡Karen!

—Dime Mat.

—Ya he terminado. Me quiero echar un rato en el sofá hasta la hora de comer. Me duele el pie.

—Y ella lo echó con un cojín en la cabeza. Cerró los ojos y se quedó adormilado.

—Ella se echó en el otro sofá con la revista y se quedó dormida.

Cuando Karen despertó, él la estaba observando. Era muy guapa y dormida parecía una sirena. Debía estar cansada. Había limpiado la cabaña de arriba abajo perfectamente en dos días.

Había hecho comida, colada, lo bañaba a diario y no tenía escrúpulos en limpiarle íntimamente. Era una mujer bella y sencilla, Además de graciosa y extrovertida y no tenía pelos en la lengua.

Cuando iban al pueblo saludaba a todo el mundo. Todos la querían y le preguntaban si estaba bien. Se sintió observada y se levantó del sofá.

—¡Ay! perdona, me he quedado dormida ¿qué hora es?

—La hora de comer. Tengo hambre.

—¿Te llevo antes al baño?

—Sí, por favor.

—Cuando volvieron, ella puso la mesa y le dio de comer. Y sus medicinas, como siempre, tres veces al día o algo para el dolor, si le dolía demasiado.

—Ummmm ¡qué bueno está esto! Eres una buena cocinera. ¿Hoy no me pones cerveza?

—Si quieres, te pongo una. Pero ya sabes...

—Sin alcohol... Sí, por favor

Cuando ella terminó de comer, hizo café y se lo tomaron juntos. Ella, le daba sorbitos a él.

—Te he visto en una de las revistas. Sales divino de la muerte.

—¡Dámela anda! —le dijo sonriendo —a ver... —Y se la puso encima de la mesita, abierta.

—Es guapa, ¿eh?

—Es guapa, es modelo, pero no me he acostado con ella —Por un momento sintió que le debía una explicación. ¿Por qué? No le debía nada.

—Bueno, a mí no tienes que darme explicaciones. Eres libre Mat.

—Pero ya sabes cómo son las revistas. Sí que me gustaría mantener el anonimato de dónde estoy.

—Por mí no hay problema y la agencia es de fiar. Y he firmado un contrato de confidencialidad. ¿Quieres que te lea un poco?

—Sí, pero esta de finanzas. Es aburrida, pero sale semanalmente, podemos leer un poco a diario para que no te aburras.

—No me aburro. Te leeré hasta que te canses y luego salimos un ratito fuera a tomar el sol como ayer

Le estuvo leyendo como una hora. Ella entendía poco de finanzas y cuando algo no entendía se lo preguntaba y él le contestaba.

A Mat, le hacía gracia que ella preguntara, no se quedaba sin saber qué era esto o aquello. Si seguía así, sabría más de finanzas que él.

Y así transcurrían los días, se levantaba, recogía la casa, lo bañaba, le daba el desayuno, e iban al pueblo a por pan y lo que necesitaran. Y hacían una lista de compra, que pedía que se la llevaran, cuando esta se acababa.

Semanalmente compraban las mismas revistas. A la una hacía una videoconferencia de trabajo, ella hacía la comida., descansaban y tomaban café. Luego le leía una hora y salían fuera. Después, ella se duchaba y lo metía en casa, preparaba la cena y veían la tele o charlaban un rato y se acostaban.

Cada semana dedicaban un día a ir al hospital para ver cómo iba. Al mes le quitaron la escayola del esquinco con lo que podía ir pisando un ratito al día, sin cansarse y dedicaron ese ratito por las noches y por las mañanas.

Al mes y medio dio un gran avance, aunque cojeaba un poco, podía levantarse solo sin ayuda de Karen.

A los dos meses le quitaron la escayola de las muñecas. Estaban perfectamente soldadas.

Y le dieron una tabla de rehabilitación que debía hacer durante otro mes. Y al mes deberían volver porque probablemente ya podría hacer su vida normal.

Y ya parecía que su trabajo se daba por finalizado. Le daba pena. Había compartido tres meses intensos con Mat. Se había acostumbrado a ocuparse de un hombre guapísimo e irónico, de su olor, de sus ratos en el porche, de darle de comer. De absolutamente todo.

Cuando volvieron del hospital, el último día, ella le dijo:

—Si no me necesitas más, me lo puedes decir Mat.

—Y, ¿cómo voy a hacer la rehabilitación de las manos?

—Eso es cierto.

—Quiero que te quedes hasta que me vaya.

Le pagaba mensualmente, con lo que ya su cuenta iba llenándose. Si estaba otro mes, podría irse a la capital a buscar trabajo como había sido su objetivo desde el principio. Y ahora podía conseguirlo.

Empezaron la rehabilitación de las manos, para ello tuvieron que comprar pelotas y otros objetos, más los del pie, que ya lo tenía casi listo, pero no del todo bien.

Ya no le hacía falta acompañarlo al baño a hacer sus necesidades, pero sí lo bañaba por las mañanas todavía, hasta que las manos las tuviese fuertes.

Se había acostumbrado a estar con él a su olor, sus ratos de lectura, de charla, a su mirada penetrante y su altura imponente, su sentido del humor. Era educado y a veces irónico. Seguro que nadie había visto una cara de él que ella sí.

Era generoso y educado. Aún se controlaba cuando ella le tocaba íntimamente para lavarlo.

A veces, se había puesto duro, pero ella no le había dado importancia, y él había disimulado bien. Era normal que pasase. Sobre todo en un hombre joven.

Se preocupaba en hacer su rehabilitación y mejoró notablemente. A mitad del tercer mes, ya no lo bañaba y echó de menos tocarlo, comía solo bastante bien y podía coger peso, sin excederse.

Cuando a final del tercer mes fueron al hospital, le dieron el alta. Ya estaba perfectamente. Debía intentar no coger pesos excesivos, pero por lo demás, podía conducir y volver a su vida normal.

Cuando llegaron a la cabaña, ella, le preguntó que cuando se iba.

—Me quedo el fin de semana y me voy el domingo después de comer.

Eso eran dos días, pero presentía que ella debía irse.

—¿Entonces quieres que me vaya hoy?

—Quiero que te quedes hasta que me vaya.

—Pero estás bien.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—No, dejaré limpia la casa de mis abuelos y me iré fuera a buscar trabajo. La casa se me hace

grande.

—Te voy a dejar mi teléfono y el del despacho de oficinas. Si vas a Nueva York quizá tengas buenas oportunidades. Si vas, prométeme que me visitarás y te encontraré trabajo. Tengo muchos contactos. Suelo estar en Helena algunas veces, porque mis padres están aquí y tengo algunos restaurantes. Pero mi oficina está en Nueva York.

—Gracias. Si me decido por Nueva York, iré a visitarte.

Hizo la comida y después de comer, se quedó dormido en el sofá. Ella recogió la cocina y se tumbó en el otro sofá. Y se quedó dormida también. Cuando despertó, se encontró unos ojos azules cerca de su cara y dio un respingo.

—¡Me has asustado! —Lo tenía muy cerca.

—No era esa mi intención y sin esperarlo la besó en los labios. Ella se estuvo muy quieta y él esperó que le diera permiso para avanzar.

—Tú me has tocado tres meses. Ahora me toca a mí —Y profundizó el beso. Y se echó en el otro sofá con ella —Y mientras la besaba ella lo abrazaba por el cuello. El calor de su cuerpo la atraía como un imán y perdía la noción del cuerpo con los besos que ese hombre le daba.

—Para no saber besar, me sigues bien, pequeña. Quiero tocarte y poseerte. He esperado tres meses de forma insufrible cuando me tocabas.

Y ella estaba tan embriagada que se dejaba hacer. Cuando quiso darse cuenta, no tenía ropa y él tampoco y oía lejanamente sus propios gemidos.

Estaba encima de ella, y ahora sí que sentía ese miembro erguido y más grande de lo que había pensado en un principio. Estaba preparado para ella.

Mat, le lamía los pezones, se los mordisqueaba, y le tocaba los pechos, luego volvía a su boca y bajaba las manos a su sexo húmedo que ella no podía controlar de deseo.

Él apartó sus pliegues, se puso un preservativo y empezó a poseerla lentamente. Era un desquicio, pues se dio cuenta de que ella era virgen y entró en ella rompiendo despacio su barrera, excitado como nunca había estado. Si ella, sintió dolor, no lo experimentó. Ni le dijo nada.

Pero él espero un poco y luego siguió un ritmo más rápido hasta que ella iba a tener un orgasmo, su cuerpo se lo dijo y aceleró el ritmo y se derramó en ella cuando alcanzaron juntos un orgasmo salvaje y primitivo.

Ella gritó su nombre y cuando recuperaron las respiraciones, se quedaron mirándose como si se miraran por primera vez, ahora como un hombre y una mujer, no cómo su ayudante.

—Nena ha sido muy especial para mí.

—Para mí también. Es la primera vez que me besan y que hago el amor —Le dijo ingenua, intentando taparse, mientras Mat sonreía.

—No he podido contenerme. Suelo aguantar más.

—No sé cuánto se aguanta. Ten en cuenta que es la primera vez y ha estado magnífico

—Entonces podemos repetir. ¡Ven aquí! No te tapes, zanahoria.

Y repitieron todo el fin de semana hasta que él le pagó el último mes y se fue. Fue fantástico, era un amante difícil de olvidar. Ya no encontraría otro igual.

Su piel se había quedado en la suya pegada. Su olor también. Habían hecho el amor de todas las maneras distintas y posibles.

Había sido un hombre generoso en todos los sentidos, como amante, no tenía precio y aunque ella supiera poco de amantes, sabía que era el mejor, o al menos, el mejor para ella.

En tres días le había enseñado más de sexo que en veinticuatro años. No le había hecho promesas. No las necesitaba. Sabía que vivía lejos y que ellos no iban a verse más.

Si alguien volvía a la cabaña serían sus padres. Se despidieron con un beso apasionado. Le pidió su teléfono, pero sabía que no la llamaría y ella tampoco.

Le había dado su virginidad a un desconocido y posible mujeriego, pero no se arrepentía. Si lo pensaba bien, siempre sería mejor experimentar por primera vez con un hombre que fuese un buen amante y Mat lo era. No creía encontrar a uno mejor para ella.

Tardaría en olvidarlo, le resultaría muy difícil, pero tendría que hacerlo, no era hombre para ella. Era pobre, no era una modelo elegante ni tenía modales de señora. Pero había disfrutado de un hombre especial, de revista y eso no le pasaba a la gente como ella.

Había visto en las revistas a las mujeres con las que salía, cómo iba vestido y los lugares que regentaba y ella no encajaba ahí ni de lejos.

Ahora, debía seguir con su vida. Ahora tenía otros propósitos y tenía que cumplirlos como se prometió.

Había ganado un buen dinero trabajando para él e iba a utilizarlo de la mejor manera posible.

Intentando cumplir el sueño de su adolescencia y juventud, e iba a encontrar trabajo en Helena, en lo que fuese y a ahorrar hasta el último dólar para ser profesora de Literatura, aunque fuese a través de la Universidad a distancia. Estudiaría como una loca esos años.

Limpiaría bien la casa de los abuelos de cabo a rabo y la alquilaría y en cuanto la tuviese alquilada se iría.

Así tendría también un poco de dinero mensual con la casa, aunque no la podría alquilar muy cara, era pequeña y no era nueva, pero al menos podía servirle para pagar la mitad de lo que alquilara en Helena, que debía ser pequeño, un apartamento de un solo dormitorio o un estudio, no necesitaba más.

El caso era salir del pueblo. Ahí, ya no había más trabajo y si en Helena no encontraba iría a Nueva York y Mat, le ayudaría a encontrar algo como le había prometido.

Pero en principio ella quería encontrarlo por su cuenta. No quería que Mat pensara que lo perseguía.

Eso, sí, nunca olvidaría a Mat. El hombre que la hizo una mujer. El más importante de su vida.

Había sellado su piel contra su piel y su boca en todo su cuerpo y con eso tendría hasta conseguir lo que se había propuesto. Y olvidarlo. Sobre todo, olvidar sus besos, el tacto de su piel y su olor. Debía prohibirse recordarlo, pero no le resultaría fácil.

Seguro que para Mat, en ese aspecto solo había sido una más, pero para Karen, había sido muy importante en su vida. Su adolescencia se había retrasado y ahora se había acostado y estaba enamorada de un hombre, no de un joven adolescente, y eso influiría en su vida.

Tardaría en olvidarlo y Karen lo sabía.

CAPÍTULO DOS

Con el dinero que ganó, se fue a Helena, alquiló al final la casa de los abuelos, lo que le reportaba una cantidad mensual no muy alta, pero lo suficiente para pagarse más de la mitad de un apartamento de un dormitorio en la capital de Montana.

Enseguida encontró trabajo a través de una agencia, cuidando a una señora mayor. Y tuvo que dejar el apartamento recién alquilado, para irse a vivir con ella, porque la necesitaba las veinticuatro horas. La quería interna. El sueldo era bueno y no le importó, así se ahorra un apartamento.

La casa era grande y la señora era viuda, de descendencia italiana, pero tenía una gran vida social fuera de casa.

Ella tenía que limpiar y a veces hacer la comida porque comía muchas veces fuera. Y mantenerle el correo y tener la casa a punto siempre.

Como sólo era una señora y la mayor parte del tiempo, estaba fuera, no le costaba trabajo mantenerla. Ella se levantaba muy temprano y era muy trabajadora.

La casa era una preciosidad. Su fachada era grande y estilo victoriano con una gran puerta alta. Tenía dos salones a cada lado de la entrada. Uno lo utilizaban como despacho con un gran ventanal a un pequeño jardín de entrada a la calle y el otro, la utilizaba como sala de lectura, saloncito y sala de televisión.

Más adelante, tenía un gran salón y un comedor excepcional para más de veinte comensales, con una mesa enorme.

Ellas solían comer allí, así como cuando tenía invitados, también. Al lado la cocina grande, que utilizaban poco, la verdad, ya que Sonia solía comer la mayoría de los días fuera. Y cuando comía dentro, cositas a la plancha o al horno.

Al final y dando al patio enorme con flores, un jardín muy grande también con toda clase de flores, que cuidaba un jardinero una vez a la semana, desde hacía años.

Allí era feliz en esa casona. Cada dos meses o tres, venía una empresa de limpieza y limpiaban todo, ventanas incluidas. Así que ella se dedicaba a la limpieza diaria y estar al tanto de todo.

Los colores de la casa eran cálidos, y la tapicería y cortinas eran estampados y alegres, luminosos. Lo que daba a la casa un aspecto singular y maravilloso, dónde la sensación de estar ahí, infundía positividad.

La señora, en cuestión, se llamaba Sonia y era de descendencia italiana, siempre se lo recordaba. Era toda una señora y una dama de la alta sociedad de Helena.

Cuando sus amigas venían a tomar el té, o café, aquello, requería de todo un protocolo de tacitas, cucharitas y pastas compradas en la mejor pastelería del centro.

Tenía dos días libres a la semana y se apuntó a la Universidad a distancia como siempre quiso, le dieron beca y así podía ahorrar todo el dinero posible.

La señora era un encanto. Lo que quería era no vivir sola, sobre todo por las noches.

Karen, no se tomaba los días libres. Se quedaba en casa estudiando. Al final, en menos de dos meses eran como abuela y nieta. Debía ser su sino. Cuidar a personas mayores. Pero era muy feliz.

Tenía libertad para salir y entrar. La señora Sonia, no tenía hijos y había sido hija única. Su

casa era una preciosidad. A Karen, le encantaba.

Sonia tenía casi setenta años, estaba enferma del corazón, pero estaba en muy buena forma. Aun así, le aconsejó que los estudios era lo mejor que podía hacer.

Iba con Sonia al cardiólogo todos los meses y procuraba que se tomara la medicación e hiciera lo que éste le indicaba, aunque era algo terca y se saltaba a menudo las indicaciones.

Sonia, le decía que aún era joven y si se lo proponía en cuatro años tendría una carrera. Para entonces tendría veintiocho años y sería una profesora joven aún.

Así que tenía la mejor animadora del mundo. Había tenido mucha suerte. La quería mucho y Sonia a ella también.

Tanto que le contó su historia con Mat, su primer hombre y toda su vida. Sonia no se podía creer que a estas alturas hubiese sido virgen.

Tenía una edad, pero era muy moderna y liberal. Decía que la vida era corta y había que vivirla a tope y eso hacía, aunque Karen a veces la reñía para que no hiciese cosas que no debía por indicaciones de su cardiólogo.

Al pasar una mañana por un quiosco de prensa, Mat estaba en portada con la misma rubia modelo que habían visto en la cabaña y se hablaba que estaban comprometidos.

No quiso comprar la revista siquiera. Para nada. Aún le dolía, probablemente se había acostado con ella y le dijo eso como tonta que se lo creería todo.

De todas formas, ella no era nadie para pedirle explicaciones, pero no podía evitar sentirse dolida. Estaba celosa. Debía reconocerlo. Hacía aún poco tiempo desde que estuvo con ella.

Terminaría su carrera costara lo que costara y se convertiría en una señorita educada. Dejaría atrás a esa pueblerina que había sido toda su vida.

Y para ello, nadie mejor que Sonia para enseñarle todo el protocolo y en cuanto terminara y ganara sus primeros sueldos, se compraría ropa adecuada a una señorita fina y elegante.

Y así fue pasando el tiempo. Terminó el primer curso, y Karen fue aprendiendo protocolo que le enseñaba Sonia, a cómo comportarse en una mesa, a comer con toda una cubertería, a sentarse, a andar recta, a ser una señorita. A andar con tacones....

Su unión era cada vez más fuerte, y Sonia estaba encantada de ser su profesora de protocolo y comportamiento.

Karen podía llevar la casa, a Sonia, estar pendiente de ella y sacarse sus estudios. Ya que al no tener que asistir a la Universidad, salvo a los exámenes, podía aprovechar todo el tiempo posible para estudiar.

Sonia le puso a disposición el despacho de la parte de debajo de su casa, que, por otra parte, ella utilizaba para llevarle los temas económicos, para que pudiera estudiar tranquila.

Y cuatro años después, a los veintiocho años, se graduó con honores en Literatura, y había conseguido moverse con elegancia, maquillarse a la perfección, tratar a la gente con mucha educación y desenvolverse en todas las ocasiones y elegir la ropa adecuada para ella, así como arreglarse el pelo y andar con tacones.

Todas estas lecciones por parte de Sonia, gratis totales. Que ella aceptó como buena alumna y le servirían para todo en la vida.

Gracias a su esfuerzo y a la ayuda de Sonia, encontró trabajo durante un año en un Instituto privado de niños ricos muy cerca de donde vivían.

Ahora ya no consintió cobrarle a Sonia ni un dólar. Y esta no quería que se fuese de su casa. Y no se fue. No iba a dejarla sola. Estaría con ella siempre.

Era lo más parecido a una familia que había tenido. Le encantaba su casa y estar con ella. Y por las tardes, preparaba sus clases y seguía ayudando en la casa.

A ella no se le caían los anillos y eso que Sonia, quería contratar una chica, pero ella no se lo permitió.

Así, que se quedó a vivir con ella. Las dos juntas y solas, como siempre.

Karen, le contaba cómo le había ido la clase diariamente y Sonia iba a sus actos sociales a los que la invitó algunas veces con el fin de que conociera a algunos hombres interesantes y Karen, lo sabía. No le interesaban los hombres aún.

Debía reconocer que recordaba a Mat, como si fuese ayer, y hombres que le presentaban lo comparaba con Mat y salían perdiendo. Aún, no estaba preparada para iniciar una relación y eso que ya tenía una edad.

—Karen, debes empezar a salir con algunos hombres, aunque sea como amigos, a cenar a salir por ahí, mujer, no te cierres en banda.

—Es que me cuesta aún, Sonia.

—No quiero verte sola —le decía Sonia, que por más que le presentaba a hombres, siempre les veía algo para no salir con ellos. Cada uno por una razón distinta. —no es bueno que te cierres con ese hombre, ya viste que estaba comprometido, quizá hasta tenga ya hijos. Y tú tienes que hacer tu vida.

—Tienes razón Sonia, intentaré salir con algunos. Te lo prometo.

—Eso me parece bien. Al menos intentarlo, mujer.

—Lo intentaré.

A Karen, le costaba olvidar a Mat. Había estado muy centrada en su carrera, pero seguro que él ya tenía otra vida, quizá hijos, como decía Sonia.

Así que empezó a salir con algunos hombres, pero las cosas no iban más allá de una cena unas cuantas salidas los que más y algunos besos robados, y cuando comparaba, sabía que ese no era el adecuado. Y se cansaba y ya no quería salir más veces con el mismo hombre.

Unos cuantos meses salió con varios hombres, sobre todo el año que estuvo dando clases en el Instituto privado, pero no surtía efecto lo que sentía cuando la besaban, que era nada. Un simple beso, nada más. La pasión que en ella había despertado Mat y la lujuria en ella era diferente a lo que estaba conociendo.

Y se dijo que no merecía la pena perder el tiempo hasta conocer a algún hombre que despertara en ella al menos algo parecido a lo de Mat.

Estuvo un año en el instituto privado dando clases, el sueño de su vida. Fue intenso, ilusionante y fue muy feliz haciendo lo que siempre soñó, sus alumnos eran alumnos de instituto, adolescentes y a ella le encantaba. Nunca tuvo problemas con ellos y en el instituto estaba muy bien considerada.

Y justo en vacaciones, la vida le cambiaría radicalmente para su desgracia.

Sonia, murió el verano, de un infarto fulminante, dejándola sola. A ella, eso le pesó en el alma. Nunca en su vida se había sentido tan sola. El día anterior habían tenido una charla y estaba tan bien...

Ni cuando murieron sus padres o sus abuelos lo pasó tan mal. Sonia había sido en su vida un referente, una maestra. Le había enseñado tanto... Le debía tanto en la vida... era una persona buena y todo cuanto sabía de la vida, lo había aprendido de ella.

Y ahora la dejaba vacía. Se había acostumbrado a estar con ella, era como una amiga, Más que eso, como una gran madre con buenos consejos y lloró como una niña su ausencia.

El entierro, fue multitudinario, porque ella conocía a mucha gente y había sido muy buena y colaboraba en muchas causas sociales.

Todo el mundo le dio el pésame y la casa se le caía encima como una losa, los primeros días tras la muerte de Sonia. La echaba tanto de menos...

No sabía, qué hacer. Tenía que consultar al abogado de la señora Sonia, para dejar su casa y buscarse un apartamento. No sabía si podría tener algún familiar lejano, aunque ella nunca le dijo nada al respecto.

Debía recoger sus cosas, con gran pesar después de tanto tiempo en esa gran casa.

Sin embargo, a la semana de morir Sonia, ella ya tenía recogido su equipaje, y recibió una llamada del abogado. Tenía que verla sola en su despacho al día siguiente.

Ese mismo día la llamaron también del Instituto. Y también para ir al día siguiente. Quedaron a una hora distinta. Le resultó extraño dos llamadas el mismo día. Y tuvo un mal presentimiento, sobre todo del instituto. ¿La iban a despedir?

Primero iría al despacho del abogado a las nueve de la mañana y a las doce, tenía cita con el Director del Instituto.

Seguro que eran malas noticias y la echarían a la calle de casa de Sonia y del instituto. Las noticias malas venían todas juntas. Y se vio por un segundo, sola, sin trabajo, sin casa y sin Sonia.

A las nueve de la mañana del día siguiente, estaba en el despacho del abogado. Había otro señor, un notario, que le fue presentado. La hicieron sentarse y el Notario empezó a hablar:

—Como bien sabe, la señora Sonia Martinelli, vivía con usted, sola en la casa que tiene en el centro de Helena. No tiene familiares que se le conozcan, salvo usted.

—Yo, no soy familiar suyo. Le llevaba la casa y éramos muy amigas.

—La señora Sonia, le deja la propiedad de la casa y todo su dinero. Todo es para usted. No tiene a nadie más. Dice que se lo deja porque la quería como a una hija. O como a una nieta. Le deja también dos millones de dólares que tiene en el banco. Y eso es todo. No tenía nada más. Así que usted es su única beneficiaria.

—Pero —acertó a decir Karen —Yo, no...

—Era lo que la Señora quería. Firme aquí y el dinero será transferido a su cuenta mañana. Le tiene que dejar al abogado el número de la misma y la casa, aquí tiene las escrituras, ya ella se la había dejado a su nombre.

Cuando Karen, salió del despacho de los abogados, después de que la saludaran y le dieran la enhorabuena, salió siendo una mujer rica.

Tenía dos millones de dólares en su cuenta y las escrituras de una casa que costaba al menos cerca de dos millones de dólares.

Como una sonámbula, se dirigió al Instituto. Allí tenía otra reunión. Pero tenía tiempo de desayunar y asimilar la noticia.

Después de un desayuno que le entró a empujones, se dirigió al Instituto. El director le dio el pésame por la muerte de Sonia y le dijo que se sentara.

—Hola Karen. Como verás, te cito en pleno verano. No sabía si te habías cogido unos días de vacaciones después de lo de Sonia, pero quiero comentarte algo. El curso siguiente, va a entrar un profesor de Literatura nuevo en tu lugar. Es un compromiso que tenemos, ya sabes que el Instituto es privado y sabes cómo va esto. Pero no te preocupes. Tú vives sola, no estás casada y quiero proponerte algo.

—Dígame. Y entiendo que no pueda impartir mis clases de nuevo aquí, aunque me gustaría mucho. He sido muy feliz aquí este curso. Y le agradezco la oportunidad del año anterior.

—Lo sé, lo sé, pero no vamos a dejarte en la estacada, por Sonia y tu valía personal.

—Gracias. Ha sido un honor trabajar aquí.

—Y a nosotros tenerte. Por eso, te proponemos dar clases de literatura en Manhattan, Nueva York. Allí tenemos otro Instituto privado. Tenemos más, pero en ese, se jubila el profesor de Literatura y el puesto es tuyo, si lo quieres. Además, allí ganarás un sueldo más alto. Puedes tomarte un par de días para pensarlo, pero no más. Tenemos que dejar esto cerrado, Karen.

Ella, no tuvo nada que pensar. No podría vivir en aquella casa sola y pensó en Mat. Y aceptó. El puesto era suyo. Debía reincorporarse el día diez de septiembre.

—Me alegro de que hayas aceptado. Te vendrá bien un cambio de aires. Aquí tienes la documentación necesaria, la dirección y todo cuanto necesitas y que tendrás que presentar para incorporarte y buena suerte.

—Muchas gracias, de verdad. Se lo agradezco mucho.

—A ti, eres una excelente profesora, por ello eras la primera de mi lista. Suerte en Nueva York.

Se levantó y se abrazaron y ella salió por dos veces en un día contenta y feliz de dos despachos diferentes.

Estaban a mediados de julio y su cabeza giraba como una vorágine de cosas por hacer. Tenía pendiente qué hacer con la casa de sus abuelos en Bell, y la casa de Sonia en Helena.

Si se iba a Nueva York, las vendería. Así que en cuanto llegó a casa, llamó a casa de los abuelos y les dijo a los inquilinos que la casa la iba a poner en venta, y estos se interesaron por ella.

Sabía que necesitaba reformas, que no era muy grande y que estaba en un pueblo pequeño, así que hicieron esa misma tarde un trato, e iría a Bell y les vendería la casa, la semana siguiente. La vendió por cien mil dólares, ya que no era muy grande y necesitaba reformas.

Al día siguiente contrató una inmobiliaria para vender la casa de Sonia. En cuanto las casas estuviesen vendidas, tomaría su ropa y se iría a Nueva York, dejando atrás su pasado.

De momento tenía casi dos millones doscientos mil dólares, con lo que ella tenía ahorrado más lo que vendiera por la casa de sus abuelos. Ahora tenía que ver por cuanto vendía la casa de Sonia, pagar los impuestos y ver su cuenta corriente.

El día cinco de Agosto viajaba en avión camino de Nueva York, con dos maletas grandes, su bolso y cuatro millones, cincuenta de dólares, libres de impuestos. Era una mujer rica y además con el trabajo de su vida.

Su sueño se había cumplido con creces, pues su sueldo en el Instituto, era bastante alto, porque era un Instituto privado para gente rica.

Claro que la tristeza por no tener a nadie en la vida era grande. Le faltaba Sonia y aún la echaba de menos. Había sido una madre, una abuela y una maestra para ella. y gracias a ella ahora era lo que era y no solamente rica, porque para ella, el dinero que tenía era una enormidad, sino los modales que había adquirido, su saber estar, sus enseñanzas, su crecimiento personal como mujer y su forma de ver la vida de una manera más abierta y no tan cerrada como la había visto.

Claro que, en cuestión de hombres, Sonia no había logrado que se abriera y olvidara a ese único hombre que había tenido en la cama apenas un fin de semana y que quizá estuviera casado. Lo vio en la revista.

Pero la vida le sonreía e iba a aprovechar el momento y la nueva etapa que se le abría antes sus ojos.

Lo primero que iba a hacer era tomar un hotel, cerca del Instituto y comprarse un apartamento

lo antes posible, también cerca de él, pues tenía un contrato para cinco años de momento. Aunque tuviese dinero no iba a derrocharlo en un alquiler.

Se compraría también un guardarropa, pues en las maletas, llevaba, pero seguro que en Nueva York, se vestía diferente y el que tenía, llevaba ya en su vestidor un año.

Dejó mucha ropa en algunos albergues en los que Sonia había sido socia y llevaba más cosas personales y recuerdos en las maletas, que ropa. Porque todo no podía llevarse.

Sintió una opresión en el pecho cuando el avión alzó el vuelo. Si ella era lo que era ahora, se lo debía a dos personas. A Mat y a Sonia. Sin ninguno de los dos no estaría ahora camino de un futuro cierto a un lugar que no conocía.

Pensaba ir a visitar a Mat. Verlo. Saber qué había sido de él. Aún conservaba la dirección de su despacho en Manhattan en un papelito ajado ya por el tiempo y su teléfono lo tenía guardado en el suyo. Pero nunca lo había llamado en esos cinco años. En cuanto se instalara, lo llamaría.

Hasta el diez de septiembre no empezaba sus clases. Así que quería tener tiempo de buscar el Instituto, comprarse un apartamento. Instalarse. Y si le quedaba tiempo quizá fuese unos días de vacaciones a algún lugar y a la vuelta ver a Mat.

Nunca había tenido vacaciones y se acordó de la conversación acerca de ellas que tuvo con Mat en la cabaña de Bell, donde él le decía que no tomaba vacaciones. Pero si podía visitaría algún lugar bonito. Una semana.

Pero antes debía hacer muchas cosas. Vería el tiempo que le quedaba.

Sus últimos pensamientos, antes de quedarse dormida, fueron tres: comprarse un apartamento bonito y nuevo en Manhattan, un guardarropa nuevo y visitar a Mat.

Quizá se lo encontrase o si se enteraba de que estaba soltero o casado, daba igual, pasaría a saludarlo. Sí, eso haría.

Ahora era una mujer nueva y sofisticada. No era la pueblerina virgen que él había conocido. Y quería ver la cara que ponía cuando viera a la nueva Karen de Montana.

Sin embargo, lo trataría igual, a ella le daba igual que estuviese soltero o casado. Sólo quería darle las gracias porque gracias al trabajo que le dio allí, ahora ella se había convertido en otra mujer. Tenía ganas de ver su cara cuando la viera.

Y se quedó dormida en el asiento de primera que la llevaba a la gran manzana.

CAPÍTULO TRES

En Nueva York, se alojó en un hotel de Manhattan, porque pensaba vivir allí, hasta encontrar un apartamento pequeño para empezar su nueva vida.

No quiso abrir las maletas y al día siguiente, se fue a ver dónde estaba situado el Instituto y a encontrar una inmobiliaria. Aunque tenía dinero no quería gastarse más de lo necesario en un hotel.

Los hoteles en Manhattan eran bastante caros y no había necesidad. Siempre había sido ahorrativa y aún seguía siéndolo.

Nueva York, le pareció distinta, la gente se agolpaba por las avenidas camino del trabajo a toda prisa y ella estaba acostumbrada a ir más despacio y tranquila. Entró en una cafetería a desayunar.

Se sentó en una mesa al lado de la ventana y miraba por ella esa locura de ciudad, que por otro lado le resultaba bonita y tenía su encanto.

Tomó un buen desayuno. Algunos hombres trajeados que había en la barra, la miraron. Ella se había puesto cómoda.

Estaban en pleno agosto y hacía calor, así que se puso unos vaqueros y un top blanco sin mangas y unas sandalias bajas.

Se sujetó el pelo en una coleta alta y elegante y se maquilló. Iba a caminar. Tampoco iba a ir a ninguna fiesta. Por eso, eligió un look cómodo.

Pagó la consumición y salió a la calle buscando el Instituto. Sacó la dirección y se puso manos a la obra tardó veinte minutos en encontrarlo.

No entró ni nada. Aún estaba cerrado. No abrían hasta primeros de septiembre, pero al menos ya sabía la dirección y dónde estaba situado y lo necesitaba como referencia para encontrar un apartamento lo más cerca posible.

Sólo quería saber la ubicación para encontrar un apartamento lo más cerca posible y estuvo andando un rato más hasta que encontró una inmobiliaria y entró. Entró y la atendió una chica.

Quería un apartamento, no muy caro, porque, aunque tenía dinero suficiente, quería guardarlo para emergencias o se quedaba alguna vez sin trabajo. De todas formas, con el sueldo que iba a percibir tenía para vivir bien.

Y podía ahorrar bastante, ya que ella sabía administrarse bien con la comida y demás.

Le dijo a la chica de la inmobiliaria que deseaba un apartamento de dos dormitorios y un baño, cerca del Instituto, en un edificio nuevo. Y lo antes posible porque se estaba quedando en un hotel.

Quería un apartamento limpio y pintado para entrar. No tenía tiempo de pintar ni de limpiar. O en todo caso mandarían a pintar. Eso sí, la urgencia era lo que más prisa le corría.

Le dejó a la chica el nombre, el teléfono y el hotel donde se hospedaba para que la llamase.

Después de dar un paseo por las calles y tiendas. Entró de nuevo a otra cafetería a comer y se iría al hotel a descansar y echarse una siesta.

No creía que ya le diera tiempo a más. Quizá por la tarde o al día siguiente fuese a ver tiendas para ver precios y la ropa. Cuando tuviese su apartamento listo, iría de compras.

La chica de la inmobiliaria la llamó por la tarde porque había encontrado algo ideal que seguro

le iba a gustar. Y quedaron a las cinco de la tarde, justo a una manzana del Instituto. Quedaron en la puerta. El edificio era nuevo. Y le gustó.

Cuando subieron, el apartamento nuevo y amueblado, con tres dormitorios, dos baños y un aseo. Era más de lo que ella había pedido, pero la zona era tranquila y el Instituto estaba a menos de dos manzanas.

El precio, entraba dentro del presupuesto que ella tenía, un poco más, pero cuando vio el apartamento se quedó prendada, porque estaba amueblado a estrenar por ella, si lo quería con los muebles, claro.

Y tuvo un buen presentimiento, le gustó mucho. Ya que el edificio también era nuevo y de apartamentos amueblados con muebles nuevos. Estaba en una planta 15.

A Karen le encantaron los muebles que eran francamente bonitos, claros y las cortinas a juego con la tapicería de los sofás y se quedó con él. No le faltaba nada. Estaba equipado totalmente.

Hicieron el contrato en la notaría, pagó al contado, les dieron sus escrituras y la llave al día siguiente cuando todo quedó firmado y pagó sus impuestos.

Le había costado con los impuestos incluidos dos millones doscientos mil euros. Aún le quedaba en la cuenta un millón ochocientos cincuenta mil dólares. Nunca había pagado tanto por algo. Pero era amueblado.

No tenía que pagar hipoteca ni alquiler, con lo cual su sueldo era todo íntegro para comer y mantenerse y ahorrar, porque el sueldo estaba casi por los cinco mil dólares mensuales netos.

Karen nunca había visto tanto dinero en su vida. En cuanto se comprara ropa, llenara la nevera y la despensa y pagara el hotel y se hacía un viaje corto, debía quedarle, al menos el millón ochocientos veinticinco mil dólares. No pensaba gastar más.

Luego tendría que ahorrar al menos la mitad de su sueldo o más al mes. Ella ya se las arreglaría bien.

En cuanto tuvo las llaves del apartamento, fue al hotel y pagó la cuenta. Dejó las maletas en su apartamento y bajo a comer. Descansó un rato y dedicó toda la tarde a abrir las maletas y colocar todo.

Le encantaba el apartamento. Era más grande de lo que en un principio tenía en mente y más caro. Al menos doscientos mil euros más de lo que pensaba gastarse, pero una vez hecho, se alegraba. Y tenía tres dormitorios

Tenía un salón comedor con cocina abierta, unos grandes ventanales que daban a la avenida.

La cocina tenía todos los electrodomésticos nuevos del mercado, lavavajillas incluido, una pequeña despensa con una puerta y una isla mediana con tres taburetes.

No era demasiado grande, pero los colores, le encantaban. Estaba pintado en un gris claro, la cocina era gris en dos colores y los muebles en un blanco roto, con un fuego eléctrico en forma de chimenea en el salón y encima la televisión. Y el suelo de madera oscura.

Tenía una mesa de comedor pequeña, para cuatro personas y en el salón dos sofás muy grandes, cómodos y en colores grises y negros combinados y dos pufs, combinados también. En el centro una mesa cuadrada, que era un baúl pintado en negro.

En una esquina, una mesita pequeña, con un sillón de lectura, a juego con una lámpara de lectura Y una mesa más alta, en la entrada unas manos para poner las llaves y una lamparita.

En el pasillo que llevaba a las habitaciones, a la derecha, había una puerta con un aseo pequeño. Y al lado otra habitación pequeña para la lavadora y secadora y útiles de limpieza, ya que tenía estantes. Y una habitación de invitados con un gran armario y decorada en tonos verdes, con su baño.

Las otras dos habitaciones, al fondo, una era la principal, que era la más grande, decorada

también en tonos grises y negros y dos vestidos que llevaban a un gran baño completo con dos senos en el lavabo y una bañera de hidromasaje, estaba al otro lado y daban a la calle, como el salón. Y la otra habitación al principio del pasillo sin vestidor ni baño, era un despacho que le encantó, con mobiliario en blanco roto, al lado de la habitación de invitados y frente al aseo, situada a la izquierda con vistas a la calle.

Al día siguiente, se levantó y desayunó fuera. Había colocado sus enseres personales y la ropa que llevaba de Helena. Era jueves, nueve de agosto y ya tenía casa.

Ahora, iba a comprar algunos objetos de decoración para terminar de decorar la casa. Y todo lo que quería para el despacho y solicitó internet. Todo quedó listo por la mañana.

Por la tarde, pasaría por una agencia de viajes y al día siguiente lo dedicaría a hacer compras y para su cuerpo. De todo.

De momento iba a por el tema decoración y limpieza tanto para su cuerpo como para la casa. Comería esos días fuera y cuando volviera de las vacaciones, compraría comida. No quería dejar nada en la nevera si se iba a ir de vacaciones, por si se estropeaba.

Entró en un bazar de decoración y compró algunos objetos que había preparado en una lista. Los encontró todos y se lo llevaron por la tarde.

Había comprado algunos jarrones, cuadros, elementos decorativos, una papelera preciosa para su despacho y un sinfín de cosas que no pensaba pero que le encantaron. Botes para el baño y para la cocina lo que faltaba. En total se gastó casi 300 dólares. Pero merecía la pena.

Después se fue a una tienda de perfumería y productos para el baño, ropa y demás, así que compró sábanas, mantas para el invierno, ya que edredones no necesitaba, toallas, un par de albornoces, ropa de cocina y de limpieza, mantitas para los sofás.

Y de todos los productos para el baño, gel, champú, cremas, perfumes, colonias frescas, esponjas, etc. Todo lo necesario que ella utilizaba. Compró una gran cantidad de reserva, maquillaje, etc.

Comió fuera y se fue a casa. Por la tarde le llegaron las compras y se dispuso como el día anterior a colocarlas, salir a cenar y se le fue el día. Pero la casa se iba llenando ya.

Se pudo dar un gran baño relajante antes de acostarse. Estaba cada vez más encantada. Pero no le había dado tiempo de ir a la agencia. Al día siguiente, porque ese día, en cuanto cayó en la cama, se quedó dormida.

El día siguiente hizo la cama y desayunó fuera como los días anteriores. Fue a una agencia de viajes, y tenían un paquete para el sur de España.

Un tour de diez días maravillosos. Ella en principio no tenía intención de salir de Estados Unidos, había pensado en un viaje cerca, como Miami o algo por el estilo, pero no cruzar el charco.

Pero era una oportunidad única y en cuanto le enseñaron los lugares, se enamoró... y ¿por qué no? Cuatro mil dólares más tampoco era tanto. Y si se gastaba un par de ellos, se lo merecía,

En esos diez días tenía, pensión completa, hotel y vuelos, tres días en Marbella., dos en Sevilla, dos en Cádiz, dos en Granada y el último en Torremolinos, de nuevo en Málaga con viaje para ver el centro de la ciudad.

Y sacó su paquete de viaje. Madre mía, no quería saber lo que le quedaba en la cuenta, hasta que no volviera y llenara la nevera. Entonces, miraría. Mientras, estaba disfrutando.

Y ahora, a por ropa, quería comprar antes de comer, aunque comiera a las cinco de la tarde.

Llevaba una lista hecha de ropa por comprar, pero compró como siempre más de lo necesario.

En tres boutiques y un centro comercial, llenó los dos vestidos de absolutamente todo, hasta

ropa con manga larga. Cuando llegara el invierno haría otra de invierno. Pero al menos tenía ropa de sobra hasta noviembre casi.

Y se compró vestidos informales, de fiesta largos cinco y seis de cóctel, camisas, camisetas, faldas y zapatos, blusas y camisas, de manga corta y larga, ropa interior sexy, por lo menos dos docenas de conjuntos y tanguas y sujetadores sueltos.

Se acordó de Sonia que le decía que nunca una mujer tiene suficiente ropa interior y sonrió.

Cinco trajes de chaqueta y falda y pantalones para combinarlos, para el trabajo, pañuelos. Algunos chales para los trajes de fiesta y cóctel.

Algunas chaquetas y rebecas, unos cuantos bolsos, camisonos, maquillaje y complementos, también ropa deportiva, ya que pensaba apuntarse a un gimnasio o ir a clases de bailes de salón, ya vería, y un maletín más grande para llevar el ordenador y otros documentos del Instituto.

Un bolso grande y más de diez pares de zapatos, de tacón, sandalias, altas y bajas, deportivas un par, zapatos bajos y un par de botas, altas y bajas.

Como su apartamento estaba cerca, tuvo que dar tres viajes para llevarse toda la ropa.

Llegó a casa cargada. Se había gastado un pastón en ropa. Nunca en su vida había gastado esa cantidad de dinero en ropa. De todo.

Desde informal hasta de fiesta. Nunca se sabía a dónde iban a invitarte. Y colocó todo. Había llenado su vestidor. Estaba encantada. No sabía si lo estrenaría todo, pero los vestidos largos y de coctel eran preciosos.

Cuando llegara noviembre debería ir de nuevo a por abrigos, medias y algo de invierno. De momento estaban a casi mediados de agosto y hacía calor todavía. Y lo que había comprado era atemporal.

Eran las cuatro de la tarde y no había comido aún, bajó a una cafetería que había junto a su edificio, que era donde desayunaba y prácticamente comía y ya la conocían de esos días y dio buena cuenta de un plato combinado y una cerveza grande. Un café y un trozo de tarta de chocolate. No podía más.

Se fue a casa y se tumbó en el sofá y despertó a las seis y media. No saldría esa noche. Pediría una pizza. Iba a colocar toda su ropa y al día siguiente haría la maleta para su viaje.

Cuando volviera de las primeras vacaciones de su vida, aún le quedarían otros diez días para incorporarse a su trabajo. Haría una buena compra y descansaría y empezaría su plan de ahorro.

En su casa era feliz. Le gustaba cómo había quedado decorada. Tener dinero no era tan malo y ser millonaria era maravilloso.

La mantenía limpia todos los días y se sentía satisfecha de lo que había logrado en la vida a sus veintinueve años.

Cuando esa tarde ya casi de noche miró sus vestidos y sus cajones, no pudo sentirse mejor.

Había pensado comprar una pizza pero con la siesta que se echó y tenía que bajar al menos dos bolsas de etiquetas y cajas de zapatos vacías a la basura, prefirió tomarse una ensalada en su cafetería favorita.

Y eso hizo, bajó, tiró la basura y justo en frente había una librería y entró. Se compró dos revistas, una la que solía comprar con Mat. Le picó la curiosidad.

Otra de cotilleos, y dos libros y una agenda de viajes y un librito de Andalucía que le recomendaron para su viaje.

También un pequeño libro mini en español para turistas, que tenía las preguntas más importantes que un turista podía preguntar. Y se fue a casa.

Se sentó en el sofá y se dispuso a leer la revista de Mat, pasó las hojas para ver si tenía algo sobre él, decían algo, si estaba casado, y pasando hojas, allí estaba.

Después de cinco años, no había cambiado nada. Estaba igual de guapo e imponente. Le hacían una entrevista sobre sus restaurantes y se leyó entera la entrevista.

—¡Qué guapo está! —dijo en voz alta.

Le preguntaban sobre su vida personal y decía que estaba soltero, sin novia ni nadie, que estaba centrado en su trabajo.

—¿Y la novia modelo, dónde está? —se preguntó ella.

Se dijo que habrían cortado o que aquello que leyó hacía unos años, era mentira. Las revistas de cotilleos mentían siempre. Y era verdad, lo que Mat le dijo en ese tiempo.

En la revista de cotilleos, no lo encontró, así que se releyó de nuevo la entrevista y miró las fotos que había de él.

Estaba matador y ella recordó su cuerpo arrollador abrazando al suyo. Pero sabía que aquello fue pura necesidad física para él.

Sin embargo, para ella había significado tanto... que aún después de cinco años no lo había olvidado, y lo que era peor no encontraba a nadie que lo sustituyera.

En cuanto volviera de sus vacaciones por España, lo visitaría. Aunque podía verlo el día siguiente, antes de irse, no tenía nada que hacer, salvo la maleta, y llevaría ropa de verano.

No sabía qué hacer, pero se atrevió. Eran las ocho de la noche. No era muy tarde para llamarlo. Quizá estuviera trabajando o en casa

Tomó un papel de su bolso, que no era nuevo, que lo llevaba guardado desde hacía cinco años. Era el teléfono de Mat y la dirección de su Trabajo. Debía llamarlo, debía atreverse y prefirió lo más cercano e informal. Llamó a su móvil, tres veces, y las tres veces estaba ocupado. Al final tuvo que dejarle un mensaje.

—¡Hola Mat!, soy Karen, de Montana. No sé si me recordarás. Te cuidé en la cabaña cuando tuviste el accidente, ¿recuerdas? Estoy en Nueva York y me gustaría pasar a saludarte.

La piedra estaba en su tejado. Le gustaría verlo, qué había sido de él estos cinco años. Cuando a las nueve de la noche Mat, escuchó el mensaje de Karen, el tiempo se paró. Había tenido una cena importante y no había mirado los mensajes. Y se quedó de piedra. Jamás se lo habría esperado de la pequeña zanahoria.

Había pensado frecuentemente en ella, pero nunca la había llamado. No le había encontrado sentido. Ella en una punta del país y él en otra.

Ella una chica de pueblo él un hombre de ciudad. No hubiesen pegado ni con cola. Pero sí que recordaba haber sido su primer hombre, su olor, y el calor de su cuerpo.

Con Karen había tenido una conexión especial y había sentido cosas que no había sentido con nadie. Recordaba su cuerpo perfecto, su olor, su pelo largo y rizado y sus ojos verdes preciosos.

Ella había conocido su cuerpo como nadie y había pasado con ella situaciones que le avergonzaban, pero que habían sido necesarias. Y ella, nunca se había quejado.

Y ahora lo llamaba. Quizás había pensado buscar trabajo en Nueva York y quería que le echara una mano, pero, tendría que decirle que debía comprarse un guardarropa, porque Nueva York no era Montana y para encontrar un trabajo debía ir bien vestida.

La recordaba vestida de manera informal y si le encontraba un trabajo, sería un buen trabajo, no uno cualquiera.

Si no tenía dinero, le dejaría. Lo que había hecho por él, aunque le había pagado, no tenía precio.

Tenía contactos y la ayudaría. Su voz era preciosa. Pero se había puesto nervioso como un adolescente. Sería mejor darle cita en un sitio en el que él tuviera el control, como su despacho. Aunque recordaba las veces que le hizo el amor, pero no pensaba sacar ese tema.

No tenía lugar, habían pasado cinco años y mujeres por su cama y seguro que ella habría tenido hombres también. Por un momento, pensarlo, le molestó, pero desechó la idea.

La llamó y fue escueto.

—¡Hola Karen! Claro que me acuerdo de ti. Ven pasado mañana a mi oficina a las once si puedes. Hablaremos de lo que quieras. Te mando por WhatsApp la dirección por si se te ha olvidado. Mi secretaría ya sabrá que vienes. Tengo ganas de verte y saludarte.

Bueno, no parecía ni muy contento, ni tampoco tan serio. Sabía su estado civil, pero, de todas formas, se lo preguntaría. Ella siempre había sido valiente. No quería nada de él, solo que supiera que estaba en la ciudad y saludarlo.

Así tuvo tiempo al día siguiente de ir a darse unos masajes, pasar por la peluquería, laser y limpieza de cutis, manicura y pedicura.

Por la noche, estaba totalmente descansada, por nerviosa por ver al día siguiente a Mat.

El edificio de oficinas en las que Mat tenía el despacho, estaba en la planta número veinte. Lo que le molestaba de Nueva York era la altura de los edificios.

Le gustaban los lugares con casitas o edificios de pocas plantas. Pero Manhattan, después de todo era maravillosa. Se estaba acostumbrando.

Se había puesto un vestido de manga a la sisa a media pierna, sin llegar a ser demasiado corto, en blanco y negro, estrecho que marcaba cada curva de su cuerpo. Quería que Mat, la viera como una mujer distinta, elegante y sofisticada, no como la paleta de Montana que él recordaba.

Tenía el vestido un escote cuadrado por el que asomaban una pequeña parte de sus senos.

Era un vestido sexy, caro y elegante y ella lo sabía. Lo había elegido a propósito. Un bolso negro y unas sandalias con plataforma altas.

Se había recogido el pelo hacia atrás con unas horquillas y unos pendientes de perlas a juego con un collar corto también de perlas, completaban su atuendo. Llevaba perfume caro, al que se acostumbró cuando empezó a trabajar en el Instituto de Helena y ganaba un buen sueldo.

Iba muy bien maquillada. Había aprendido, pero no se pasaba, prefería un maquillaje natural, discreto y sencillo. Su cuerpo había cambiado con el tiempo. Ya no estaba tan delgada. Tenía algunas curvas y una talla más.

Aunque era bajita, con los tacones, gustaba a los hombres. Era toda una mujer. Tenía un pelo precioso y cuidado a base de las cremas que se echaba.

No era ya la chica de pueblo delgaducha. Era una mujer elegante y sofisticada y le debía mucho a Sonia.

Le enseñó hasta a comer con cuatro tenedores. A ser una buena anfitriona a vestirse y maquillarse y a sacarle partido a su cuerpo.

Ella se reía mucho con estas cosas, pero le habían servido en cuanto empezó a trabajar y tratar con los padres de los hijos que había en el Instituto privado, porque eran personas de alto poder adquisitivo. Incluso su lenguaje era más culto y amplio su vocabulario.

Cuando llegó, la secretaría la hizo pasar enseguida. Y entró, temblando, pero entró en el despacho de Mat, con seguridad.

Estaba de espaldas, mirando a la ventana. Era más alto incluso de lo que recordaba en la

cabaña, llevaba el pelo corto y un traje gris, aunque llevaba solo una camisa gris con el pantalón. La chaqueta la tenía colgada tras el sillón, todo le quedaba como un guante a ese cuerpo de escándalo que tenía y que nadie mejor que ella lo sabía. Lo recordaba a la perfección, cada milímetro de él, lo había tocado ella.

Se dio la vuelta y casi no la reconoció. La Karen que tenía delante era una mujer guapísima y sofisticada, con un vestido precioso que marcaba sus curvas a la perfección y olía de maravilla. Se excitó al instante. No era para nada lo que se esperaba. No podía creerlo.

—¡Hola Mat!

—¡Hola Karen! ¡Estás guapísima y muy cambiada! ¡No me lo puedo creer!

Se acercó a ella y le dio un abrazo. Que ella recibió igualmente. Karen llevaba un perfume exquisito. No cabía duda de que había cambiado. ¿Se habría casado?

—¡Cuéntame qué ha sido de tu vida!

—Mi vida ha dado muchas vueltas, Venga, dispara, tú, nunca te has cortado.

—Quería saber, si estás casado, prometido, novia, o sales con alguien. Tus negocios veo que van muy bien. Y tú, sigues tan guapo e impresionante como siempre.

—Directa a la yugular. ¿Me vas a pedir en matrimonio después de cinco años sin vernos?

—No lo creo —dijo riéndose— ¡Contéstame por favor!

—Está bien, no, ni casado, ni comprometido ni salgo con nadie. Es más, hace más de tres meses que no tengo relaciones sexuales. ¿Satisfecha? ¿Y tú?

—Tampoco. Nada de nada.

—¿Ni sexo desde hace tres meses? —Dijo él, que quería enterarse. Porque esa Karen, la habían cambiado.

—Ni sexo desde hace cinco años.

Él no supo qué decir ante tanta sinceridad. Y se puso serio.

—¿Y por qué?

—Porque eras muy bueno. Me costaba querer conocer a otro íntimamente. Pero esa no era la principal cuestión. He estado muy ocupada, haciendo infinidad de cosas, entre ellas sacarme una carrera. En realidad, no ha sido totalmente por ti.

—¿En serio? Me alegro mucho Karen, de verdad. Si estás buscando trabajo, puedo ayudarte.

—No he venido por eso, Mat. Solo quería saber cómo estabas. Pasé a saludarte. Preguntarte por tu estado civil es porque no quiero que nadie piense nada malo sobre mí. No quiero entorpecer nada por el hecho de que nos conozcamos. Y saber que estabas en Nueva York, yo también y no saludarte, me parece una descortesía por mi parte.

—Eres de lo que no hay. Tu sinceridad me ha abrumado siempre. Mujer, aunque tuviese otra, no le importaría que fuésemos amigos o conocidos. Un hombre puede hablar con una mujer y no tener nada.

—Eso es cierto. Pero las revistas, ya sabes... Bueno, la verdad solo pasaba a saludarte y ver cómo estabas. Y veo que andas bien y mueves las manos perfectamente.

—Si gracias a ti. Te estaré eternamente agradecido. —Se rio Mat.

—Me pagaste bien. Yo también, debo darte las gracias. Si no llega a ser por el dinero que me pagaste, no hubiese ido a Helena y no soy la que ahora soy.

—Pero ese trabajo no estaba pagado con nada. ¿Bueno y tienes trabajo entonces?

—Sí, soy profesora de Literatura en el Instituto Privado Regis High School. Empiezo el diez de septiembre ya a trabajar, y por lo menos durante cinco años, tengo contrato. Estuve en el mismo instituto un año en Helena. Y me he trasladado aquí definitivamente. Me he comprado un apartamento cerca del Instituto.

—Pero cómo...

—Soy rica, tengo más de medio millón de dólares.

—Sigues tan graciosa como siempre.

—Sí, heredé. Es cierto.

—Me alegro mucho Karen de que te haya ido la vida bien. Te lo merecías.

—¿Y a ti, qué tal te va?

—Lo cierto es que nuestros restaurantes funcionan a la perfección. Algún día te llamaré y te invitaré a conocerlos.

—Muy bien. Bueno, no quiero quitarte tiempo. Gracias por ofrecerte a ayudarme a encontrar empleo. Si no lo tuviese lo hubiera aceptado. Te veo muy bien, igual de guapo.

—Eres de lo que no hay. Veo que no has cambiado mucho.

—Sí, sí que he cambiado. Podré comer en tu restaurante con todos los tenedores.

—¡Cómo eres! me alegro mucho de verte, de verdad.

—Yo también, Mat. Te dejo. No quiero quitarte más tiempo. Además, tengo que hacer la maleta. Me voy de vacaciones diez días. Son mis primeras vacaciones.

—¿En serio? me alegro mucho y ¿dónde irás?

—A España. Al otro lado del charco.

—Te llamaré cuando vuelvas y te invito a cenar, ¿te parece?

—Estupendo, si quieres...

—Quiero. Te encantarán nuestros restaurantes.

Se levantaron, se acercó a él y le dio un abrazo. Pero él apretó más fuerte de lo normal acercando su sexo al de ella... y sintió el mismo calor que la primera vez. Estaba excitado y ella se sintió triunfante de provocarle la excitación.

—¿Lo has hecho a propósito?

—Te juro que no —con una sonrisa perfecta —Ha sido sin querer.

—Adiós Mat.

—Te llamaré algún día cuando vuelvas y salimos. Te enseñaré Nueva York.

—Cuando quieras.

Y se fue por donde vino, temblando y haciendo un esfuerzo porque él no lo notara, pero acercar su sexo al suyo, lo había hecho a propósito, como en la cabaña. Era increíble Mat. Estaba igual de guapo o más.

Era excitante y sexy y su olor no había cambiado. No habían hecho referencia al sexo que tuvieron. Mejor, no era el momento ni el lugar, ni ella quería.

Sólo quería verlo y había cumplido otro objetivo en su vida. Ahora de vacaciones y a trabajar.

Pero no podía engañarse. Esa visita corta a Mat en su despacho, le hizo darse cuenta de que no lo había olvidado tan fácilmente.

Ese hombre, era un pecado y un vicio para ella y supo que le costaría encontrar otro como él porque estaba perdidamente enamorada de él.

Y no desde ahora, sino desde la primera vez que lo vio chillando como un ogro en la cabaña de Bell.

Por esa razón no había podido tener relaciones con otro hombre, y menos relaciones sexuales. Que otro hombre la tocara íntimamente, era algo que no podía.

Bueno, ahora estaba ahí, en Manhattan donde Mat vivía, pero sabía quién era Mat, y era un hombre al que le gustaban las mujeres mucho y no creía que pudiera estar con una sola, aunque fuese con ella y ella no era de esas mujeres, por muy moderna y liberal y sofisticada que se hubiese vuelto.

En ese aspecto, era anticuada. Respetuosa y empática, pero en lo que se refería a ella, no era de estar con un hombre cada semana, cuando se volviera a enamorar de otro hombre, tendría que respetarla y serle fiel.

Sabía que en estos días era difícil, pero prefería permanecer soltera y tener amigos a andar con unos y con otros.

Si Mat la invitaba a salir cuando volviera de sus vacaciones en España, saldría a comer con él y a ver sus restaurantes como una amiga, aunque sabía que ese hombre era un peligro, no iba a jugar con ella. No se lo permitiría, por nada.

Era mejor tenerlo como amigo e ironizar con él, pero hasta ahí. Ya conocía cómo era y no quería sufrir sino olvidarlo y no podía.

Tenía un gran problema y se preguntó si había sido buena idea llamarlo y verlo, para darle las gracias y verlo, porque en realidad quiso verlo y que la viera cómo era ahora. Pero quizá había cometido un error, porque le gustaba más si cabe. Estaba magnífico.

Era especial y ella nunca hubiese tenido la oportunidad de conocer a un hombre así, si no es porque tuvo un accidente y ella estuvo ahí en el lugar adecuado en el momento adecuado.

Y luego estaba su lado sexual, había arrimado su sexo excitado al suyo, como había hecho varias veces en la cabaña. Era su juego con ella. Era un desvergonzado. Y sabía que le gustaba mucho el sexo. Lo había comprobado en esos dos días en Bell.

No tenía remedio —iba pensando camino de su apartamento y sonriendo —y terrible. Y excitante y la excitaba que era aún peor. Y ella no era de piedra. Se había puesto nerviosa.

CAPÍTULO CUATRO

¿Qué había pasado? ¿Quién era esa Karen sexy y guapísima que había entrado en su despacho? con solo verla con ese escote discreto en el vestido, se había excitado.

Estaba guapísima, más mujer y si mal no recordaba no había hecho el amor desde hacía cinco años. O sea que sólo lo había hecho con él.

Y olía de maravilla. Había dejado su olor en el despacho. Y ese cruce de piernas...

Era otra Karen. Más sofisticada, pero no había cambiado un ápice su ironía. Era preciosa y elegante, tenía unas curvas que eran matadoras. Y un contoneo de caderas que no sabía dónde había aprendido a hacer eso. Ahora él no salía con nadie. Estaba libre como el viento y esa zanahoria lo había puesto duro tras su mesa con ese contoneo de caderas y ese cuerpo.

Quizá la invitara en cuanto volviera de sus vacaciones a cenar a uno de sus restaurantes. Se lo debía. Lo que había hecho por él, no lo hacía cualquiera.

Lo haría como forma de agradecimiento. No sabía que no lo iba a hacer por eso. Si era franco consigo mismo lo iba a hacer porque quería poseerla de nuevo.

¡Ojalá no conociera a nadie en ese viaje! Se sentiría celoso. Tendría que esperar doce días. Y se le iban a hacer eternos, porque ahora no dejaría de pensar en ella, en sus piernas y en ese vestido que lo había puesto duro como una piedra y por supuesto que acercó su sexo al de ella, para que supiera lo que le provocaba, pero ella seguía siendo brutalmente sincera con él.

Sentir su calor junto al suyo... eso echaba humo. Estaba ardiendo.

Y eso le encantaba.

Karen, Karen, vuelve pronto...

Ella se dedicó el resto del día a hacer la maleta y en pensar en el sexo de Mat, cuando se lo había acercado al suyo. Era terrible.

Luego, decía que no lo hacía a propósito, como si ella no lo conociera suficiente a pesar de los años transcurridos.

Al día siguiente y con su maleta hecha, tomó un taxi al aeropuerto, camino de España.

El viaje a Málaga se hizo muy ameno, pues un grupo iba con el mismo paquete vacacional que ella y se conocieron todos.

Entre ellos, iban un par de gais, unos cuantos matrimonios, un par de parejas, dos parejas mayores y un par de hombres, uno de unos cuarenta años y otro joven como ella de treinta, calcularía.

El grupo, era pintoresco, pero ella iba muy contenta. Pensaba pasarlo muy bien. Tendría que comprarse algún bikini cuando llegara, unas chanclas y un par de pareos, alguna toalla y algún bolso para meter las cosas de la playa.

Llegaron de noche y fueron directamente al hotel de Marbella, donde permanecerían tres días. El hotel era de cuatro estrellas y era maravilloso.

No vio nada porque era de noche cuando llegaron y estaba cansadísima de todo el ajetreo que había tenido en Nueva York y del viaje. Descansaría y el resto de días tras el viaje, descansaría

más aún.

Al día siguiente, el primer día de sus vacaciones, desayunó y dio un paseo, en una tienda frente a la playa, se compró los bikinis y las chanclas, el pareo y un bolso de playa con esterilla y un par de toallas.

Se fue a la habitación y se puso uno de los bikinis y un pareo y se fue a la playa que tenía privada el hotel.

No tenía ni que salir fuera del hotel. A través de la piscina salía a la playa. Y sus dos primeros días transcurrieron entre la piscina y la playa y lectura y dormir y comer y pasear y pensar.

Pensar en Mat. ¿Qué tendría ese hombre que no se lo quitaba de la cabeza?...

Lo había visto más guapo y hombre si cabe, sin embargo, no había cambiado su ironía, pero le pareció más alto, imponente y guapo. Nunca lo había visto con traje en la cabaña y cuando lo vio, con ese traje que le sentaba como un guante, el pelo y esos ojos que siempre le habían encantado... supo que nunca había dejado de quererlo.

Pero un hombre así, nunca estuvo a su altura en el pueblo y tampoco lo estaría en la ciudad por mucho que ella hubiese cambiado, porque Mat, siempre la vería como la chica pueblerina, ingenua y virgen. Y eso, no les gustaba a los hombres de su clase. No hacía falta más que ver su despacho, y su cuerpo, lo que costaba su traje, su reloj de oro y sus zapatos.

Pero le era imposible dejar de pensar en Mat y soñar con su cuerpo, ese que había conocido y fue suyo tan poco tiempo.

Al final del segundo día, cuando acabó de cenar, y estaba en su terraza de la habitación del hotel, leyendo, antes de bajar a tomar una copa al bar, dónde hacían baile, la llamaron al móvil.

¡Qué raro!, ella no recibía llamadas de nadie, porque no conocía a nadie, como no fuese del trabajo... Cogió el móvil de la mesita de la terraza. ¡Era Mat!

—¿Sí?, acertó a decir nerviosa

—¡Hola guapa!, ¿por dónde andas?

—¡Hola Mat!, ¡Qué alegría!, ¿A qué se debe tu llamada, me echas de menos después de cinco años?

—No puedo olvidar ese vestidillo.

—¡Qué tontorrón!... Siempre has sido un hombre irónico.

—Quería saber si has llegado bien y cómo estabas, mujer. Te echo de menos. Ahora no puedo dejar de pensar en ti.

—Estoy en Marbella. Esto es precioso. Paz y tranquilidad, aunque en esta parte todo es carísimo. Pero me encanta. Y no digas tonterías. Has estado cinco años sin pensar en mí. Y ahora no creo que sea diferente.

—Siempre he pensado en ti, en serio. Pero estábamos a miles de kilómetros de distancia. Y no he dejado de pensar que no has estado con otro, salvo conmigo. Desde que me lo dijiste en el despacho, no dejo de pensar en ello zanahoria.

—Vamos Mat. Eso ha sido por un motivo. Pero ahora ya todo ha cambiado. Tengo que conocer a más hombres. Soy una mujer nueva.

—¡No quiero! En serio. No quiero que conozcas a más hombres.

—Mat. No puedes decirme eso en serio. ¿Estás de coña o tienes cinco años?

—Sí, lo digo muy en serio. No paro de pensar en ti, pequeña zanahoria. Quiero que salgamos juntos en cuanto regreses.

—¿Y yo no tengo nada que decir? ¿Y si estoy saliendo con otro? El que no me haya acostado con nadie no quiere decir que no esté saliendo con alguien.

—¿Lo estás?

—No, no lo estoy, por ahora.

—Quiero saber si te sigo gustando. Quiero tenerte en mis brazos como en la cabaña y hacerte el amor hasta morirnos de placer.

—Mat. Eres tremendo y terrible y estás más loco de lo que pensaba. Hace cinco años de aquello. Puede que ahora fuese diferente. No somos los mismos de antes. Tienes que entenderlo.

—Para mí, como si fuese ayer. Y será mil veces mejor. Te lo prometo.

—Pero si nos hemos visto..., media hora en tu despacho, hace apenas cuatro días.

—No me importa, ¿qué dices?

—¿No puedes esperar a que regrese? Eres un hombre impulsivo. Vas a darme las vacaciones, te conozco. Y nunca he tenido.

—Lo siento, pero no, no puedo. Y si conoces a otro en vacaciones y...

—No he conocido a nadie en cinco años, Mat, no creo que en diez días todo cambie y conozca aquí el amor de mi vida. Vengo a descansar y a ver estos maravillosos pueblos y paisajes y a comer. La comida está buenísima. Deberías venir. No creo que tus restaurantes superen estas tapas.

—Muy graciosa. Cuando te lleve a cenar, ya me dirás. ¿Qué me dices nena, salimos?

Se hizo un silencio que, a Mat, le pareció eterno y a ella, demasiado corto. Era un hombre imponente y sexy y sólo pensar que pudieran continuar en serio lo que dejaron sin compromisos en la cabaña y volviera a disfrutar del cuerpo de ese hombre... en realidad, iba a ser verdad que era un hombre difícil. Difícil decirle que no. Era tan impulsivo...

—Está bien, saldré contigo, pero será cuando vuelva, no antes. Y serás fiel, no quiero verte en ninguna revista o enterarme de algo que no me guste.

—¿En serio cielo?

—En serio. Y que sepas que esto es lo más surrealista que me ha pasado en la vida.

—¿Me serás fiel en vacaciones tú a mí?

—O sea, es por eso.

—Estoy celoso.

—Te seré fiel, pesado. Y tendrás que aguantarte.

—Ya tengo ganas de que vuelvas. Yo también te seré fiel. No lo dudes.

—No esperaba menos, pero aún me queda una semana.

—Te llamo mañana. Te llamaré todos los días. Pequeña. Besos. Piensa en mí.

Y colgó. ¿Qué acababa de suceder? ¿Qué había pasado? No podía creerlo. Si hacía cinco años que no lo veía y hacía cuatro días que fue a su despacho. Ese Mat era el tío más loco que había conocido en su vida.

Que a ella, le pasaba lo mismo, no podía dejar de pensar en Mat. ¿Era posible que a él le pasara lo mismo que a ella? o era simplemente el hecho de que no había estado con ningún hombre, salvo con él, lo que le importaba...

No, eso no podía ser. Mat, era un hombre que podía tener a todas las mujeres que quisiera y no sólo por su físico.

Era irónico y divertido y no tenía aires de grandeza ni presumía de ser millonario. Se consideraba un gran trabajador.

Tendría que pensar qué le gustaba, que si ahora no salía con nadie y ella había aparecido ahora, a lo mejor había removido su relación con ella. ¡Basta ya de pensar! Saldría con Mat. Es decir, ya estaba saliendo con él. Una locura.

Su vida había cambiado y había dado un giro de 380 grados. Bueno, viviría, como decía Sonia.

Se quedó durmiendo esa noche de verano pensando en él, excitada y azorada, pensando en volver a hacer el amor con Mat. Ya era una mujer. Y lo deseaba.

Al día siguiente tenía una excursión a Ronda. Un pueblo precioso con un desfiladero profundo y reminiscencias del dominio árabe y romano.

Una ciudad del siglo XV que, a Karen, le encantó y pasó un día, recorriendo sus escaleras y sus puentes.

El grupo de excursionistas, comieron en un bar estupendo y tomaron café y por la tarde volvieron a Marbella. El grupo era estupendo y ella se divertía mucho con todos. Con el chico de su edad, Bill, era con el que más hablaba. Sabía español y al menos podía comunicarse mejor que ella.

Esto le dio una idea. En cuanto volviera por las tardes se apuntaría además de a bailes o gimnasio a dar un curso de español.

El día siguiente, tenían previsto ir a Sevilla dos días. Irían en tren y se hospedarían en un hotel cerca de la catedral, en el centro de Sevilla.

Ya les habían advertido que hacía mucho calor, pero no tanta como en Julio. Era ya casi finales de agosto y refrescaba por la noche.

Cuando llegaron de Ronda, quiso darse un baño en la piscina antes de la cena y así relajarse y refrescarse.

Eran las diez de la noche cuando la llamó Mat.

—Hola cielo, ¿qué haces?

—¡Qué cariñoso!

—¡Qué mala eres! Soy muy cariñoso, lo sabes y te lo recordaré en cuanto vuelvas. ¿Qué has hecho hoy, bonita?

—He estado viendo un pueblo precioso. Ronda. Fuimos en grupo. Después me bañé en la piscina y acabo de cenar y ducharme.

—¿No vas a salir por la noche? —Le preguntó interesado.

—Esta noche no me apetece. Estoy muerta. Voy a descansar. Mañana salimos para Sevilla y allí tengo dos días para ver todo lo que quiero ver. Menos mal que no hay excursiones, pero tengo una lista hecha. Dicen que es una ciudad preciosa. Y tú, ¿qué haces?

—Voy a darme una ducha, ¿te apetece dármele tú? Recuerdo cuando me tocabas en la cabaña y tenía que contenerme.

—¡Calla! Era mi trabajo nene y sentía como te controlabas.

—¡Maldita zanahoria! Te echo de menos. Me gusta hablar contigo este ratito.

—Estoy acostumbrándome a estar de vacaciones, aunque también es cansado. En cuanto llegue voy a descansar de verdad. Hago una compra y no voy a hacer nada. Tumbada todo el día y pasear.

—Pues quiero hacer ejercicio contigo. Voy a recorrerte entera y a comerte, me pones duro como una piedra cuando pienso en ti.

—Tendrás que aguantarte. Ten paciencia, guapo. Yo la he tenido durante cinco años.

—Eso no es justo Karen.

—Es verdad, perdona. Yo, no quise hacer nada con otros hombres porque no quise y porque no tuve una oportunidad como la que tuve contigo.

—Hay que resolver ese asunto, preciosa. Y lo resolveremos en cuanto regreses. Te dejo ya guapa. Te llamo mañana.

—Hasta mañana pequeño —Y oyó su risa mientras colgaba.

Ese hombre, estaba loco de remate. Parecía que el tiempo no había pasado y era como si fuesen

una pareja que están lejos uno de otro, y eso a ella, la confundía. Sin embargo, Mat, lo llevaba muy bien.

En Sevilla, vio toda la lista de monumentos que llevaba en los dos días que estuvo. Luego estuvo el grupo en Cádiz y comieron pescadito y se bañaron en la playa de la Caleta.

Fueron a Granada y vieron la Alhambra. Todo cuando veía, le parecía mágico, pues ese tipo de monumentos, ella no los había visto al natural, salvo en los libros. Las ciudades eran preciosas, de edificios bajos, como le gustaban a ella.

Todas las noches, la llamaba Mat. Le decía palabras cariñosas, se contaban cómo les había ido el día, qué había visto ella y el último día pasearon por Málaga y por la calle Larios y era el día de la despedida de sus vacaciones.

Quiso comprarle un regalo a Mat. No tenía a nadie a quien llevarle un regalo. Él era rico, pero algo tendría que comprarle. Le llevó una camiseta, con el nombre de Málaga impreso. Porque no quería comprarle algo caro, porque no era el momento aún. Sólo un detalle.

Hablaron esa última noche por teléfono y le preguntó a qué hora llegaba, y que se verían el día veinticinco. Le dejaría dos días de descanso y quedaría con ella el viernes y la invitaría a cenar a unos de sus restaurantes. Sería el primer día que salía formalmente con Mat.

Y así, el miércoles por la mañana emprendió rumbo a Nueva York después de un viaje inolvidable. Se lo había pasado de maravilla y la comida en España era magnífica.

Aún le quedaban cerca de quince días antes de comenzar las clases el día diez de septiembre.

Cuando llegó al aeropuerto de Nueva York, JFK, recogió sus maletas y salió por la puerta. Y allí lo vio. La esperaba.

Desde lejos lo divisó. Era su hombre. Imponentemente alto, destacaba sobre la multitud, por su altura y por lo guapo y sexy que era. Se miraron y sonrieron, pero ella no sabía cómo saludarlo.

Al llegar a su altura, dejó las maletas e iba a darle un beso en la mejilla, pero él, la cogió y la abrazó fuerte contra su pecho, la alzó y la besó en la boca. Primero en los labios y luego fue ahondando el beso, como una posesión.

Y ella recordaba con precisión como besaba, pero ahora estaba de nuevo en las nubes con ese hombre. Lo cogió por el cuello y se abrazó a él con pasión. Estaba saliendo con él y lo necesitaba. Iba en serio, si no, no habría ido a buscarla.

—¡Hola preciosa! ¡Qué morena estás! ¡Estás guapísima! He estado contando los días para que volvieras. Creo que me has embrujado desde que te vi.

Y ella miró sus ojos azules como el mar y sonrió para él.

—Yo, también tenía ganas de volver y de verte también. Lo que pasa es que esto me resulta tan extraño...

—¿Por qué?...

—Porque nunca he salido con nadie.

—Pues ya era hora. ¿Nos vamos?

La tomó de la mano y le ayudó con la maleta y fueron directos al parking. En el camino de vuelta a la ciudad, ella le iba contando todas sus vacaciones y hablaban como si no hubiese pasado el tiempo y se conocieran de toda la vida. Como amigos.

Le preguntó dónde vivía y ella le dio la dirección.

—No vivimos muy lejos. Yo también vivo en Manhattan.

—Pero en un barrio más rico.

—En un barrio más rico. Espero que no te moleste. El tuyo no está mal.

Cuando llegaron, él le ayudó a bajar las maletas y le dijo que debía dejarla que tenía una reunión. Si quería quedaban el jueves, al día siguiente o el viernes.

—Cuando tú puedas, ya sabes donde vivo peque.

—De todas formas, te llamo esta noche cuando descanses.

Y le dio otro beso en la boca y arrancó su coche y se perdió por la avenida. Le gustó que no fuese un coche deportivo. Odiaba los tipos con coches deportivos que iban presumiendo.

Tenía un Audi último modelo, eso sí, carísimo, pero era precioso y gris y le iba a su carácter.

Entró en su casa por fin y tal como entró se acostó en la cama. Eran las tres de la tarde y estuvo durmiendo hasta el día siguiente por la mañana. Tenía una llamada perdida de Mat.

Pero le había dejado un mensaje diciendo que la dejaba dormir. Y le contestó que había dormido como un lirón todo el día y la noche.

La llamó y le dio los buenos días y charlaron cinco minutos porque Mat tenía trabajo. Y ella también.

Hizo una lista inmensa al supermercado que estaba en la esquina, bajó y les dejó la lista y así desayunó en la cafetería. Luego deshizo las maletas y puso una colada. Y le subieron la compra.

Estuvo hasta las dos de la tarde colocando la compra y la colada. Y dándole un poco al apartamento. Por fin estaba todo listo. Ahora era la hora de mirar el saldo de su cuenta y bajar a comer algo. Estaba tan cansada que aunque tenía de todo no tenía fuerzas para hacer nada.

Bueno, al final el saldo no era tan malo como pensaba, tenía un millón ochocientos quince mil dólares y algunos centavos. Estupendo, a comer. Y a ahorrar en cuanto cobrara su sueldo.

A la vuelta de la comida, se compró un par de revistas y libros porque los anteriores, ya los había leído.

Se duchó, se puso un camisón y se tumbó en el sofá. Despertó a las seis de la tarde.

Se preparó un café y un trozo de tarta pequeña, que había comprado y se dispuso a leer un rato hasta la cena.

Era jueves, y Mat, no aparecería hasta el viernes para llevarla a cenar, así que descansaría ese día en su sofá grande y bonito con sus cojines y su lectura. ¡Qué bien estar en casa con todo listo! Eso era vida.

A las siete de la tarde, la llamó Mat.

—¡Hola guapísima!, ¿qué haces?

—Tumbada en el sofá, leyendo hasta la cena.

—¿Me invitas?

—Aún no tengo cena hecha, pero estás invitado.

—Pues abre, que estoy en la puerta, pequeña.

—Estoy en camisón. Espera.

—No, déjate puesto.

—Es que es transparente. Espera.

Mat, se reía con ella. No quería abrirle en camisón. Recordaba su cuerpo como si fuese ayer.

Karen, miró a todos lados, no se esperaba a Mat hasta el día siguiente y el camisón que llevaba era negro transparente y no se había puesto sujetador.

Sólo llevaba un minúsculo tanga negro. No podía recibirlo así y tomó lo que primero encontró a mano. Una mantita del sofá, en pleno agosto, se la puso a modo de toalla y le abrió la puerta.

Ocupaba todo el umbral y tenía una sonrisa lobuna en los labios y uno de los brazos en el marco de la puerta y en la otra mano el móvil.

—Has tardado mucho, ¿qué haces con una manta de invierno con el calor que hace?

—Intento taparme para abrirte lo antes posible. Espera y me visto. Entra.

Y cerró la puerta y se acercó a ella dándole un beso en la boca mientras ella intentaba que no se le cayera la manta, pero Mat, le dio un tirón a la manta y ella se quedó expuesta a su mirada.

Intentó taparse los senos, pero le cogió las manos y la miró. Se puso duro al instante.

—Me encanta lo que veo.

—Mat, por favor...

—Por favor qué... y le cogió la mano pequeña y la llevó al centro de su pantalón y se arrimó más a ella.

—Mira cómo me pones sólo con verte. Y aún no te he tocado.

—Me da vergüenza. Hace mucho tiempo...

—Conmigo no tienes que tenerla y le toco los pechos a través del camisón y ella dio un respingo y gimió.

—Eso me gusta más. Estamos saliendo, cielo y quiero tocarte y la levantó y la puso entre su centro con las piernas abiertas y empezó a mordisquearle los pezones.

Pesaba tan poco que la sujetaba con una mano y con la otra, la metió entre su camisón apartando el minúsculo triángulo y tocando su sexo hábilmente como en la cabaña de Bell.

Ella se puso húmeda para Mat, como un río caliente y este sonrió, porque cuando la tocaba así, ella le correspondía. Sacó un preservativo del pantalón, se lo puso y se acercó a la pared del salón y sujetándola contra la pared, la poseyó con un profundo empujón, de lujuria y pasión.

La necesitaba, había soñado con ella desde que entró de nuevo en su despacho en forma de mujer sofisticada, con alma de mujer sencilla de Montana y esa mezcla lo excitaba tanto que sus embestidas se le hacían difíciles de controlar.

Le decía palabras bonitas y le decía palabras sexuales y ella sintió en su cuerpo la llegada de un orgasmo genial y él también lo notó y quiso unirse a ella en el deseo de dos cuerpos unidos por el puro deseo sexual.

Aminoraron los gemidos y las respiraciones iban volviendo a su lugar. Y ella, lo abrazaba y se besaron hasta que la tuvo saciada.

La bajó al suelo y entró al baño. Ella, dejó la mantita en su lugar y se recostó en el sofá a esperarlo mientras se recuperaba. Estaba azorada y satisfecha. Y cerró los ojos. Cuando él salió del baño y la besó, se tumbó con ella en el sofá.

—¿Qué tal cielo?

—Satisfecha. Me dejas muerta. Hacía tanto tiempo, que no recordaba lo que era un orgasmo bajo el cuerpo del único hombre con el que lo he tenido.

—Bueno, ahora estamos juntos y tendrás orgasmos espectaculares. No te he olvidado. Uno no puede olvidar fácilmente a una mujer para el que ha sido el primero. Pero éramos tan distintos... y no me refiero a nuestro estatus pequeña, sino a que vivíamos en estados diferentes.

—Y era una paleta de Montana.

—Yo jamás he dicho eso, ni lo he pensado, si no, no me hubiese acostado contigo. Pero sí que verte cambiada ha aumentado mi libido, pero en el fondo, sigues siendo esa pequeña zanahoria con carácter que me pone en mi sitio y me gusta.

—¿Estás seguro de que quieres que salgamos?

—Cielo, estoy muy seguro de querer conocerte más. Me gustas y me gustaría ver dónde nos lleva esta relación. Y ¿Tú? ¿Estás segura?

—Nunca he podido olvidarte. Eres un hombre especial para mí, el único, cómo no me vas a gustar... eres grande, sexy, imponente, y tienes unos ojos que me encantan.

—Sexy ¿eh? ¡Ven aquí nena! Ese camisón me tiene loco.

Y se lo levantó y le quitó la ropa interior dejándola desnuda. Y él empezó a desnudarse y ella tragaba con dificultad.

Verlo desnudarse le parecía lo más lujurioso del mundo. Nunca hubiese soñado con un cuerpo

para ella tan impresionante.

Se subestimaba y no debería hacerlo. Si él estaba con ella, era porque le gustaba. No debía preocuparse por su cuerpo ni por nada.

Y allí, en el sofá, le hizo el amor con la boca, como ella recordaba, robándole un orgasmo brutal y se puso un preservativo y sin darle tiempo la embistió profundamente una y otra vez, aumentando el movimiento hasta que sus cuerpos sudorosos y alocados alcanzaron la cima más absoluta.

—¡Eres genial, pequeña! Me muero por tu cuerpo. Estás depiladita entera. Ummmm me pone —Mientras la tocaba.

—Calla, calla, eso son cosas de Sonia. Me dijo que siempre me lo depilara. Era una mujer adelantada a su tiempo.

—Le tendré que dar las gracias —y la abrazaba, mientras ella le acariciaba el pecho duro y fuerte y metía la cabeza en el hueco de su cuello.

Se quedaron un rato en silencio y después de besarla hasta cansarse, decidieron comer algo.

Ella, se puso de nuevo el camisón y él la camisa abierta y los slips. Nunca había visto un hombre más sexy y se dio cuenta de que estaba enamorada de él, desde siempre. Desde que la hizo suya en la cabaña, de que su amor renacía por segundos, que siempre estaría para él caliente como el polvo de un desierto y aullaría como una loba en sus brazos, respiraría por sus piernas y Mat, palpitaría como el mundo, desnudo para ella.

Era muy poético, lo que pensó, sí, pero ese hombre sacaba su lado sexual tanto como su lado romántico y literario y poético.

Mientras lo miraba, preparaba algo de cena, unos sándwich de jamón y queso, con lechuga, tomate y mayonesa.

Él estaba tras ella y la agarraba por la cintura y le besaba el cuello

—No seas tontillo, que si no, no puedo terminar esto y no vamos a comer.

—Algún día me harás un estofado como el que hacías en la cabaña.

—Te lo haré. Un fin de semana que tengo más tiempo.

—¿Cuántos días tienes antes de empezar el instituto? —Le preguntó Mat.

—Casi medio mes, que pienso descansar a pata suelta. Iré a ver Nueva York, a pasear algunas mañanas y prepararé un poco el curso, para no aburrirme. ¡Ah!, también quiero buscar una academia por la tarde para dar clases de español, quiero aprender. Y un gimnasio.

—Para eso me tienes a mí.

—¡Ay! que vanidoso.

—Pienso hacerte perder diez kilos los fines de semana. Te mataré a besos y a lo otro...

—Anda, vamos a comer.

Y pusieron la mesita del salón, cenaron, tomaron café y luego él se fue no sin antes despedirse de ella con un largo beso hasta el día siguiente.

—Mañana vamos a cenar. Vengo a recogerte sobre las ocho y te voy a llevar a cenar a uno de mis restaurantes. Ya verás que te va a gustar la comida. Tenemos buenos chef. Además, es viernes. Fin de semana y vamos a pasarlo bien. Te enseñaré algo Nueva York. Con una condición.

—Me la imagino.

—No, no te la imaginas.

—Sí, sí que la imagino, quieres quedarte a dormir en mi casa.

—¡Pero qué lista es mi chica!

—Quiero que te quedes. Me gustaría mucho que pasáramos estos días juntos y lavarte como antes sin que te contengas.

—Pero qué malvada eres, no podría, esta vez me pondría tieso como un palo y tengo el pie y las manos libres para vengarme bien de ti, pequeña.

—Puedes vengarte, si el final es especial.

—Por supuesto que lo será no lo dudes.

—¡Ay mi Mat impulsivo!, ¿qué voy a hacer contigo?...

—Hacerme cosas calientes.

—Loco, que estás loco.

—Pues hecho, me traigo ropa y me quedo. El siguiente lo pasamos en mi casa. Me voy ya pequeña. Dame un besito. Mañana tengo que madrugar. Pensaré en ti.

—Y yo.

Y la dejó sola, por poco tiempo. No podía ser más feliz. Ya era hora, tenía, casa, dinero, trabajo y el chico más guapo del mundo. Y el más divertido y loco y sexy. Al menos para ella. Y se fue a la ducha y a la cama a soñar con él.

CAPÍTULO CINCO

El viernes, la llamó a media mañana, cuando terminó una reunión para ver cómo estaba.

—¡Hola mi pequeña!, ¿qué haces?

—Dando un paseo por la calle, para andar un poco más lejos de lo que conozco y cotillear por ahí.

—No le hagas caso a ningún hombre, que tienes el tuyo esta noche todo para ti.

—¡Qué tontorrón eres! No podría mirar a otro. Tengo uno que me satisface bastante.

—Esa es mi chica, toda para su hombre. ¿Estás de compras?

—Ni loca, he comprado ya para medio año. No me cabe nada más en los dos vestidos que tengo la ropa. Cuando llegue el invierno, no sé qué voy a hacer...

—Yo, con ese camisón de anoche me apañó.

—No te cabe.

—Muy graciosa. Voy a las ocho más o menos a recogerte. ¿Estarás preparada?

—Siempre voy a estar preparada para mi hombre.

—Eres una descarada.

—Estoy feliz, muñeco. Nos vemos luego.

—Hasta luego zanahoria.

Estaba tan satisfecha que decidió comer algo fuera. Estaba aún de vacaciones. Cuando empezara las clases se haría su comida y se la llevaría al Instituto y desayunaría y cenaría en casa, salvo excepciones.

Después de comer y darse un largo paseo de vuelta a casa, estaba deseando pasar un fin de semana con Mat.

Pero tenía que ver qué se ponía esa noche para salir. Y miró el vestido. ¿Algo sexy, pero elegante? Eso sí que lo tenía claro. A Mat, le encantaba. Así aprendería que una chica de Montana podría ser la mujer más sexy del mundo.

Elegió con tiempo un vestido de cóctel verde con copas, corto, a media pierna, con tirantes muy finos y terminado en un escote que no era exagerado, pero era sexy, sus pechos quedaban elevados y le gustaba que la miraran los hombres. No necesitaba sujetador.

Había aprendido eso de Sonia. Ella le decía que si un hombre no te miraba al entrar en un restaurante, malo. Así que decidió vestirse para que la miraran.

Ya tenía ropa más formal para dar clases, pero cuando no las diera, sería una chica de su edad pero con ropa que le gustara a su hombre. Y al resto.

Zapatos del mismo color, altos y un bolsito a juego que se había comprado, como todo lo que se compró. El tanga de seda transparente que no dejaba nada a la imaginación, verde y los pendientes verdes también algo largos.

El pelo, lo llevaría recogido atrás y suelto. Si no se lo recogía parecía una loca. Pero recogido, estaba elegante.

Se tomó un café y se echó una siesta en el sofá hasta la hora de bañarse, y vestirse.

A las ocho estaba lista. Olía muy bien e iba vestida para matar. Se había maquillado y esperaba

a Mat, sentada en el sofá. Llegó puntual, cómo no...

Le abrió la puerta... y ella se dio una vuelta para que la viera.

—Bueno, ¿qué me dices?

—Me he quedado mudo. No pienso salir. Y la cogió por la cintura y la besó apasionadamente, mientras le metía la mano bajo el vestido.

—No llevas casi nada debajo, zanahoria.

—Mejor para ti —y alzó sus brazos al cuello—. ¡Qué bien hueles pequeño! Siempre me gustó tu olor. Estás muy guapo y deja ya la mano que tengo hambre. Eso que estás pensando será después.

—¿En serio?

—Y tan en serio —riéndose y mirando la cara que ponía.

—¿Ni un aperitivo?

—No, nada de eso, tendrás que esperar.

—¡Que vida más perra!... Bueno, entonces tendré que esperar. Voy a enseñarte mi comida. Eres una desvergonzada. Ahora estaré toda la noche pensando en esto y tocaba su sexo que se iba humedeciendo.

—Lo bueno se hace esperar. Se separó de Mat y cogió el bolso y las llaves. ¿Nos vamos?

—Si no hay más remedio... —Y lo besó en la boca.

—Mimoso. ¿Dónde vas a llevarme? ¿A uno de tus restaurantes caros?

—A uno de esos —Cogiéndola de la mano mientras bajaban al coche—. Quiero que los conozcas.

—Estupendo. ¡Allá vamos Nueva York!

—A propósito, ¡Estas guapísima! —le dijo mientras abría el coche para que se sentara.

—Gracias, tú también. Lo que pasa es que vas directo a lo que vas.

—Nena, no te lo crearás, pero me tienes todo el día pensando en ti.

—Me lo creo, a mí me pasa igual contigo —La miró, le dio un beso, le puso el cinturón de seguridad y rozó sus senos al hacerlo.

—¡Lo has hecho a propósito!

—¡Te juro que no! —Y sonreía. Pero ella sabía que sí. Era su juego. Y arrancó el coche integrándose en el tráfico del Nueva York nocturno.

Mat llevaba un traje caro y de diseño en tono gris, así como la camisa y corbata. Y olía de maravilla. Mientras conducía, hablaban del apartamento de ella.

—Tu apartamento es precioso, me gusta.

—Sí, estoy encantada. Te lo enseñaré este fin de semana entero. Algunas habitaciones no las has visto. En principio quería dos dormitorios, pero no había y éste está muy cerca del trabajo y me encantó cuando lo vi. Estaba amueblado y sólo he comprado algunos objetos decorativos.

—¿Lo has comprado de verdad? —Mat, no lo creía del todo.

—La semana que vine, antes de ir a España. Es perfecto. Tiene seguridad y me gusta el edificio. Está muy bien, la verdad. Es coqueto y estaba amueblado. Me encantan los colores suaves. Me relajan.

—Espero que no pagues mucho de hipoteca.

—Lo he comprado al contado. No debo nada.

—¿En serio? ¡Eres rica de verdad! En principio creía que era broma.

—Sí. Tengo medio millón de dólares.

—Este te ha costado algo más.

—Sí, un poco más, pero merecía la pena. Tengo el trabajo casi al lado y está en un sitio que me

gusta. Y así tendré todo mi sueldo para poder ahorrar y vivir. ¿Dónde vives tú?

—En un apartamento también. Es un ático.

—¡Qué vértigo!

—No creas. Tiene jacuzzi y un pequeño jardín. Un día te lo enseñaré. Quizá podamos el fin de semana que viene pasarlo juntos allí. Está en otra parte de Manhattan.

—Un barrio más exclusivo.

—Sí, adivinadora. Venga. Vas a comer algo bueno esta noche.

—Eso espero.

—Era un coche lujoso. Un Audi último modelo, como todo lo que él tenía.

—Sabía que tenías un coche caro...lo comprobé en el aeropuerto cuando fuiste a por mí. Es una maravilla. No creo que me compre coche aquí. No lo necesito. ¿Sabes cuánto me dieron por el de mi abuelo?

—¿Ese que iba botando por la calle del pueblo y al que no podía agarrarme con las muñecas rotas? —y se rieron recordándolo.

—Ese mismo. No tenía otro. Era muy pobre en esos días. Tengo que agradecer a tus muñecas y a tu pie que ahora soy lo que soy. En serio Mat. Fuiste parte de mi cambio y te estoy muy agradecida. Por eso fui a verte. Gracias a eso me fui a Helena y conocí a Sonia. Una viejita, que era más otra abuela y para la que trabajé y que me trató como una nieta. Me enseñó todo lo que soy. Pude estudiar en su casa de noche y trabajar para ella. Cuando murió hace unos meses, me dejó toda su fortuna y su casa, que era una preciosidad victoriana. No tenía a nadie más que a mí. Nunca pensé que pudiera dejarme nada. Yo la quería por ella misma.

—¡Qué historia! Me alegro por ti. Te lo mereces y gracias a eso, ahora te tengo yo.

—Fue preciosa y dolorosa al final.

—No quiero que te pongas triste esta noche preciosa.

—Bueno, hablando del coche, lo vendí por doscientos dólares —y Mat rio con ganas —No me daban más. Me dio para el viaje y medio entrar en un apartamento que dejé después.

—Has cambiado mucho y no has cambiado.

—Explica eso. —Dijo ella.

—Has cambiado por fuera. Eres, sofisticada, y elegante, pero sigues siendo la misma mandona de Montana.

—¿Eso es malo?

—Eso se llama ser auténtico. Y me encanta. No quiero que cambies tu forma de ser. Me gustas así, me gusta todo en ti.

—Tú eres igual. No eres tan difícil.

—Depende en qué.

—¿Cuántos años tienes?

—Tengo treinta y tres y tú veintinueve.

—¡Qué memoria!

—Eras virgen con veinticuatro y han pasado cinco años.

—Por Dios Mat. No me lo recuerdes

—¿Tan mal estuvo?

—No me refería a eso. Estuvo fenomenal, mágico. No sabía nada de sexo, salvo que me gustabas y que tenía que tenerte rozando el mío a cada instante y eso me acaloraba.

—Yo sí que estaba cachondo y duro y excitado y si no hubiera sido por las muñecas.... Desde que entraste en aquella cabaña me tocaste, me ponías a cien. Llevaba unos meses sin sexo y me estabas matando. Tenía que hacer verdaderos sacrificios para que no se me levantara el pene.

—¡Qué bruto! Tenía que bañarte. Llevabas dos días sin bañarte y olías.

—Te lo perdono cielo. Me refiero a cuando todo terminó, ¿alguna vez recordaste nuestras sesiones de sexo?

—Claro que sí. Nunca las he olvidado. Fuiste mi primer hombre. Eso nunca se olvida. No tuve tiempo ni nadie me invitó a ningún baile, ni pude salir con chicos. Y me besa y me hace el amor un hombre experto. No, no lo he olvidado. Sigo siendo en el fondo una chica de pueblo. Salí con varios hombres, algún beso, pero nada más. Y tú, supongo que en cinco años has tenido relaciones.

—Sí, no voy a mentir.

—No me debes explicaciones, lo sabes. No teníamos ningún compromiso.

—Lo que me extraña es que tú no hayas tenido. ¿Cuántos besos? —bromeó él

—¡Será posible!... No los recuerdo. Y si no los recuerdo, no tendrían importancia. Vivía con Sonia y estudiaba y trabajaba todas las horas. Pude hacerlo. Conocí a chicos, pero algo me frenaba. Ahora estamos juntos después de tanto tiempo. He cumplido objetivos, terminar la carrera, trabajo, un apartamento en un lugar especial y ahora tú, de nuevo en mi vida. Debería conocer a otro, para comparar, ¿no crees? —bromeó ella muy seria.

—¿Lo dices en serio? No pienso compartirte.

—¡Bobo, cómo voy a decirlo en serio! No te cambiaría por nada ni por nadie.

—Ni yo ahora que volvemos a estar juntos, tampoco. Me habías asustado. Pues ya casi estamos. ¿Te gusta el sitio?

Aparcó en un restaurante precioso, “*Restaurantes Nerau*”, le dio las llaves a un chico y entraron.

—¿Así se llaman tus restaurantes?, Nerau, me gusta el nombre Mat.

—¿No los habías oído?

—Siempre he comido en casa y cuando he salido fuera, perritos y comida basura. Soy una chica ahorradora. Y desde que llegué aquí en la cafetería de al lado de mi apartamento.

—No sabes lo que te has perdido.

—Pues hoy vas a pedir tú tus exquisiteces y te digo cómo están.

—Hecho.

Él le pidió al encargado que le buscara un rincón íntimo y bonito y eso hizo. Le dijo que le trajese un vino blanco, que por el nombre, ella supo que era carísimo y pidió una selección de la carta. Se acercó a Mat y le dijo:

—¿Has pedido lo más caro para impresionarme?

—¿Sabes que eres la mujer más graciosa que he conocido? Pues claro mujer. No pienso pagar en mi restaurante. Normal que pida lo más caro, para ti, que te lo mereces por cuidarme tan bien, aunque tus estofados no tienen nada que envidiarle a esto.

—¿Tu restaurante es de esos que te ponen un tomatito, una hoja de lechuga, un hilo de carne, te cobran un pastón y te vas muerto de hambre?

—Sí, es de esos —rió con ganas Mat —Pero no te vas a ir muerta de hambre.

—Confío en ti. Tengo apetito.

—Así me gusta, que comas algo más que una ensalada César para impresionar a los hombres.

—No tengo que impresionar a nadie.

Cuando le empezaron a traer la comida, estaba todo buenísimo. Tuvo que reconocerlo. Él la miraba y se reía. Y él confirmó sus buenos modales en la mesa y su buena educación y agradecimiento con los camareros que le servían. Cada vez le gustaba más. Si alguna vez pensó que no encajaban porque era una chica de pueblo, ahora ese hándicap, no existía ya.

—Oye, Karen...

—Dime Mat.

—¿Qué te parece eso de que salgamos juntos, digo hasta ahora, aunque llevemos casi nada?

—¿Te refieres a salir sin compromisos?

—Sin compromisos, pero con respeto

—¿Eso qué quiere decir?

—No me gusta que la mujer con la que salgo, salga con más hombres a la vez.

—Yo eso, no podría hacerlo. Y lo sabes. No tienes ni que decirlo.

—Estupendo. Estamos en la misma onda —Le dijo.

Karen pensó que, a parte de su lado divertido, tenía un lado serio y respetuoso y eso le gustaba.

—Y cuando nos cansemos de salir, ¿seremos sinceros?

—Tanto como lo eres tú. Te lo prometo.

—Yo también. Si me canso o conozco a alguien para algo más serio, te lo diré sin contemplaciones y podemos seguir siendo amigos.

—Bueno, para ahí, puede que no nos cansemos.

—Pero no podemos salir eternamente. Tú, no eres de esos.

—Cuando llegue el momento en que lo nuestro cambie en alguna dirección, lo sabremos.

—¿Por qué yo, Mat? No soy tu tipo. Porque haya cambiado mis modales o mi forma de vestir, sigo siendo yo.

—No tiene nada que ver. He recordado muchas veces cuando estuvimos en la cabaña. Y quiero conocer a la nueva Karen.

—Que es más tu tipo...

—Que viste elegantemente, pero que sigue siendo la misma mujer divertida e irónica y me encanta. Y lo más importante, me excita desde que entraste en mi despacho con ese vestidillo blanco y negro. Y me excita el que llevas puesto.

Y bajo el mantel largo de la mesa metió sus manos entre su vestido, tocando sus piernas, mientras ella lo miraba interrogante, y no se creía lo que Mat intentaba hacer, allí en pleno restaurante.

Vale que estaban convenientemente separados y en un rincón íntimo y con una luz tenue.

Y llegó a su sexo, y ella dio un respingo, que él aprovechó para besarla en la boca. Y Karen, borracha de sus manos, mientras él la tocaba entre la poca tela que llevaba, como un pájaro extraño y herido, respondía a Mat, que reclamaba sus muslos desnudos y se aferraba a su sexo.

Ella no podía dejar de mirarlo e intentar gemir pero Mat la besaba para que su último gemido entre el suave tacto de sus manos, cuando llegara al orgasmo se perdiera en su boca íntima y suya.

Ella, como antes, se puso colorada. Estaba azorada, caliente y acalorada, cuando él dejó de besarla y retiró sus manos. Y como si no hubiese pasado nada...

—Venga, pedimos postre y nos vamos a bailar.

—Mat...

—Aunque sea alto, tengo ritmo y sé bailar.

—No me refiero a eso y lo sabes, ¿qué acaba de pasar?

—Dímelo tú, ¿no te ha gustado? Tenía ganas de hacerte esto.

—Estamos en un lugar público.

—Estamos en un lugar íntimo, pequeña.

—¿Sabes que estás un poco loco?

—Sí, me lo estás haciendo tú misma. Eres la culpable.

—Dime una cosa...

—¿Qué pasa cielo?

—¿Cuántas veces has hecho esto en un lugar público con una mujer?

—Ninguna. Es la primera vez. Te lo juro. Soy un hombre muy serio.

—Ya lo veo.

—Te juro que es la primera vez y no lo he hecho a propósito.

Y empezaron a reír los dos. Era tremendo. Acababa de tener un orgasmo en un restaurante. Este hombre la iba a matar y a convertirla en una desvergonzada.

Todo lo que había aprendido para ser una señorita, Mat, se lo cargaba con un orgasmo espectacular en un sitio público.

—En serio pequeña. Es que desde el apartamento me tienes loco. Nunca lo he hecho, de verdad. Pero tú eres distinta.

—Te creo. Me gustaría serlo.

Pidieron el postre y la conversación se tornó más amena, pero ella lo miraba con adoración, estaba totalmente enamorada de ese hombre y no podía evitar que le hiciera cuanto quisiera. Que ella le respondería. Aunque intentaría que no se pasara demasiado. Había sido morbosos, para lo que ella estaba acostumbrada. Y debía reconocer que le había gustado.

Cuando salieron del restaurante, tuvo que reconocer que la comida era fantástica. Él se sintió orgulloso de ello. Volvieron al coche y antes de arrancar, él la atrajo hacia sí y la besó.

Y todos los años anteriores y todas las sensaciones volvieron a ella como un huracán. Seguía besando como un Dios.

—Esto es para hacerlo oficial. Has inaugurado mis restaurantes.

—Estás como una cabra. Me has puesto roja ahí dentro y eso es mal síntoma.

—Estás preciosa cuando te sonrojas.

Fueron a un local de moda, tomaron unas copas, bailaron. Debía que reconocer que bailaba muy bien, mejor que ella, que no había tenido muchas oportunidades. Pero él la llevaba muy bien pegada a su cuerpo.

Luego, ya bien tarde, se fueron al apartamento. Mat, se quitó la chaqueta y la corbata que llevaba y ella se quitó los zapatos altos de tacón.

—¡Estás temblando!

—Cuando pienso que voy a tener sexo contigo, me pasa a veces.

—Llámame machista, pero me encanta que no te haya tocado nadie más que yo.

—¡Machista!

—Ven aquí, nena. Siéntate aquí conmigo en el sofá. Al lado no, encima

Se sentó encima de él y Mat metió sus manos entre sus piernas, buscando su centro húmedo, mientras la besaba como él sabía.

Ella lo abrazaba por el cuello y lo besaba y llegó a su centro y le apartó el minúsculo tanga, que no le tapaba nada y empezó a mover su sexo como lo había hecho en el restaurante y ella no podía más que responder a sus manos expertas.

Ella tocó su pene engrandecido dispuesto a través del pantalón y le bajó la cremallera. Mientras él intentaba provocarle un orgasmo, ella liberó su sexo, como lo recordaba, grande y duro, pero no le dio tiempo a más porque tuvo un orgasmo que le hizo ver miles de colores.

Fue recobrando la respiración mientras Mat, la miraba y se desnudaba. Se colocó un preservativo y le quitó el vestido y el tanga. No había ropa entre ellos, solo piel y ella abrió las piernas para recibirlo.

—¡Me vas a matar nena!

Pero estaba desnuda y hecha para él, todo lo demás eran historias. Y entró en ella, como si

hiciera miles de años, la necesitaba como a ninguna e hizo sentirle especial y fue una posesión potente en la que ella alcanzó un clímax antes de lo que esperaba, junto con él.

Él se sintió un tanto asustado, porque había sido grandioso. Nunca hubiese imaginado que con esa chica de pueblo, pequeña y pelirroja, que encajaba tan bien en su cuerpo grande, hubiese recuperado la libido como él la necesitaba.

Necesitaba sexo, pero buen sexo. Una mujer que lo excitara y que cuando él la tocara respondiera a su cuerpo. Una mujer auténtica y esa era ella. Además, era sólo suya. Había sido sólo suya.

Nadie conocía su cuerpo como él y ni estaba por la labor de que otro lo conociera. Estar dentro de ella, era estar en otra dimensión. Y ahora estaba con él, allí en Nueva York. Graciosa, sexy e irónica y cruelmente sincera. Lo tenía loco desde que entró en su despacho. O tenía cuidado o esa era la mujer que lo iba a atrapar. Ya se lo decía su madre.

—*Algún día una chica te atraparé como yo lo hice con tu padre.*

Bueno, si Karen era la chica, caería en sus redes con mucho gusto, pero aún no era la hora.

—¿Nos vamos a la cama preciosa?

—Claro que sí. Vamos a la cama. El sofá es más incómodo para un hombre de tu tamaño

Y esa noche no terminó hasta bien entrada la mañana y él se quedó con ella, rompiendo algunas de sus reglas. Pero ya las rompió con ella en la cabaña. Claro que Karen, no era una regla, era una gran mujer.

Con ella no tenía secretos de ninguna clase. Era como si no hubiesen pasado esos cinco años.

Sobre las cinco de la mañana se quedaron dormidos abrazados. Cuando se despertaron el sábado eran casi las doce. Se ducharon juntos y desayunaron. Ella le preparó el desayuno que a él sabía que le gustaba. No lo había olvidado.

—Esto es una vida familiar. Me recuerda a la cabaña.

—No guapo, en la cabaña, yo te daba de comer como un niño malcriado y ahora me las vas a pagar todas. Y le quitó el beicon y se lo comió.

—¡Traidora vengativa!...

Él la levantó como una pluma en la encimera, le abrió el albornoz y la penetró como un loco, para terminar delicadamente mientras ella le exigía su orgasmo, que el ralentizó a propósito. Cuando lo tuvieron...

—Eres un malvado.

—¿No te ha gustado?

—Sabes que sí, dijo abrazándolo y besándolo.

Tuvo que volver a hacerle otro café y más beicon. Y él le dio una palmada en el trasero. Le gustaban las mujeres juguetonas. Era completa. Con carácter y todo lo que había buscado en una mujer durante toda su vida.

El sábado, lo pasaron dando un paseo después de desayunar, tomaron algo ligero por el camino y luego se echaron una buena siesta. Eso sí, sin dormir demasiado.

Cuando llegaron a la cama, se desnudaron y ella, bajó a su sexo, algo que nunca le había hecho, lo tocó con sus manos de viento y lo lamió y chupó la geografía de su miembro que se levantaba como un mástil, alto y fuerte.

Mat echaba la cabeza hacia atrás en la almohada, apretando con los puños las sábanas, gimiendo su nombre y temblando y Karen se dio cuenta de su poder y le dijo que se dejara ir y cuando él no pudo más, explotó mientras ella miraba cómo tenía un orgasmo y le pareció un Dios griego, guapo, sexy y suyo

—Me encanta mirarte cuando lo tienes.

—Es la primera vez que me haces esto. Ha sido especial y me vuelves loco. Pero eres mala.

—Te pones muy guapo y sexy.

—Deja que me reponga y te lo devuelvo.

—¡Miedo me das!

Era una amante generosa y él también y estaban redescubriéndose sexualmente. Sus relaciones en esos dos días habían sido espectaculares. Eso pensaba Mat cuando se fue a su casa el domingo por la tarde, ya que tenía que trabajar el lunes.

Estaba contento y feliz. Y tenía una sonrisa en la boca, como hacía tiempo no la tenía.

La vida le había puesto de nuevo a Karen en su camino y no tenía comparación con ninguna de las mujeres con las que se había acostado.

Con ella, se divertía, sabía qué pensaba y ella también, lo conocía mejor que nadie a pesar de los años. Era como si hubiese habido un vacío que ahora se estaba rellenando de nuevo y lo hacía rejuvenecer como un adolescente. Karen lo ponía duro y estaba encantado de haberla encontrado de nuevo en su camino.

Él nunca creía en las casualidades, pero el hecho de volver a verla, le hacía creer que la vida le ponía delante algo bueno.

Tenía mucha suerte. Karen, había luchado por lo que quería, una carrera y un trabajo que le gustaba y eso decía mucho de ella. Y sexualmente era la mujer que necesitaba.

Le gustaba el sexo tanto como a él. Le respondía como nadie y sus orgasmos eran tan profundos que le daba miedo sentir tanto. Cuando entraba en ella, entraba en casa. No había sentido nada igual. Era suya, había sido suya siempre.

El lunes, Mat, volvió a su trabajo más feliz que nunca y Karen desayunó en casa y se puso a trabajar en la preparación de los temas del curso y de sus clases.

Buscó por internet, una academia cercana para aprender castellano, llamó y quedó en pasar por la tarde. Sobre las doce, fue a dar un paseo.

Tomo un taxi y fue a Central Park, porque estaba relativamente lejos y quería pasear por allí. Era tan enorme como una ciudad, pero ella se paseó alrededor del lago, observando los patos. Les echó de comer.

Compró el periódico y se sentó en un banco a leer. Volvió a pasearse al cabo de una hora. Y luego volvió, hasta que salió del parque.

Tomó otro taxi y volvió a casa. Comió en la cafetería porque ya era demasiado tarde y no le apetecía hacer nada. Y eran casi las tres de la tarde.

Cuando llegó a casa. Se echó en el sofá un rato. Y se despertó a las seis y porque sonó el teléfono. Estaba descansando. Con Mat, había tenido un fin de semana repleto de sexo y caricias, de risas y bromas. Estaba muerta.

Y se alegró de salir con él. Lo quería. Era guapísimo, arrollador. Aún se excitaba con el orgasmo que tuvo en el restaurante. Era terrible.

—¡Hola guapa!, ¿cómo está mi chica favorita?

—Tu chica favorita está en el sofá. He estado en Central Park. Bueno, en un pequeño lugar. Es enorme, pero precioso.

—¿Qué piensas hacer esta tarde?

—Tengo cita a las siete en una academia, o sea dentro de un rato. Voy a ver los horarios para aprender español. Tiene que ser de tarde. Ya que las clases las tengo hasta las tres. Y tú guapo, ¿Qué haces?

—Me estoy tomando un café. Aquí abajo. En tu cafetería favorita.

—¿No me digas?

—He terminado pronto hoy. No tengo reuniones y voy a acompañarte a la academia, si quieres. Pero tiene que ser a cambio de algo después.

—Ya me imagino. Eres un hombre de negocios.

—Este negocio lo tengo entre manos.

—Muy gracioso. Espera que bajo y nos tomamos el cafelito juntos.

Se retocó el pelo, se pintó los labios y se echó perfume. Llevaba unos vaqueros, una blusa azul estrecha y sandalias de tacón alto. Tomó el bolso y salió corriendo.

Allí estaba, en la cafetería, con un traje gris y un maletín, sentado en una de las mesas. Cuando llegó ella, se levantó y la abrazó, dándole un beso en los labios.

Mientras ella pidió otro café...

—¿Qué tal el día cielo?

—Bien, hoy no he tenido reuniones, así que he terminado antes y quería pasar la tarde contigo. Te acompaño a la academia.

—Gracias. Voy a ver qué tal y cuántas horas me recomiendan. Podría ir algunas tardes y otras a bailes o al gimnasio. Ya veré. Tengo casi toda la tarde libre y tú trabajas hasta tarde. Me vendrá bien hacer alguna actividad.

—Estás preciosa con esos vaqueros... no son tan accesibles, pero...

—Calla, que eres...

—Soy como tú me pones guapa. Cuando volvamos te lo demuestro.

—¿Te quedas a dormir?

—Me gustaría, pero tengo que madrugar mañana e ir al aeropuerto, viene un cliente. No te preocupes, te dejaré satisfecha para tres días.

—¡Mira qué vanidoso!

—Toma el café anda.

Cuando salieron de la cafetería fueron a la academia de idiomas que estaba a tres manzanas de su apartamento. Preguntó por los precios, que le parecieron asequibles y sobre todo el horario.

Tendría tres días a la semana una hora y media. Los lunes, martes y jueves de seis a siete y media.

Una buena hora, que le coincidía con el horario de Mat. Y le daba tiempo de descansar, cuando volviera del Instituto y como no eran todos los días, podría preparar clases y demás.

Además, ella casi preparaba las clases en el instituto, las horas libres. Y así adelantaba.

Se apuntó. Empezaba la semana siguiente, coincidiendo con primeros de septiembre. El curso duraba como un curso escolar.

Cuando termines el curso, hablaremos castellano o español, como quieras llamarlo.

—¿Tú, sabes?

—Sí señorita, sé hablar castellano perfectamente e italiano.

—¡Qué portento!

Iban de la mano por la avenida hasta llegar al apartamento de ella. Deseaba hacerle el amor desesperadamente. Había salido del trabajo pensando en ello. Tampoco quería que ella pensara que sólo quería sexo de ella, pero quería sexo, y después sexo y para finalizar, sexo.

Y tuvieron sexo, dos veces, hasta hacerse casi de noche. Se quedó a cenar. Ella preparó una tortilla y una ensalada.

A él le gustaba interrumpirla en la cocina cuando cocinaba. La primera vez que hicieron el amor, cuando llegaron al apartamento, sin palabras se desnudaron y él la cogió en brazos y la

tumbó en el sofá, penetrándola profundamente hasta estallar de gozo.

La segunda, mientras cocinaban. Él se puso la camisa y los slips y ella la blusa y el tanga y mientras hacía la tortilla, él la tocaba por detrás, arrimando su sexo duro al trasero de ella y Karen, se reía diciéndole que así no terminaba de hacer la comida, pero él se puso un preservativo, la tomó por las caderas inclinándola lo suficiente para penetrarla en esa posición, con las manos en sus pechos, la embestía una y otra vez hasta explotar en ella con un gemido azul como sus ojos.

—¡Ohhh, Dios, nena! No me canso de ti. Nunca he tenido tantas ganas de poseerte como al terminar de hacerlo. Eres increíble... ¿No hay tortilla?

—Tú, sí que eres increíble. Necesito recomponerme y tú pensando en la tortilla, eres un romántico o tengo un chico muy sexual a mi lado y no estoy acostumbrada.

—Soy, sexual, lo reconozco, preciosa, pero contigo lo soy mucho más. En serio, no me puedo contener en cuando adoptas una postura en la que pueda tocarte y entrar en ti. De verdad te lo digo, pequeña zanahoria. Estoy como si fuese universitario. Contigo tengo las hormonas siempre alborotadas.

—¿Solo las hormonas?

—Y el pene también, pero tú eres la culpable. Estás muy buena, nena.

—No me lo creo.

—Debes creerme. No sé qué me pasa contigo. Eres una brujilla pelirroja que me ha cambiado. Yo soy un chico serio. Tengo relaciones con chicas, pero esto, no es normal.

—Yo creo que tú no eres normal, siempre te he conocido con mucho apetito sexual

—Para que veas que no te miento. Te deseo siempre y siempre pienso en ti y pienso en sexo, pero también hablamos.

—Es verdad, eres un loco del sexo, depravado que me pone mucho.

Se dio la vuelta y la tomó en sus brazos, besándola apasionadamente.

CAPÍTULO SEIS

El fin de semana lo pasaron de nuevo juntos y fueron al teatro e hicieron el amor. Ella le cocinó su famoso estofado el sábado, e hicieron el amor en todos los rincones del apartamento.

En cada rincón, estaba el sello de Mat. No pudieron verse durante la semana más veces, así que aprovecharon el fin de semana, pero no se cansaban, ni él ni ella.

Desnuda, se abrazaba a su sexo, desnuda recorría sus espacios azules y gemía, feroz y poderosa, sobre su vientre combativo, cóncavo y duro.

Era su hombre. Era su primer hombre y el amor de su vida y no sabía si él se daba cuenta. El estar enamorada de Mat, conllevaba sufrimiento, porque no sabía si para Mat era un pasatiempo o sentía como ella.

Sí que llevaban muy poco tiempo saliendo, pero intensos momentos de amor y sexo y no eran ni pareja, ni novios, ni nada. Eran amigos con derecho a roce y con el paso del tiempo, eso tendría que cambiar.

Ella era distinta. Sabía que no podría durar con él años de esa manera. Ni tampoco muchos meses. Le gustaba ponerle nombre a las cosas. Era así de sincera. Hasta ese momento en que lo decidiera, viviría el momento y le daría tiempo.

La siguiente semana, empezó el curso de idiomas por la tarde y algunas mañanas decidió ir a algunas excursiones por Nueva York.

Subió al Empire State, hizo un crucero para ver la Estatua de la Libertad, al Soho y Chinatown y a Rockefeller Center.

Ya iría visitando algunos monumentos más, porque la semana siguiente empezaba a dar clases. Y todo volvería a la normalidad. Cuando le contaba a Mat, todo lo que veía, él sonreía contento, porque la veía feliz.

Le decía que tuviese cuidado siempre. Esa semana pasó un par de veces a verla de improviso y le hacía el amor apasionadamente, lentamente y de todas las formas inigualables que ella pudiera descubrir en él.

Luego mantenían largas conversaciones mientras se acariciaban en la cama. Eran como una pareja más.

Y empezó sus clases en el Instituto. El primer día conoció a sus compañeros, su despacho, sus clases, sus alumnos.

Le dieron los libros de cada curso que llevaba. Tenía cuatro grupos. Y ganaba más que en Montana. Estaba muy contenta.

Al ser un Instituto privado, los chicos eran maravillosos y estudiosos. Alguno más rebelde, pero era normal. Eran hijos de personas con un alto estatus y ricos.

Su horario era de ocho a tres de la tarde. Luego por la tarde en casa, pensaba dedicar un par de horas a preparar clases, y más cuando tuviese que corregir exámenes.

Se llevaba un sándwich a media mañana que tenían un descanso, y se tomaba un café con los profesores.

Tenía su propio despacho, pequeño, ella tenía su propio ordenador, como se pedía, pero tenía

impresora propia, fax, una mesa, un sillón un par de sillas tras la mesa y una estantería grande y un archivador a juego con todos los muebles.

Ya le pondría algún cuadro o foto o alguna planta, para darle vida.

Era su departamento para trabajar cuando no tenía clases y para atender a los alumnos cuando tenían algún problema o recibir a sus padres cuando fuese necesario.

Conoció a sus compañeros, que eran todos profesores jóvenes. Muy simpáticos y educados. Había un gran ambiente casi familiar allí. Ella, era la profesora nueva y le hicieron la vida muy fácil, ayudándola en lo que podían.

El mismo lunes, Mat, le mandó un mensaje felicitándola y mandándole besos.

Cuando salió por la tarde, se fue a casa y preparó la comida. Un filete de pescado a la plancha y una ensalada. Y un café. Terminó de comer a las cuatro.

Por la noche cenaría algo de fruta y yogurt. O una tortilla francesa. Según le apeteciera.

Descansó un ratito en el sofá hasta las cinco. Se quedó dormida una hora y cuando despertó, se dispuso a mirar a cada uno de sus alumnos y preparar clases.

Dedicaría un rato hasta su clase de español el día que tuviese. Al volver dedicaría otro rato, ducha y cena.

Mat, según le dijo, salía del trabajo entre las cinco y las siete, dependía del día, a no ser que tuviese reuniones.

Ya habría salido del trabajo ese día. Estaba pensando en él, cuando sonó el teléfono.

—¡Hola guapa! ¿Qué tal el día?

—Muy bien. Estupendo, tengo un grupo de profesores jóvenes estupendos y muy agradables. Aquello es como una gran familia. Algunos son muy guapos y ya sabes, con la profesora nueva...

—No me pongas celoso, chiquita, ¿eh?

—Vaya, no ha dado resultado. Y tu día, ¿qué tal?

—Espeso. Mucho papeleo. Yo pensé que tener restaurantes era algo más de comida y tengo más papeles que comida.

—Es que tienes muchos, eres un ricachón de Manhattan.

—Y sexy y guapo y te deseo.

—Yo también. ¿Estás en casa?

—Bueno, he salido del trabajo y estoy en tu puerta.

—Bobo...

Y salió corriendo a la puerta y allí estaba, con el brazo en el marco, esperando que le abriera y colgó el teléfono. En la mano llevaba un gran ramo de rosas rojas y su maletín. Echó el móvil en el sofá y lo metió para adentro de un tirón y saltó sobre él y el la agarró con fuerza en sus brazos y la besó largamente.

—¡Qué buena bienvenida!

—¡Qué guapo estás!...

—Siempre dices lo que yo debería decir...

—Me encanta que hayas llegado por casa. ¿Quieres un café o algo?

—Ummmm cinco y cuarto de la tarde... ¿café?

—Tengo, claro. Y le dio un café y un trozo de tarta. Y puso las rosas en agua.

—Tengo la academia de español a las seis. Lunes, martes y jueves, cielo.

—Joder no me acordaba. He venido porque tenía un rato libre, pero tengo papeleo que hacer y algunas llamadas. Y quería tenerte bajo mi cuerpo antes. Ya sabes, para liberar el estrés.

—Sí, claro. Eres de lo que no hay. Si quieres puedes quedarte en casa y esperarme o quedamos otro día. ¡Qué pena!, pero no puedo perder las clases y menos los primeros días, no sería ético.

—Qué, ¿no le vas a hacer nada a tu hombre?

—No me da tiempo, cielo. Si me esperas, podemos. Te quedas a cenar y podemos trabajar un rato.

—¿No te importa que me quede?

—No seas bobo, no me importa, así terminas tu trabajo y tus llamadas. Yo vuelvo sobre las ocho menos cuarto.

—¿Besos, sexo, cena? —Dijo Mat.

—Ven aquí y te lo digo al oído. —Y le dio un bocadito en la oreja.

—¡Ay! Malvada.

—Perdona, te juro que no lo he hecho a propósito.

—Dame un beso antes de irte anda. Moviendo la cabeza de un lado a otro y sonriendo.

Y le dio un beso dulce.

—Ya vengo pronto cielo.

Cuando volvió de sus clases, se lo encontró desnudo en el sofá y al cerrar la puerta, empezó a desnudarse mientras lo miraba. Se tumbó encima de su cuerpo. Metió las manos entre sus sexos y la apretó contra su cuerpo. Y se levantó con ella.

—¡Abre las piernas sobre mi cintura, nena! He estado pensando todo el día en esta postura.

Y le hizo el amor así, como lo había pensado, excitados y como dos locos del sexo, se besaron y él le mordisqueaba los pezones. Ella tocaba su pecho duro y se aferraba a su cuello y llegaron a un clímax salvaje y rápido.

—Dios mío Karen, perdona pequeña. No he pensado nada más que en esto todo el día.

—Me gusta que seas pasional y que pienses en mí, como yo también lo hago. Ha sido increíble.

—Deja que descanse un poco. Que eres pequeña pero matona.

Y se vistieron. Karen, sacó unas cervezas y unos frutos secos antes de cenar y estuvieron abrazados charlando media hora más sobre su día de trabajo.

Luego cenaron y él tuvo que irse porque tenía aún una llamada pendiente. La besó largamente y le dio las buenas noches.

Ella estaba muy satisfecha con él. Era galante y amable. Le había comprado flores y había pasado por casa, aunque fuera poco tiempo.

Le encantaba Mat. Era excitante y su vida no podía ir mejor. Siguió trabajando hasta las once de la noche.

Luego dejó el trabajo, se duchó y se acostó, pensando en Mat y en la suerte que había tenido de encontrarlo.

Durante la siguiente semana, él no pudo pasar a visitarla, pues tenía reuniones que terminaban muy tarde y una cena de negocios el jueves, pero la llamaba por la noche cuando ya estaba acostada y hablaban una hora.

El viernes, él salió a las cinco, pero se fue directo a casa y se duchó, se puso ropa informal. Unos vaqueros que marcaban sus largas piernas, y una camiseta azul como sus ojos y estaba guapísimo y se fue directo a casa de Karen.

Ella había salido a las tres y había hecho una compra de camino a casa para que se la llevaran y comió una hamburguesa en un restaurante de comida rápida.

Acababa de colocar la compra, ducharse y ponerse un camisón de tirantes cómodo, cuando él llamó a la puerta. No lo esperaba, porque no la había llamado y no sabía si tenía reunión de trabajo.

Cuando le abrió...

—¡Hombre, qué camión más sexy! ¡Este es otro! Me encanta que me recibas en camión ¿No llevas sujetador?

—Con los camiones no se lleva sujetador, tontorrón.

—¿Y debajo?

—Un triángulo pequeño. Como siempre.

—¡Me encanta! Poco trabajo que hacer —Es que me tienes a dieta esta semana.

—¡Que terrible eres!, lo hicimos el lunes.

—Lo que te digo, una eternidad. Tengo que recuperar. Necesito más sexo.

Y no perdieron tiempo. Se quedó con ella el viernes por la noche y no salieron fuera. Hicieron la cena entre los dos y se quedaron tranquilos en casa.

—¿Tenías un hermano, no?

—Y lo tengo. Tom. Voy a presentártelo muy pronto. Dentro de un par de meses viene a Nueva York y se quedará un tiempo.

—¿Es tan guapo como tú?

—Es guapo. Es casi tan alto como yo, moreno y de ojos azules también. Es un ligón nato.

—Vaya par de hermanos.

—Bueno, yo no soy tan ligón. Me gustan las mujeres, pero mi hermano se pasa. California lo ha terminado de rematar. Seguro que traerá alguna de sus conquistas. Le duran como me duraban a mí. En eso sí que nos parecemos. Teníamos las mismas reglas.

—¿Recuerdas cuando estábamos en la cabaña y compramos las revistas? Había una rubia que estaba a tu lado y me dijiste que no te habías acostado con ella. Pues al año o así cuando estaba en Helena, la vi de nuevo contigo en una revista y decían que estabais prometidos.

—Ya te dije que no creyeras todo lo que las revistas dicen.

—¿Te acostaste con ella?

—Vamos Karen, no quiero hablar de eso contigo. Estamos muy bien juntos.

Ella, se quedó muy callada y seria.

—Venga cielo... No quiero que te pongas triste por algo que pasó antes de estar nosotros juntos.

—Sí te acostaste con ella. Quizá después.

—Después, sí.

—¿Cuánto duro?

—Unos dos meses solo. Ya sabes que no...

—¿Ha sido la última antes de venir yo?

—Katrina y yo, hemos tenido devaneos, de vez en cuando. No ha sido que saliera con ella meses o años, sino que si nos veíamos cuando venía de California. Es modelo o eso dice. Yo aún no he visto nada de ella en ninguna revista. Sólo nos acostábamos cuando coincidíamos.

—Un comodín.

—Como un comodín.

—¿Y yo, qué soy? —dijo en tono triste y Mat, lo notó, no era tonto.

—Eres la mujer más bella de Montana. La que está conmigo ahora y en la que pienso a todas horas. No quiero que te preocupes. Tengo treinta y tres años y he tenido relaciones sexuales. Ya lo sabes. No todo el mundo es como tú, Karen. Los hombres, somos distintos.

—¿Me serás fiel mientras estemos juntos?

—Ya sabes que sí. Te lo prometí y siempre cumplo mis promesas. Venga dejemos ese tema. Es viernes y no quiero verte triste. Si estas cosas te duelen, no podemos hablar de eso.

—Tienes razón. Es que yo, también me pongo celosa.

—No tienes motivos ahora mismo.

—Soy una tonta.

—Lo eres. Pero eres una tonta preciosa.

La besó largamente, mientras estaban acostados en la cama.

—¿Qué hacemos mañana? ¿Vienes a mi apartamento? Pedimos para comer y salimos por la noche.

—Me parece buena idea.

—El fin de semana que viene, saldré antes del trabajo y nos vamos fuera de Nueva York. ¿Te gustaría?

—Me encantaría ¿Dónde vamos a ir?

—Podemos ir a Boston, está cerca y volvemos el domingo. No has viajado mucho. Y así nos despejamos.

—Me parece buena idea.

—Vamos a dormir. Que estoy cansado.

Y le cogió la mano a Karen y se la llevó a su sexo.

—Ya veo... —Y Mat se reía.

El fin de semana transcurrió muy bien. Fueron al ático de Mat, que era una preciosidad, pero que a ella le daba un vértigo tremendo. Aunque tenía que reconocer que era una maravilla.

Tenía como su apartamento tres dormitorios, y en la terraza tenía un jacuzzi muy grande. Ella se preguntó a cuántas mujeres había llevado a su ático. Pero no se lo iba a preguntar. Porque la tomaría por una celosa posesiva y ella no pretendía eso.

Hicieron el amor en el jacuzzi y en su cama. Había que estrenarla, según él. Pidieron comida china para llevar y cuando llegó la tarde, él se duchó y se vistió para salir. Se puso una camisa y un pantalón gris sin chaqueta ni corbata. Estaba guapísimo.

Después fueron a casa de ella, que hizo lo mismo.

Ella se puso un vestido negro de licra con algunos puntitos brillantes. Él la observaba arreglarse, sentado en la cama.

—No te pongas nada con el vestido.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada.

—Pervertido. ¿Qué tramas?

—Sí. Así estaré pensando toda la noche en hacerte el amor y meterte mano en cuanto pueda hacerlo.

—¡Eres terrible!

Esta vez no fue en el restaurante. Que también fueron a uno de los suyos a otra punta de la ciudad, pero sí fue en una discoteca —pidió un reservado y le hizo el amor como un loco.

Podían gritar sin que se oyera nada. Le mordía los pezones y sentado en uno de los sillones ella abrió sus piernas para que él entrara en su hueco húmedo y resbaladizo. Besándose como locos.

—Has estado genial.

—Estas cosas son para depravados.

—Estoy depravado por ti muñeca.

—Y yo por ti, muñeco.

—Pues vivamos cielo. Aún somos jóvenes.

El siguiente fin de semana, fueron a Boston. Y lo pasaron bien. Él no dejó que pagara nada ni el

hotel, ni la comida.

—No me gusta que no me dejes pagar. Voy a enfadarme contigo.

—Pero si en los restaurantes no nos cobran, son míos y el hotel... yo te invité.

Hicieron el amor incansablemente y cuando volvieron estaban cansadísimos. No había sido un viaje de descanso. Tendría que descansar durante la semana. Ese hombre, era incansable y le dolían todos los huesos del cuerpo. No necesitaba gimnasio. Estaba muerta de tantas `posturas que quería probar con ella.

Pasaron las semanas, en las que él le mandaba mensajes a diario, o la llamaba, le enviaba flores, pasaba por su casa y hacían el amor y los fines de semana hacían más el amor.

—Mi hermano va a venir un par de meses a Nueva York. Le gusta pasar aquí La Navidad. Le gusta el frío, dice que para sol ya tiene California todo el año. Así nos ponemos al día en las cuentas de la empresa.

—Me encantará conocerlo.

—Pues hemos quedado con ella y su acompañante el viernes por la noche. Vamos a cenar al restaurante nuestro de aquí de Manhattan. Viene el jueves por la noche.

—¿No se queda contigo?

—No, tiene un apartamento propio, pequeño, para las veces que viene. Da a Central Park. Ha dicho que me trae una sorpresa. Me imagino que es una de sus mujeres. No tiene remedio.

—Tú tampoco lo tenías.

—Pero te he reencontrado y no pienso dejarte en mucho, mucho tiempo.

—Eso habrá que demostrarlo...

—¡A la orden señora! ¿Sofá o cama?

El viernes, se vistió muy elegante, con un vestido negro de manga larga, ya que refrescaba, pues estaban en noviembre y el tiempo había cambiado.

Empezaba a hacer frío. Un abrigo negro y medias. Se puso unos guantes y unos pendientes de perlas, tacones negros altos y bolso negro.

El pelo se lo recogió en una coleta alta y elegante. Quería causar buena impresión a la familia de Mat, aunque solo fuese su hermano menor, que tendría quizá su edad o un año más que ella.

Mat, pasó a buscarla, como siempre, vestido de traje elegante y negro, con camisa negra. Estaba guapísimo e impresionante. Siempre lo estaba.

—¡Qué bien hueles preciosa!

—Quiero causar buena impresión.

—Seguro que la causarás. Vas vestida para matar. ¡Vamos que nos esperan! Hoy vas a conocer al loco de mi hermano. Seguro que te cae bien. Les gusta a todas las chicas.

—Bueno a mí me gusta su hermano.

—Y a mí, me gusta una virgen de Montana, que...

—Calla calla... —y le dio un golpe en el brazo con el bolso.

—¡Qué violenta!

Cuando llegaron al restaurante, ya su hermano estaba ocupando una mesa, y se saludaron efusivamente. Se ve que se querían mucho. Ella aún estaba tras ellos y no se habían sentado todavía. Una rubia se levantó y Mat se quedó lívido.

Karen se dio cuenta y miró a la rubia que se había levantado en toda su longitud. Era altísima y era ella, la rubia de las revistas y estaba EMBARAZADA.

—Te lo dije hermano, te traía una sorpresa. Katrina. Está embarazada. Me encontré con ella en

los Ángeles y, ¿adivina qué? Venía a verte. ¡Vas a ser padre, hermano!

Ahora, la que se quedó lívida fue Karen. La cabeza le empezó a dar vueltas y se halló en una maraña de emociones. Pero tenía un saber estar que le había enseñado Sonia y se mantuvo seria, pero firme.

—Os presento a Karen. Una amiga de Montana.

Una amiga de Montana, eso era para él. Ahora lo sabía, era lo que ella había pensado, que era una amiga con derecho a roce.

No había sido capaz de decir que llevaban casi tres meses saliendo juntos o era su pareja, algo, pero no, debió quedarse impresionado por el embarazo de Katrina.

Se sentó al lado de la rubia y ella se quedó al lado del hermano. Este la había saludado efusivamente y se interesó por ella.

Tom era tan guapo y alto como su hermano. Mucho más abierto y extrovertido y no le pasó desapercibido que entre ambos podía haber alguna relación. Se acercó a su oído y le dijo:

—Perdona, no sabía que mi hermano salía con alguien, si no, no quedamos de esta manera. Me encontré a Katrina por casualidad. Dice que está embarazada de cuatro meses y que no ha podido venir antes por trabajo. Es modelo. No me gusta nada.

—Bueno, es a tu hermano a quien le tiene que gustar. Y como bien te ha dicho, somos amigos.

—Venga, se te ha notado demasiado.

—¿En serio?

—En serio y siento que lo sepas. ¡Eres guapísima!

—Gracias. Tú tampoco estás mal. Te pareces mucho a tu hermano.

—Creo que como estamos hablando se está poniendo celoso. Lo conozco.

Y era cierto, Mat, escuchaba todo lo que la rubia le contaba y le cogía la mano y se la llevaba a su tripa, pero él con cara de póker, miraba a su hermano y a ella.

—Cariño. Te he echado de menos. No me has contestado a las llamadas. Por eso en cuanto he tenido un hueco, he venido a decírtelo —Le decía Katrina como una gata en celo.

—Ya hablaremos en otro momento de este tema cuando estemos a solas.

La cena fue tensa. Karen hablaba poco y con Tom, y la rubia no paraba de hablar con Mat. Éste permanecía callado y el hermano estaba intentando apaciguar la tensión que se palpaba en el ambiente, dedicándose a Karen, que le pareció que era la que más incómoda podía sentirse.

Cuando iban a pedir el postre, Karen, ya no pudo más y se levantó, con la excusa de que le dolía la cabeza y se iba a casa. Mat, se levantó para acompañarla, pero Tom, dijo que la acompañaría a casa él, que ellos tenían que hablar.

Casi que se lo agradeció. No tenía ganas de hablar con Mat esa noche porque podía decirle algunas cuantas cosas de las que después podía arrepentirse.

Quería matar a Mat. Primero la dejaba en la cabaña como una paleta de Montana y ahora había dejado a una chica embarazada y tenía que ser la rubia. Ya estaba.

Había salido fuera de su vida. No lo iba a recibir más. No quería hablar más con él. Tenía las lágrimas a flor de piel. Y los nervios como escarpías. Quería matar a alguien, romper lo primero que pillara. ¡Maldito Mat!

Si no estuviese enamorada de él, sería diferente. Mira que sabía que iba a sufrir, pero eso no se lo esperaba.

Como el restaurante no estaba muy lejos, aunque hacía frío, ella quiso ir andando.

—Karen...

—Dime Tom.

—Tendrás tiempo de hablar con mi hermano. Quizá sea un error. No me fio de Katrina. Busca un hombre rico. Y mi hermano es de los que se protegen en sus relaciones. Espera y habla con él, no tomes decisiones precipitadas.

—No me importa, Tom, de verdad. No pienso hablar con tu hermano. Sus asuntos, los de ese tipo, los tiene él que solucionar. Yo no estoy, y no voy a estar en medio de ningún problema de esa clase. No quiero hablar con él. No voy a formar parte de este circo.

—¿Cómo conociste a mi hermano?, pero antes, ¿tomamos un café?

—Me vendría bien, la verdad. Al lado de mi casa, hay una cafetería. Vamos allí.

Y cuando le sirvieron el café, ella le contó a grandes rasgos toda su vida y cómo conoció a su hermano y como había terminado en Nueva York.

Por supuesto obvió los detalles íntimos, aunque él no era tonto, era un hombre y suponía que tenían relaciones sexuales y más conociendo a su hermano.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Me encanta. Siempre quise ser profesora de literatura y estoy en un Instituto privado estupendo.

Conforme hablaba y aunque estaba triste, a Tom, le pareció preciosa. ¡Qué mala suerte había tenido su hermano! Era una chica a las que él no estaba acostumbrado donde vivía.

—Lo siento mucho Karen. De verdad.

Y al decírselo, ella no pudo más que llorar. Él sacó un pañuelo.

—Es bueno desahogarse a veces.

—Estábamos tan bien... Y ahora esto. Mi vida siempre ha sido así, a retazos. Cuando estoy muy feliz, llega algo y lo trastoca. Y tendré que empezar a recoger los pedazos de nuevo.

—No sé qué hará mi hermano con Katrina. Yo comprobaría si el hijo es mío.

—¿Crees que no puede serlo?

—Lo creo. Pondría la mano en el fuego de que no es suyo.

—Pero tendrá que esperar cinco meses si está de cuatro embarazada, más otros dos u otro a que le den el resultado del ADN, más o menos. Yo no voy a esperar a nadie. Estoy un poco harta de eso. Esperé cinco años por tu hermano y ahora no estoy dispuesta a esperar ni cinco meses por nadie. Lo siento.

—Vamos, no seas tan dura contigo misma. Mi hermano y yo nos parecemos. No nos gustan los compromisos. Aunque un hijo es un hijo. Si fuese suyo, seguro que hará lo que sea necesario. ¡Venga ámate! ¿Te apetece que salgamos mañana? ¿Como excuñados?

Ella sonrió un poco por la broma. Intentaba que no se le hiciera muy difícil y se lo agradecía, pero no tenía ganas nada más que de llegar a su casa y llorar toda la noche y todo el fin de semana.

—Quiero irme ya a casa.

—Pues vamos. Te acompaño.

Y la acompañó a la puerta de su apartamento. Le pidió el teléfono, para llamarla a ver si se animaba un poco. Además, era guapa y la podría acompañar por Nueva York. La abrazó, le dio un beso tierno en la mejilla.

—Lo siento mucho, de verdad Karen.

—Gracias Tom.

—Te llamaré.

A Tom, le dio pena verla tan desanimada. Estaba seguro de que iba a estar llorando todo el fin de semana. Por eso, le mandaría flores el sábado y el domingo la invitaría a cenar

Su hermano la había hecho buena. Una mujer como Karen, tan preciosa y lo que tuvo que hacer por él, no iba a encontrarla en ningún lado.

También había tenido mala suerte Mat. Haberse relacionado con Katrina, no había sido una buena idea.

Era ambiciosa y superficial, pero ese era el tipo de mujeres con las que se habían relacionado toda la vida, para no tener problemas y ahora tenía uno mayor. Él estaba seguro de que lo que tramaba Katrina no era culpa de su hermano. No podía haber sido tan tonto. Ellos eran iguales y se protegían, claro que nada era cien por cien seguro.

Además, necesitaba un descanso de mujeres superficiales de California. Tener a una amiga, sería crecer también un poco como persona. Se dedicaría a ayudar a su amiga de Montana, amiga íntima de su hermano, sin pretensiones.

Su vida no había sido buena y él quería hacerla reír simplemente. Pero estaba seguro que a su hermano no le haría ninguna gracia.

Tendría que ayudar también a su hermano y apoyarlo en la decisión que tomara.

Allí en la mesa del restaurante, lo vio más infeliz que en toda su vida.

CAPÍTULO SIETE

Cuando Karen, cerró la puerta de su apartamento, se sintió la mujer más infeliz de la tierra. Se quitó la ropa, se puso el camisón y se sentó a llorar desconsoladamente en el sofá.

No podía tener tan mala suerte. Se victimizaba y más lloraba.

La rubia iba a tener un hijo de Mat y eso le causaba un gran sufrimiento. Ella quería ser la que tuviese un hijo de él y no la rubia esa alta y de tetas de silicona, ¡maldita sea!

Desde que vio por primera vez a la rubia en la revista, había tenido una intuición y un mal presagio con respecto a ella.

Y con respecto a los dos juntos. Sabía que no iba a ser feliz con él. Que no estaba hecha para él, que la felicidad con él no estaba al alcance de su mano.

Era demasiado bonito para ser verdad. Y se sintió como la chica inferior de Montana.

Sabía que Mat, la llamaría cuando encontrara un momento, pero no quería saber nada de él nunca más.

Pero ella, no era así, seguía un protocolo de educación cuando las cosas se torcían. Según qué le dijera, así le contestaría con toda la educación del mundo.

Le daría una oportunidad para explicarse. Luego, ya sufriría o lloraría mares de lágrimas, pero por ahora, tenía que seguir, como todo el mundo al que le pasaban este tipo de circunstancias. El mundo estaba lleno de ellas. No era la única.

Mat, no podía ser más infeliz. No quería tener un hijo con Katrina. Si pensaba en hijos, quería tenerlos con Karen. Pero en todo caso no quería hijos.

Su vida estaba perfecta ahora, con Karen, era feliz, como nunca lo había sido, era graciosa, perfecta sexualmente para él, inteligente y valiente, además de sincera e irónica y trabajadora. Tenía que hablar con ella, sabía qué iba a decirle.

Su conversación con Katrina pasó por decirle que hasta que el bebé no naciera y se hiciera una prueba de ADN, no iba a tomar ninguna determinación.

—No voy a casarme contigo Katrina. Ni aunque el hijo sea mío. Así que si no es mío, ya puedes dejar esta farsa. Yo siempre me he protegido. Contigo también, así que no me lo creo.

—Si no te lo crees es tu problema. Es tuyo y tendrás que responder por él.

—No voy a pasarte un dólar antes. Eso que te quede claro. Quiero una prueba de ADN.

—Eres un cínico. No te vas a ir con la pelirroja. De eso me encargo yo. Y no habrá prueba de ADN hasta que lo tenga. No me voy a poner en peligro y al niño tampoco.

—Bien. Pues ya están las cosas claras, si pensabas que iba a ponerte un anillo en el dedo y darte dinero, estás equivocada. Sé quién eres y lo que pretendes. Y si el hijo es mío, lucharé por su custodia, porque supongo que estarás muy ocupada para criarlo de un sitio para otro. Pero tú, no me sacarás un céntimo. Estás avisada —y se levantó para irse.

—Eres un imbécil, ¿lo sabes? La prensa se enterará de esto.

Mat, se fue hacia ella, y se acercó a su cara intimidándola.

—Ni se te ocurra. O te arrepentirás —y ella se asustó.

Y salió por la puerta, no sin antes pagar la cuenta y dejándola allí sentada.

No pensaba casarse con ella, si era eso lo que esperaba. La rubia entró en furia. Eso sólo había sido parte de la conversación larga que tuvieron, pero hubo más.

Lo acusó de no hacerse cargo de sus responsabilidades. Ahora tenía gastos, antes de que el niño naciera. Era un niño.

Pero no iba a pagar un céntimo si no era suyo y para eso había que esperar. No podía irse a California y venir a los cuatro meses a decirle que tenía un hijo suyo.

La rubia, estaba encolerizada. Y él tampoco le prometió matrimonio si era suyo el hijo, porque no la quería, además él se había protegido siempre con ella y no la creía un ápice.

Se había vuelto tan sinceramente cruel como Karen, no tuvo pelos en la lengua al hablar con Katrina.

—Te digo y te lo repito. Primero, si es hijo mío, me haré cargo de lo que me corresponda. Si quieres puedo tener su tutela completa, me quedaré con mi hijo, si eso te molesta en tu carrera de modelo. Segundo, o te haces una prueba de ADN antes de que nazca o tendremos que esperar a que nazca. Eso lo decides tú. Tercero, no vas a recibir un céntimo mío hasta no saber si verdaderamente es mío. Los gastos si no te haces ahora la prueba, corren de tu cuenta. Si quieres guardar los recibos, te los abonaré enteros, pero los gastos para el niño. Los tuyos no. Así que, si has venido de tan lejos con mentiras, no estoy por la labor, Katrina.

—Eres cruel, ¿lo sabes? —Echando fuego por los ojos de la ira.

—Y tú, muy lista. Esta vez, te has pasado. Pero de mí sólo conseguirás lo que me corresponda, si ese es el caso. Me cuesta mucho trabajar para tener lo que tengo. Ya sabes a qué me refiero. No vas a gastarte mi dinero.

—¿Y la pelirroja sí?

—Ni la nombres. Ella tiene su propio dinero, orgullo y dignidad. Y te conozco desde hace seis años y hemos hecho el amor si acaso diez veces. Así que no nos debemos nada. Ya sabes, si es mío, lo quiero educar yo. Tú no tendrás tiempo, y no te pediré manutención, fíjate. Si quieres quedártelo, yo iré a verlo y pagaré sus gastos. Pero no vivirás de mí. Si lo haces por dinero, has llegado al sitio equivocado.

—Pues creo que si la pelirroja tiene orgullo y dignidad, veremos a ver si también tiene paciencia. No me haré la prueba hasta que lo tenga. Así que a ver si aguanta la digna siete meses por ti. Estaremos en contacto. Voy a quedarme aquí hasta que lo tenga.

—Bien, pero la prueba la pedirán mis abogados.

—Como quieras. Nos veremos —Dijo levantándose muy digna con intención de irse.

—Poco, si puedo evitarlo —y volvió a sentarse.

Se quedó sola en el restaurante. Se quedó furiosa y descolocada.

Y Mat, se fue también furioso y solo. Tenía mucho en qué pensar. No era el momento de llamar a Karen. Sabía que esa noche no iba a contestarle. Seguro que estaba llorando. La conocía. Y no quería causarle más sufrimiento. Le dolía, le dolía tanto... tendría que tener una charla con ella. Otro día, darle una explicación.

Pero lo que sí hizo, fue llamar a su hermano para ver cómo se había quedado Karen.

—¡Hola hermano!

—Hola Mat, ¿qué pasa?, esperaba tu llamada, ¿cómo te ha ido?

—Fatal. Te llamaba más que nada para saber cómo se ha quedado Karen.

—Desolada, triste y creo que te va a costar convencerla. Es una mujer diferente. No es como con las que salimos. Es una joya. Creo que la invitaré el domingo a comer.

—No harás eso, que te conozco.

—Sí que lo haré. Quiero que se anime. Te haré un favor.

—Es mía. Ya lo sabes.

—Bueno, bueno... te ha dado fuerte.

—Sí, me gusta mucho.

—Pues lo tienes complicado, y de Katrina, ¿qué me cuentas?

—He sido muy duro, muy sincero. No le daré un céntimo si es lo que busca. Quería que se hiciera la prueba de ADN. Apenas me he acostado diez veces con ella en cuatro años y siempre me he protegido. Tengo que estar seguro de que es mío. Si lo es, lo quiero. No pienso alimentar a ninguna mujer como ella, que piense que le voy a dar una tarjeta de crédito. Pero hay un problema.

—Ya sabía que con ella, no te iba a resultar fácil.

—No. Tienes razón. Como ha visto a Karen, quiere resarcirse. Y joderme la vida. No quiere hacerse la prueba de ADN hasta que nazca y eso puede durar siete meses.

—¿Y qué problema tienes?

—Karen. Sé cómo es y no va a permitir meterse entre una pareja que espera un hijo. Lo sé. ¡Maldita Katrina!

—Nunca me gustó, hermano. Si Karen accede a comer el domingo conmigo, puedo intentar convencerla.

—No quiero que la invites.

—No la voy a enamorar.

—Maldita sea Tom, no quiero.

—Nos vemos el lunes en el despacho Mat.

—No lo hagas, Tom, te lo advierto.

Y éste colgó con una sonrisa en la boca.

El sábado, Karen, recibió un gran ramo de rosas blancas preciosas. Eran de Tom. Le escribió una nota, en la que le decía que eran para que se animara. Que era una rosa blanca de Montana guapa y no se merecía sufrir.

Ella, echó unas lágrimas, de emoción y agradecimiento. Aún tenía la llantina a flor de piel. Por eso, cuando sobre las doce llamó Mat, no le cogió el teléfono. La llamó más de diez veces, pero aún no estaba preparada para hablar con él.

Le dejó un mensaje y le dijo que aún no podía hablar con él, que ya hablarían el fin de semana siguiente.

Mat, estaba que trinaba, ¿cómo iba a aguantar una semana sin hablar con ella o no hacerle el amor?... Echaba de menos su cuerpo y su olor y maldita fueran todas las Katrinas del mundo. ¿En qué había estado pensando para haberse enredado con una mujer como ella?

Ahora que conocía mejor a Karen, no tenían comparación. Había sido un estúpido y un tonto vanidoso y no la había visto venir.

Era el estúpido más grande de la tierra. No quería perderla. La quería. Estaba enamorado de Karen y estaba celoso si la perdía por otro.

La amaba. Nunca había sentido eso por ninguna mujer, pero pensar que podía perder a Karen, lo volvía loco. Ahora lo sabía. El hecho de perderla, le hizo darse cuenta de que estaba enamorado de ella.

Tom, la llamó sobre la una de la tarde.

—¡Hola Montana!

—¡Hola California!

—Bueno, bueno, al menos tienes sentido del humor. Eso es bueno. ¿Has recibido mis flores de amistad?

—Sí, son preciosas Tom, gracias. Te lo agradezco.

—Son para animarte mujer. Qué, ¿comemos mañana domingo? Sal un poco y te despejas, no llores tanto y te hartes de chocolate.

—¿Cómo sabes tanto?

—Eso lo sabe cualquiera. Sale en las películas románticas —y Karen rio —Bueno ¿comemos a mediodía? Damos una vuelta por Central Park y nos comemos una buena hamburguesa. Nada que un poco de grasa no te quite el dolor.

—Está bien Tom. Me animaré.

—Te recojo a las doce.

—Vale, hasta mañana. Gracias Tom por tu apoyo.

—¡Adiós Montana!

Ya que no tenía a nadie con quien desahogarse, saldría con Tom. Era estupendo y divertido, tan alto y guapo como Mat. Y debía pensar en su relación con Mat.

Depende de qué le dijera, así haría, pero lo que tenía claro es que no se metería en una relación donde hubiese un bebé por medio. Ella no era así y si no era hijo de Mat, pues ya vería después cómo estaba su vida.

Eran muchos meses para esperar a nadie. Estaba harta de esperas y ser la última en todo. Por una vez en su vida, pensaría en ella en primer lugar.

El sábado lo pasó triste, pero lo dedicó a limpiar y hacer la compra y por la tarde a preparar algunas clases y a ver alguna película en la televisión.

El domingo, se levantó tarde y se duchó. No sabía qué ponerse, pero si iban a ir al parque y a comer hamburguesas algo informal, como unos vaqueros.

Todo lo que tenía era ropa cara. Sonia, le enseñó que a veces la ropa hacía de una cenicienta una princesa y ella, que tenía pocos gastos, se gastaba el dinero en ropa cara, no de diseñadores, pero sí de boutique.

Había encontrado una en Manhattan que tenía unos precios asequibles para ser de buena calidad. Y ahí compraba casi todo, desde los zapatos hasta la ropa interior. Le quedaban bien las prendas y le gustaban. Ya la conocían y cuando iba, le sacaban ropa que sabía le iba a gustar y quedar bien.

Así que se vistió con unos vaqueros y un jersey verde largo con una rebeca abrigadita a juego. Unas botas altas y con poco tacón. Metió los vaqueros en las botas, una cadena larga con un broche antiguo y unos pendientes con una bola verde. Un bolso negro informal como las botas y se hizo una cola alta, para estar cómoda. No se maquilló mucho. Algo natural. Se perfumó y esperó a que Tom, llegara.

Cuando llamó al timbre. Abrió y en la puerta, se encontró un hombre impresionante con vaqueros azules, una camisa de igual color y una cazadora de piel color miel oscura.

—¡Qué guapo!

—Guapa la vaquera.

—He acertado en no vestirme demasiado.

—¡Estás perfecta! ¿Lista para ver a los patos?

—¡Estás más loco que tu hermano!

—Soy más divertido que él. Mat, es más serio. Nuestros padres y todo el mundo lo dice.

—Gracias Tom. Por invitarme y tratar de animarme.

—No me cuesta trabajo. Llevar al parque como un adolescente a una chica guapa, es mi sueño.

—Anda venga, cojo el bolso y vamos.

—¿Has llorado mucho?

—Un poco.

—Bueno, puedo cotillearte un algo.

—Lo harás aunque no te lo pregunte.

—Espera que lleguemos al parque.

Al llegar al parque, se sentaron en un banco, al lado del lago de los patos.

—¿Qué creías, que era mentira? Espera que les compre comida en ese puesto.

Y se sentaron a observarlos y les dieron de comer. La verdad es que se estaba bien allí. En el tiempo que llevaba en Nueva York, con Mat, sólo salían de noche o habían ido a Boston, pero Mat, no era de paseos diurnos y a ella le encantaban.

—¿Sabes bailar Tom?

—¿Bailar qué?

—Bailes de salón. Voy a encontrar un sitio y me apuntaré. Siempre me ha gustado aprender.

—Sé poco, solo tengo ritmo, a pesar de mi altura. Voy a quedarme hasta que pase la Navidad, ¿nos apuntamos a uno?

—¿En serio, lo harías?

—Sí, es mejor que el ejercicio. Pero ese lo hago por las mañanas. Voy a ver si tenemos algún local cerca y te lo digo. Vamos bailar bachata y salsa como nadie.

—Me encantaría.

—Espero que mi hermano no se enfade. Sólo serán unos meses.

—¿Por qué se va a enfadar?

—Es muy celoso. Bueno. Todos somos celosos.

—Pero él tiene a su rubia y a su hijo en camino.

—Bueno, te cuento, pero yo no te he dicho nada.

Y le contó lo que había hablado con su hermano la noche anterior.

—¿Crees que quiere dinero? —le preguntó ella interesada, pensando que podía querer engañar a Mat?

—Posiblemente. Creo que debes darle una oportunidad.

—¿Y si el hijo es suyo? Tendrá problemas y yo no quiero estar en medio.

—Pero él no va a casarse con ella.

—No será por mí que no lo haga, Tom. Un niño, debe tener a sus padres, a los dos.

—No puedes pensar así, Karen.

—Soy de Montana y soy una mujer con pensamientos antiguos. Llámame anticuada, pero yo voy a seguir con mi vida. Y no sé si cuando llegue el momento en que sepa si el hijo es suyo o no, yo estaré libre o me lo habré pensado mejor. Con tu hermano no tenía sino una relación sin ataduras. Eso es lo que él quiere siempre. ¿No te das cuenta? Soy una más. Quizá incluso sin la rubia, me hubiese dejado por otra cualquier día. Y qué ocasión mejor que esta. Si esto tenía que acabar, mejor ahora, que si luego me enamoro de él. ¿No lo ves? Él nunca me ha prometido nada. Nunca.

—Bueno si lo miras así, y si eso es lo que había entre vosotros...

—Sólo sexo. Sólo eso. Éramos amigos con derecho a roce. Nada más, nunca hablamos de sentimientos. Claro que sólo hemos salido tres meses. Seguro que es el tope para salir con alguien. No más de tres meses. Ha estado muy bien y no le guardo rencor. Ha sido una bonita experiencia. Y ya es la segunda con él.

—Eres una mujer excepcional. Tenía que haberte conocido antes que mi hermano.

—No me faltaba nada más que eso para tener más problemas.

La verdad era que, con Tom, lo pasaba bien, era irónico, como su hermano, pero con otro tipo de ironía que te hacía feliz. Sabía escuchar y era empático. Y era muy guapo. Siempre tenía una sonrisa para todo.

—¿Vamos a por esa hamburguesa?

—¡Vamos!

—¡Te vas a comer la mejor hamburguesa de Nueva York!

Esa era otra diferencia entre su hermano y Mat. Que Tom, la llevaba a sitios originales, como una hamburguesería antigua o locales normales donde tomar un café, después de comer y Mat, era más exclusivo. Siempre comiendo en restaurantes caros.

Tom estaba loco y vivía la vida con esa locura divertida. Iban por la calle después de comer, y ella había cogido confianza porque siempre iban bromeando.

—Eres muy pequeña, Montana... —Bromeaba Tom.

—Y tú muy grande...

Y se agarraba a su brazo e iban riéndose. Gracias a Tom, ese trago lo estaba pasando mejor.

—¿A qué hora sales del Instituto?

—A las tres.

—¡Qué buen horario tienes!

—Sí, pero luego tengo que dedicarle en casa algunas horas a la semana, para corregir ejercicios o preparar clases. Y tengo tres días a la semana una hora y media para aprender español. Tengo bien repleta la agenda.

Cuando llegaron a casa de Karen, ella, se despidió de ella, con un abrazo

—Adiós Montana.

—Adiós, Tom y gracias por este día.

—Ha sido un placer.

Karen, sabía que Tom la había invitado para animarla, por la situación en la que se había encontrado enredada sin quererlo. Así que se lo agradecía mucho, pero cuando entraba en casa, la encontraba vacía y veía a Mat haciéndole el amor en todos los rincones del apartamento.

Tenían una conversación pendiente, pero sería el fin de semana siguiente. Necesitaba unos días para recomponerse. No iba a darle ninguna oportunidad, pero al menos lo escucharía. Por el tiempo que se conocían y lo que habían pasado juntos, merecía que lo escuchara.

El lunes cuando salía del instituto, se encontró en la puerta a Tom, con una rosa blanca en la mano.

Mat, también necesitaba hablar con ella y se acercó al Instituto, pues no podía esperar a hablar con ella.

Le había dicho que esperara unos días, pero él era impaciente e impulsivo y necesitaba contarle lo que había pensado hacer.

No podía pasar una semana sin verla y explicarle todo lo que quería y sus decisiones. Y quería seguir con ella como hasta ahora, hasta que naciese el bebé.

La necesitaba y necesitaba convencerla de que no lo dejara. No lo podría aguantar. Ahora que la conocía mejor no quería dejarla nunca. Era su media naranja. La vida era cruel.

Le pediría perdón por el daño que le estaba haciendo, porque sabía que ella era valiente, pero vulnerable y le dolía a él más que a nadie.

Conforme iba a cercándose vio salir a Karen del Instituto y dirigirse a un hombre que era su propio hermano. Iba a matar a Tom.

Ya se lo había advertido, que Karen era suya. Le dio una rosa blanca y ella le dio un abrazo, lo cogió por el brazo y se alejaron riéndose.

No podía estar más furioso y ser más desgraciado. ¿Desde cuándo su hermano regalaba rosas a las mujeres? Le dijo que iba a invitarla a salir el domingo, ¿habrían salido juntos?

Iba a volverse loco. En cuanto le echara la mano a Tom se iba a enterar. Se dio la vuelta y se fue de nuevo a la empresa. La llamaría por la noche de nuevo.

Tom la estaba esperando con una rosa blanca en la puerta del Instituto y cuando ella salió, sacó su mejor sonrisa, se la dio...

—¡Hola Montana!

—Tom, ¡qué alegría!, ¿qué haces aquí?

—Primero, pensaba que nos tomaríamos un café y un trozo de tarta de chocolate, Segundo, he encontrado un local cerca donde nos vamos a apuntar a bailar salsa. Y vamos a ir a verlo. Nos apuntaremos como principiantes. No pienso pisarte demasiado.

—Bien. Vamos a por esa tarta primero.

Merendaron en una cafetería cerca y pidieron tarta de chocolate. Y café. Él le contó lo que había hecho en el trabajo.

—Vamos a franquiciar la parte de California. Toda la parte sur a ver qué tal funcionan las franquicias y ya no tengo que irme a vivir allí. Prefiero Nueva York. Me moveré por el norte.

—¿Y obtendríais más beneficio con las franquicias?

—Más beneficios y menos trabajo. Nos hemos ampliado tanto que tenemos demasiados empleados y eso al final puede afectarnos. Aun no, pero franquiciar alguna parte de nuestros restaurantes, nos daría menos beneficios, pero, no tendríamos que pagar nóminas. Es algo más seguro y menor el trabajo para mi hermano y para mí.

—Si es bueno para vuestra empresa, adelante. ¿Y ya tenéis algunas franquicias?

—Sí, tengo ya un tercio de las empresas de California franquiciadas. Espero tenerlas todas en un año y empezar con las del Norte. Cuando las tengamos todas, sólo haremos trabajo de franquiciadores y quizá montemos otro negocio que tenemos entre manos. Unos restaurantes de comida vegana. La comida vegana se está pidiendo mucho y estamos montando un par de restaurantes en California, que es más pija, a ver qué tal funcionan.

—Sois dos buenos empresarios.

Trabajamos mucho Karen, a pesar de todo y de esta fachada, no paramos.

—Lo sé, lo sé por tu hermano. Y espero que tengáis mucha suerte. Lo merecéis.

—Gracias Montana.

—De nada California —Y se rieron.

—Y tú, ¿qué tal tus clases?

Voy a ir preparando ya los exámenes de diciembre, antes de las vacaciones de Navidad.

Después fueron al local de bailes de salón. Era enorme. Había clases de todo, y desde clases para principiantes hasta más avanzadas.

Pidieron precios, y horario y bueno, a los dos les venían bien las ocho de la tarde, ya que Tom salía sobre las siete. Lunes martes y jueves. Tres días a la semana. Perfecto. Porque de la academia de idiomas se iba a baile, así seguía teniendo dos tardes libres a la semana para preparar clases y demás.

Aparte ella era de las que se acostaba más bien tarde e iba aprovechar su tiempo en actividades., Estaba muy contenta, prefería baile a gimnasio.

Cierto que Tom quizá no estuviese hasta más allá de febrero, pero al menos tenía un compañero

de baile.

Y no sólo eso, sino que así, podría olvidar más fácilmente su relación con Mat. Hicieron la inscripción y pagaron el primer mes.

Tom la acompañó a casa y se fue al despacho, pues tenían una reunión de negocios.

La abrazó como siempre que se despedía y le dijo que la llamaría. Empezaban la semana siguiente las clases de baile.

Al menos dentro de la tristeza que estaba pasando por lo de Mat, tenía un resquicio de felicidad. Tom le había contado que probablemente no fuese hijo de Mat y Katrina quisiera sacarle dinero, pero tampoco él estaba seguro. Según parecía sobre las fechas en que ella quedó embarazada, él estuvo con ella.

Así que a Mat, le quedaba esperar, porque ella no quería hacerse la prueba de ADN hasta que naciera el bebé.

Si no era hijo suyo, la verdad es que era una maldad y una venganza contra Mat, por no darle un centavo. Lo más probable era que quisiera dinero de Mat, pero ella no estaba segura, no la conocía y no creía que una mujer fuese capaz de jugar con un hijo de esa manera.

De lo que estaba segura era de que lo amaba, lo amaba sin medidas, pero esa incondicionalidad al tener un hijo no podía pedírsela él ni nadie. No lo haría. Se daría un tiempo y ya vería.

Quizá con el tiempo fuese él el que la olvidara. No se habían hecho promesas. Podía terminar todo ahí y si acababa ella jamás volvería con Mat en la vida.

La primera vez, surgió como surgió, la segunda, también, pero una tercera no estaba dispuesta a pasarla. Tenía ya casi treinta años y quería una estabilidad en su vida.

Ella era de Montana y ya había vivido un fin de semana la vida loca con Mat, pero hasta ahí.

Hablaría con él, sin duda. Tenían una conversación pendiente, pero lo dejaría a él hablar y ya vería que decisión tomaba ella.

Lo cierto es que estaba sumida en una tristeza infinita, porque si no estuviese enamorada de él, le resultaría más llevadera y fácil la situación.

Pero de esta manera, siempre estaba con la lágrima fácil y no quería que esto le afectara a su trabajo. Y no le afectaría. Le había costado mucho esfuerzo y no estaba dispuesta a sacrificar nada.

Si tenía que dar un giro a su vida, lo daría. Tenía un trabajo que le encantaba con un sueldo del que ahorraba mucho más de la mitad, un buen apartamento, actividades y dinero en el banco.

El amor podía estar en cualquier lado. Y tendría que arrancarse a Mat del corazón como hizo la primera vez.

Arrancarse a Mat del corazón iba a ser muy difícil y complicado. Había sido su primer hombre, su único hombre.

Si estuviera en Montana como antes, sabía con total seguridad que no era un hombre para ella.

Ella no era la que ahora era, la mujer elegante en que se había convertido y hasta cierto punto podía estar segura que no era un hombre que le iba a corresponder.

Pero después de estar con él tres meses era distinto a pasar un fin de semana sin pedir nada a cambio. Sin embargo, ahora, ella tenía ilusiones. Estaban muy bien, felices, eran amantes amigos, cómplices y se buscaban los dos en todos los sentidos.

Tenía que ser sincera con ella misma, no era como le dijo a Tom aquella noche, que eran amigos con derecho a roce, no, eran mucho más y desde luego, si no era así, se lo preguntaría a Mat, porque necesitaba saberlo para tomar sus decisiones con respecto a este tema.

Para ella, era más que un amigo, era el amor de su vida, el primero, el único que había

conocido. Le había costado olvidarlo cinco largos años.

Claro que en ese tiempo, ella había estado ocupada estudiando y trabajando incansablemente, pero ahora tenía un horario y tiempo libre y podía salir con otros hombres, conocer a otras personas.

Como le decía Sonia, debía darse la oportunidad y abrirse a otras relaciones y conocer a otros hombres, los había maravillosos. Y si no le quedaba más remedio, tendría que hacerlo.

Primero olvidarlo, dejar pasar un poco de tiempo y luego empezar a salir de nuevo. Eso había hecho Mat en Montana, y se había olvidado de ella en aquél tiempo.

Y Karen quería hacer lo mismo, pero no era él, ni el tiempo era el mismo ni la relación que habían tenido ese tiempo al fin de semana que tuvieron en Montana. No era comparable. Ni eran los mismos.

Maldita fuera, si no le gustasen tanto las mujeres, ahora no se encontraría en esa situación, porque sufría por Mat también. No quería estar en esa situación y ella lo sabía, pero tenía esa opinión sobre la vida, los hijos y las relaciones y no iba a dar su brazo a torcer. Jamás se metería en una relación, nunca.

Pero lo echaba tanto de menos... era tan guapo, tan sexy y tenía unas manos que le encantaban cuando la tocaba y sus caricias, su olor...

Esta vez, le iba a ser muy complicado olvidarlo. Se conocía. Era una romántica empedernida y estaba chapada a la antigua.

La razón no iba en consonancia con su corazón, pero en este caso, tendría que ser fuerte y que la razón prevaleciera ante todo.

CAPÍTULO OCHO

Tom, entró el lunes al despacho de la empresa, contento y silbando y Mat estaba que trinaba...

—¿Qué te dije?

—¡Hola hermano!, ¿qué me dijiste de qué?

—Te dije que la dejaras en paz, que era mía.

—No es eso lo que me ha contado. No le has prometido nada. Lo tuyo y lo mío, siempre ha sido sexo sin compromiso. ¿Has cambiado por Karen? ¿Estás enamorado de ella?

—No digas tonterías. Sólo llevamos saliendo tres meses.

—Mejor me lo pones. A mí me gusta mucho. Y me gusta seriamente y la conozco de dos días. Karen no es una mujer para que juegues con ella como con Katrina.

—Ni las compares.

Conforme Tom, le iba rebatiendo a su hermano, Mat, se ponía cada vez más rabioso, celoso y enfadado. Karen era suya. Su hermano no tenía vergüenza.

—Entonces, a ver, ¿qué me quieres decir?, la amas, te importa y no quieres que me acerque.

—No quiero que te acerques para no hacerle daño.

—Y me lo dices tú, que has dejado a otra embarazada —le dijo con sorna.

—Eso está por ver aún.

—Te voy a ser muy sincero Mat. Si Karen no te gusta en serio, me lo dices, porque a mí me ha cautivado. Y a mí sí me gusta como mujer y madre de mis hijos.

—En dos días te has dado cuenta.

—Exacto. En dos días. He visto demasiadas mujeres como para comparar. Pero si me dices que estás enamorado de ella, yo me aparto. Pero eso no va a hacer que salgamos juntos a divertirnos como cuñados, mientras tú solucionas tus problemas. Hoy, nos hemos apuntado a clases de bailes de salón. Vamos a bailar salsa y bachata. Ayer fuimos a echar comida a los patos al parque y nos comimos unas hamburguesas y al menos se ha reído. ¿Lo entiendes?

—Maldita sea Tom. No lo entiendes. Sí, estoy enamorado de esa mujer y quizá desde hace cinco años. Fui su primer hombre.

—¡No me lo puedo creer! ¿Fuiste su primer hombre y la dejaste en la estacada por una rubia de pelo teñido? No te merece.

—Quizá no. Lo sé, pero te juro que si el hijo no es mío haré lo que haga falta para recuperarla y le pondré un anillo en el dedo.

—Bueno, para eso te queda. ¿Por qué no promueves una orden judicial para que se haga la prueba de ADN antes?

—Tendré que preguntar a un abogado especialista. Pero ya sabes. Puedes salir con ella, pero nada más.

—Eso lo tendrá que decidir ella. No seas machista. Sólo intento componer lo que has roto.

—Te lo advierto, Tom. Yo nunca lo haría. Ya te he dicho que estoy enamorado de ella. Sólo que ella no lo sabe y no es el momento de decírselo. ¿Lo entiendes?

—Ahora sí lo entiendo. Me lo paso bien con ella, y ella me ve como un hermano. Así que deja tus tontos celos a un lado. Y vamos a la reunión.

Mat, la llamaba todas las noches por teléfono. Pero ella, no le contestaba. Le había pedido un poco de tiempo, pero estaba tan desesperado que no podía estar sin oír su voz o sin verla.

Por fin el viernes, salió más temprano de la oficina. Se fue a casa, se duchó y pasó por casa de Karen. Pasase lo que pasase. No podía aguantar más sin hablar con ella.

Tenía que enfrentar con ella su problema, porque ella era parte del problema. La amaba y no iba a dejarla, ni aunque el hijo fuese suyo.

No iba a casarse con una mujer a la que no amaba sólo por el hecho de tener un hijo. Y Katrina, después de ver a Karen, estaba por la labor de fastidiarlo.

Cuando ella abrió la puerta y lo dejó pasar, él se sentó en el sofá sin saber qué decir. Estaba muy serio y arrepentido. Estaba tan guapa... ¡Maldita Katrina!

—Karen, por favor, ¡escúchame!

—Te escucho. Pero no me has dejado el tiempo que necesitaba. Te lo dije. Necesitaba pensar.

—Ya lo sé cielo, pero te necesitaba, Karen, te necesito. Eres lo único que me importa. Nadie más que tú.

—Y ahora me lo dices. Has tenido tiempo.

—Bueno, no tanto. Llevamos saliendo tan solo tres meses. Y cuando sé que puedo perderte no puedo darme por vencido.

—En eso llevas razón. Pero, yo no voy a entrometerme entre una madre embarazada y tú. Y lo mismo digo tú que cualquier otro hombre con el que saliera.

—Karen, no estoy seguro de que sea mi hijo. Yo siempre me protejo. Y tú, mejor que nadie lo sabes.

—Eso también es cierto. Pero la técnica no es infalible. Ya lo sabes. Los accidentes existen.

—No voy a casarme con ella. Estoy seguro de que quiere dinero y yo nunca le doy dinero a ninguna mujer. No tengo nada que pagar a nadie.

—Me parece bien. Eso es cosa tuya. Como lleves tu economía no es algo que me interese. Hazte una prueba de ADN.

—No quiere hacérsela basándose en que puede dañar al feto.

—Pues entonces, tendrás que esperar.

—Lo hace a propósito, porque sabe que estoy saliendo contigo. Por Dios Karen, no me dejes. Esa prueba puede tardar un par de meses y aún le quedan cinco para dar a luz. No podría estar sin ti todo ese tiempo. No después de volver a encontrarnos y amarte como te amo.

—Yo, también te amo, desde el primer día que entré en esa cabaña y te vi gritando como un oso y me llamaste zanahoria, y nunca pude tener más relaciones por ti, pero no puedo Mat. Y si ella se queda aquí, menos aún. Si es tuyo, deberías estar con ella.

—No lo es. Estoy seguro. La conozco bien. Creía que viniendo iba a casarme con ella y cuidar al hijo de otro.

—No te reconozco Mat. Si por esas fechas te acostaste con ella, no puedes estar seguro. Otra cosa, es que no quieras que sea tu hijo.

—No quiero. Si quiero hijos, será contigo, con nadie más.

Y se acercó a ella y la abrazó fuerte. Ella lo consoló, pero no pensaba ceder. Sin embargo, no pudo evitar llorar. No podía aguantarse las lágrimas.

—No llores cielo. Ya verás que todo se soluciona, pero no me dejes. No me dejes ahora. Te necesito tanto...

—No puedo Mat, —secándose las lágrimas— siempre podemos ver qué pasa después. Pero el

hecho de que no salgas con ella o no la cuides o no te cases con ella, no entra dentro de mis ideas seguir contigo a sabiendas de esto. Cuando todo esto termine, si la vida nos da otra oportunidad, ya veremos si lo nuestro es más serio como para superar este problema o soy sólo otra más de tus conquistas. Nunca nos prometimos nada. Recuerda, sin ataduras.

—¿Puedes estar siete meses sin mí?, porque yo no puedo estar sin ti todo ese tiempo Karen.

—Puedes y lo harás. Y yo también. He estado sin ti cinco años, y pensaremos en todo esto y quizá nos demos cuenta de que sólo fue una bonita historia y sea hora de acabarla o quizá también nos demos cuenta de que lo nuestro supera cualquier adversidad que la vida nos ponga.

—Por favor, Karen, no me dejes ahora. Te necesito —Tenía las manos en la cabeza y el pelo revuelto

—Yo, también te necesito. Pero no necesito ahora esto en mi vida, compréndelo.

—¡Te amo!

—¿Cómo me dices eso? —abrazándolo y pegando su cuerpo al duro pecho de Mat, mientras él la apretaba contra su cuerpo sin querer dejarla escapar.

—Porque es lo que siento y te demostraré que soy tuyo. Y que todo lo que te digo, es cierto y que no estaba equivocado. Y habremos perdido un tiempo precioso.

—No, no habremos perdido nada.

La besó apasionadamente. El beso fue largo y ella, le respondió, pero no podía hacer nada. Porque no sabía nada acerca del futuro.

Ella iba a retirarse de esa historia que era completamente de Mat. La vida diría después qué pasaría.

—Lo siento Mat. No puedo, no puedo...

Y salió de su casa y se su vida. Y ella se quedó, muy sola y muy triste, y vacía, tanto como Mat. Y sin saber qué ocurriría. Fue un dolor mojado, un cerrojo al vacío.

Se quedó doblada como un junco, llorando, pidiendo que los días se multiplicasen, que volasen los meses, porque ella se resistía a olvidar aquellas noches hermosas en que se amaban desnudos, al suave tacto de sus manos, a la dulzura de las madrugadas que pasaban juntos. A sus sexos encadenados.

La vida no era justa con ella. Había intentado superarse en todos los aspectos, pero el amor... Mat le había dicho que la amaba, ella también se lo dijo. Y lo amaba más que a nada en el mundo.

Ahora era tiempo de sufrir y esperar. Sabía que por mucho que ella pensara en algunos momentos de rabia, esperaría y luego ya habría tiempo de reorganizar su vida.

Era cuestión de sufrir lo menos posible. De momento le quedó, ese último beso. Y tendría que recordarlo permanentemente, porque no había más.

Llegaron las vacaciones de Navidad y ella salía con Tom al baile, donde lo pasaba genial. A veces lo pisaba más de la cuenta, pero iban tomando el ritmo y se divertían bastante.

También salía los fines de semana con él, a dar un paseo, a correr por el parque o a salir a tomar una copa.

Karen le decía que buscara una chica guapa de esas que le gustaban, pero a Tom, le gustaba salir con Karen. Era como una hermana y no iba a buscarse una chica para dos o tres meses que iba a pasar en Nueva York.

Ironizaban y bromeaban, pero ella nunca lo vería como algo más que el hermano de su amor. Sabía que era de su hermano y respetaba eso. Y Tom también.

Sin embargo, como amiga, se divertía mucho y no pensaba renunciar a ella. Su hermano no le

preguntaba por ella, ni la llamaba y ella tampoco a él.

Mat, conforme pasaba el tiempo se fue haciendo más duro. No quería hablar con nadie y tenía un humor de perros. Pensaba en ella con su hermano y creía que salían juntos como pareja.

Que ella le había tomado el pelo. Pero en su fuero interno, sabía que él no le había prometido nada a ella y ella no le debía nada. Era libre para hacer de su vida lo que quisiera.

Las Navidades, fueron las peores Navidades de su vida. Sin embargo, para Karen, fueron fabulosas. Hicieron una fiesta en el Instituto y lo pasó genial con sus compañeros. Incluso invitó a Tom.

Le compró a Tom un traje de bailes de salón para Navidad. Y él le compró unas entradas para un concierto de jazz. Incluso compró un árbol para su casa con adornos y Tom le ayudó a montarlo y a colocar los adornos y ella lo invitó a cenar. Para ella era más que un amigo, como un hermano.

No quiso regalarle nada a Mat, aunque no había día que no pensara en él, pero nunca le preguntaba a su hermano. No quería saber nada hasta que las cosas estuvieran claras con Katrina.

En enero, Tom, tuvo que ir un mes a Montana y lo echó de menos. Tuvo que buscarse un nuevo compañero de baile. Había llegado a tener una vida tranquila y pacífica.

Y también una rutina que le encantaba. Estaba muy a gusto en su apartamento. Preparaba sus clases. Hablaba con sus compañeros, que alguna vez quedaban a tomar un café tras el trabajo.

Y algunos fines de semana, iba a algún viaje cercano de lugares que tenían encanto. No tenía coche, pero tomaba el tren o algún autobús, aunque prefería el tren.

Era feliz. Lo echaba de menos y echaba de menos el sexo que tenía con él. A veces se arrepentía de no haberlo apoyado más, pero sabía que hacía lo correcto, porque y si luego él pensaba casarse con ella o si el hijo era suyo... Podía cambiar de opinión y ella no iba a estar allí para pasarlo peor de lo que lo estaba pasando.

Tom, tuvo que viajar posteriormente a California de nuevo para una larga temporada, pero la llamaba de vez en cuando. Lo había pasado muy bien con él. Era un gran amigo y había sido un gran apoyo para ella cuando más lo había necesitado.

Pero ella nunca iba a liarse con el hermano de Mat. Tenía unos principios férreos.

Podían decirle que era antigua, anticuada, pero recordaba siempre las palabras de Sonia, respecto a ese tipo de cosas:

***“Nunca entrometerse en un matrimonio,
Ni en una pareja y
Ni liarse con el hermano o amigo de tu novio”.***

Y ella seguía estas normas al pie de la letra.

Y así llegó la primavera en Nueva York. Y ella seguía teniendo los mismos sentimientos por Mat y eso que hacía tiempo que no lo veía ni escuchaba su voz.

Lo sentía lejano a veces y otras estaba ahí, en su corazón. Sin embargo, no había podido olvidarlo ni salir con nadie.

Iba a esperar a ver cómo actuaba él una vez que todo su problema terminara y luego o podía continuar con su vida o podían darse una nueva oportunidad. Ella sabía esperar.

De hecho, había esperado antes cinco años, total unos meses más, no iban a influir de una manera definitiva en su vida

Mat, sí que no podía pasar sin verla. A veces, salía del despacho cuando era la hora en que

salía ella del Instituto, sólo para verla.

Estaba al tanto de lo que hacía, que se iba a veces algún fin de semana, o tomaba café con sus compañeros de Instituto, o iba a bailes de salón, y a su academia de idiomas, que salía sola a comer o a merendar.

Y que sobre todo y lo más importante para él, no salía con nadie desde que su hermano había vuelto a California.

Era una mujer decente que merecía la pena y a veces lloraba impotente por ella, porque la echaba de menos y la veía triste.

Cuando más tiempo pasara, peor sería. Estaba ya desesperado porque Katrina diera a luz y saber si era o no su hijo.

Quería y deseaba que el tiempo pasara rápido. Quería tener a Karen de nuevo en sus brazos.

Y Katrina dio a luz a final de abril a un niño. Y él asistió al parto. Habían tenido muy poca comunicación entre ellos y la poca que tuvieron fueron las constantes amenazas que ella le lanzaba. Asistió con un abogado para hacer la prueba de ADN.

Y a finales de junio, tuvo la respuesta. No era su hijo. Esa maldita mujer, le había hecho perder siete meses de vida con Karen. Iba a matarla con sus propias manos. Cuando la vio...

—¿Por qué?

—Porque te lo merecías. Te merecías que alguna mujer te hiciese algo así y te pusiese en tu lugar. No puedes jugar con los sentimientos de las personas. Y las mujeres tienen sentimientos y tú, las usas y las dejas a tu antojo. Y ni siquiera les haces regalos o una joya.

—Yo, nunca le he mentado a nadie. He puesto mis condiciones y si a alguna mujer no le hubiese interesado, no habría estado conmigo. Y tú las sabías desde el principio. Y en cuanto a joyas o regalos, yo no hago regalos a las mujeres con las que me acuesto. Yo no trabajo para pagar joyas a quien no las merece por el hecho de acostarse conmigo, porque entonces estaría comprándolas y ¿en qué te convertiría eso?

—Pues ya sabes. Puedes estar contento, no es tu hijo y nunca lo ha sido.

—Sí, estoy contento. Te lo agradezco mucho. Te pasaré la factura de la prueba de ADN y da gracias que no te denuncio.

—No puedes hacerme eso.

—¿No? Ya puedes sacarle a algún tonto tres mil dólares que es lo que me ha costado la prueba.

—¿No hablarás en serio? —Mirándolo asustada.

—Nunca he hablado más en serio en toda mi vida. Mi abogado se pondrá en contacto contigo. Y no quiero verte nunca más.

—Lo siento Mat, por favor no me hagas eso. No tengo dinero. No he podido trabajar durante el embarazo y necesito dinero para mi hijo.

—Eso tenías que haberlo pensado antes.

—Y lo pensé. Pensé en ti. Pero su padre está casado y no quiere saber nada.

—Ese no es mi problema Katrina. Me has hecho mucho daño a conciencia.

—Lo sé y lo siento. Si quieres hablo con tu novia.

—Ya no tengo novia, gracias a ti.

—De verdad Mat que lo siento.

—Y Mat, salió junto con su abogado del apartamento de Katrina, donde habían quedado para darle la noticia de la prueba de ADN.

El abogado, le preguntó si preparaba los documentos para reclamarle el dinero del ADN, pero Mat, dijo que no. Que todo se había acabado.

Lo hizo por el pequeño. Pero no por ella. Se despidió del abogado y se dirigió a casa de Karen.

Ahora sólo le quedaba buscar al amor de su vida. A Karen. Estaba deseando verla. No quería darle la noticia por teléfono, prefería pasar por su apartamento. Sabía que ya había terminado el curso hacía un par de días y debía estar en casa a esas horas. Si no, esperaría a que volviera.

Estaba deseando verla, que lo perdonara y tenerla en sus brazos y en su cama. Sabía que no salía con nadie especial ni había salido y ahora, sí que le pondría un anillo en el dedo.

A ella, sí le compraría joyas. Era la única mujer a la que se las compraría, porque era suya y se lo merecía.

CAPÍTULO NUEVE

El avión llegó a su hora y ella estaba entusiasmada y excitada. Habían sido muchas horas de vuelo, pero no se pudo resistir a la invitación que Tom le había hecho para las vacaciones.

Las necesitaba después de un curso largo, intenso y maravilloso. Y unos meses muy difíciles para ella. Ahora tenía unos meses de vacaciones y pagadas.

Necesitaba retirarse de Nueva York, salir y dejar de pensar en Mat. Su problema ya estaría a punto de solucionarse, pero él no la había llamado, con lo cual, quizá aún no se hubiese resuelto y ella quería playa y ahí se fue volando.

Había ahorrado un montón de dinero durante el curso, a base de no salir y gastar poco, salvo la academia y el baile, y ropa... poco más. Y hablando de ropa, pensaba comprarse bikinis preciosos y ropa allí. Eso era lo primero que iba a hacer.

Salió con una maleta no muy grande, pues pensaba comprar allí una grande y llenarla con cosas bonitas y sexys de California.

Entre todos los hombres que había en el aeropuerto, vio a Tom, tan alto y guapo y lo saludó con las manos. Éste la vio y se acercó a ella levantándola en volandas y dándole dos besos en las mejillas, ella se los devolvió. Se abrazaron.

—¡Hola Montana! ¡Qué guapa estás!, madre mía.

—¡Hola California! Aquí estoy.

—Me alegro de que hayas venido en tus vacaciones a verme. Tenía muchas ganas de verte —y la abrazó de nuevo y de nuevo la levantó como a una muñeca

—¡Bájame tonto! —dijo y se rieron.

—Bueno, dime, ¿qué tal el vuelo?

—Larguísimo. De una punta a otra. Pero pienso ponerme muy morena.

—¿Cuánto te quedas?

—Un mes. Quiero ir a las Vegas y a San Francisco, cuando vaya de vuelta.

—Quiero que te quedes en mi apartamento, ya te lo dije.

—No puedo. De verdad. No quiero causarte molestia, me voy a quedar en un apartamento frente al mar en la playa de Santa Mónica. Te dejo que me lleves. Ya lo he alquilado. Estoy entusiasmada.

—Bueno. Pero saldremos por ahí. Tengo ganas de invitarte a ver lo mejor de lo mejor.

—Eso sí. Pero te agradezco la invitación, que lo sepas, pero ya sabes que quiero ir a mi aire. Y además tú tienes a tus chicas y no podría. ¡Qué guapo y moreno estás!

—Gracias. Venga, vamos, te llevo. He traído mi coche. Y se dirigieron al parking a buscar el coche deportivo que tenía Tom.

Cuando terminó el curso a finales de junio en el Instituto y no había tenido noticias de Mat, ella decidió tomarse unas vacaciones.

En septiembre entraba de nuevo al Instituto y en agosto quería descansar. Hacer una limpieza y una compra, ya que había dejado la nevera vacía y limpia.

La verdad era que esperaba noticias de Mat, pero al no tener ninguna decidió tomarse sus

vacaciones. Eran las segundas que tomaba sola y no sabía si ir al extranjero o dentro del país.

Una tarde que estaba en casa, la llamó Tom y le dijo que por qué no iba a California, que tenía ganas de verla y le enseñaría la ciudad.

Ella pensó que también podría visitar las Vegas y las cuevas de San Francisco. Se iría un mes de la ciudad, se bañaría en la playa y aún podría visitar Las Vegas y jugar un poco, ¿por qué no? Lo que ocurría en las Vegas, se quedaba en las Vegas.

—¿Solo traes una maleta pequeña? —le dijo Tom.

—Sí, porque pienso llevarme tres.

—Aquí comprarás cosas maravillosas. Bikinis ante todo. Pero hay de todo.

—Me voy a comprar una docena. ¡Qué pedazo de coche tienes guapo! No me extraña que con lo guapo, alto y esos ojos azules y este coche ligués con multitud de chicas

—Aquí todos llevamos un descapotable.

—Pues dale California que la vida es bella.

—¡Eres la mujer más graciosa que conozco!

Ella recordó que eso también se lo decía Mat. Pero con Tom, no hablaba de Mat.

La dejó en su apartamento que ella había reservado durante veinte días. Hasta finales de Julio. Luego iría a las Vegas y a San Francisco y permanecería al menos una semana en cada sitio.

Le dijo que el fin de semana la llamaría para salir y enseñarle la ciudad, porque era miércoles y tenía reuniones hasta muy tarde.

—No te preocupes. Con esto que haces es más que suficiente.

La abrazó como siempre, le bajo la maleta y la dejó en los apartamentos.

Ella había pedido una habitación con vistas al mar y así fue. Era un apartamento maravilloso. Suficiente para ella. El complejo, tenía piscina y comedor y ella que iba con la intención de descansar, pensaba comer algunas veces allí.

Abrió la maleta y colocó la ropa y se echó en la cama muerta por el largo viaje. Cuando despertó eran las seis de la mañana del día siguiente. Y cuando vio la hora, se echó otro ratito. A las nueve despertó fresca y radiante.

Se dio una ducha y bajó a desayunar. Luego dio un paseo por los alrededores y en el paseo de la playa había tiendas que tenían de todo, desde bikinis a pareos o vestidos playeros, hasta tiendas que tenían vestidos de fiesta.

Así que dedicó el día a comprar. Desde ropa interior súper— sexy, hasta vestidos de fiesta, largos y de cóctel con zapatos y bolsos a juego, vaqueros cortos y largos, camisetas y blusas, abalorios para el pelo y collares y sortijas, sandalias.

Llevó todo a la habitación y salió de nuevo. Se compró una docena de bikinis y tres pares de sandalias y zapatillas, dos bañadores, sobre todo para la piscina, un bolso de playa y dos toallas grandes, una esterilla de playa, chanclas y cinco vestidos playeros.

De paso, se compró una maleta grande.

Ya había pegado un gran bocado a la tarjeta de crédito, pero estaba sola y se lo podía permitir. En el año que llevaba en Nueva York había ahorrado dinero. Y aún tenía su primer dinero sin tocar.

Había presupuestado un dinero para gastarse en las vacaciones y ya, la paga extra del Instituto, había muerto en ropa. Pero con la mensualidad de julio y agosto, pasaría unas vacaciones estupendas.

Aunque miraba el dinero, lo único que se permitía eran sitios baratos, dentro de su presupuesto, solía comer todo lo que podía en casa y salía poco y menos en esos siete meses anteriores.

Así que ahora, estaba de vacaciones y no quería pensar mucho en el dinero. Luego haría cuentas. El apartamento, ya estaba pagado también con antelación.

Colocó toda la ropa. Se tiró un buen rato quitando etiquetas. Pero cuando acabó, se puso un bikini, su bolso de playa, con la toalla y se puso un vestido y unas sandalias, crema solar y bronceadora y una revista que se había comprado, junto con dos libros, pero se llevó la revista de cotilleo, y un monederito que había comprado en uno de los puestos callejeros para llevar el carnet, algo de dinero, el móvil y la llave del apartamento. Y unas gafas de sol. Ya era una californiana.

Se fue al comedor y almorzó y de ahí se fue a la playa. Se bañó, se dio un paseo, leyó y cuando estaba anocheciendo, se volvió al apartamento. Se pasó de nuevo por el comedor a cenar y se fue derecha a la ducha y a la cama. La playa y el día de compras la habían derrotado.

Así hizo los siguientes días hasta que el viernes, la llamó Tom, para invitarla a cenar. Le preguntó qué debía ponerse.

—Conmigo, ya sabes, lo que quieras. Siempre estás guapa

Se colocó un vestido blanco que iba resaltando el moreno que iba cogiendo y unas sandalias de tacón alto. Se dejó el pelo suelto, recogido hacia atrás. Porque su pelo nunca se lo podía dejar suelto del todo. Era tan rebelde que no podía manejarlo.

—¡Estás morena Montana!

—Sí, he pasado todo el tiempo en la playa y comprando. Aquí no se puede salir de compras. Es todo más barato que en Nueva York, pero todo tan bonito... Ya me he gastado una pasta. En San Francisco me compraré algo también. Todo el mundo se compra recuerdos, yo ropa de cada sitio.

—Hombre, no te veo comprando imanes para la nevera.

—¡Qué cosas tienes!

—Bueno., venga, la anoche es nuestra, te voy a mostrar la ciudad por la noche. Vamos de cena y de copas y mañana sábado, te llevaré a Hollywood. Vamos a ver dónde viven los ricos y famosos.

—Lo que tú digas. Soy toda tuya este fin de semana.

—No me lo digas dos veces.

—Calla tonto, ya sabes a qué me refiero. ¿No sales con nadie?

—Sí, hay una chica rubia de piernas largas que...

—No me digas... y ¿por qué no te la has traído?

—No sabía si te importaría.

—Pero ¡qué tonto eres! Mañana te la traes, quiero conocer quien ocupa ahora el corazón de mi amigo.

—Bien, la traeré si no te importa.

—Pues claro, hombre. Por Dios. Dejar a la chica sola. Las cosas que se te ocurren...

La verdad es que con Tom siempre se divertía. Cenaron, bailaron y tomaron unas copas en unos sitios preciosos y de moda.

El sábado la recogió por la mañana, con Celia, la chica con la que salía. Era una chica rubia, pero pequeña, nada de piernas largas, era preciosa, simpática y muy cariñosa. Congeniaron en seguida, porque tenía un humor parecido al de Tom y pasaron una mañana maravillosa los tres.

Cuando la dejaron por la tarde en el hotel, les dijo que no salía por la noche, que estaba muerta. Quería dejarlos solos.

Cuando salió del coche, los abrazó a los dos y a él le dijo.

—Me gusta mucho, ¡cuídala!

Esa noche ella cenó y salió a dar un paseo por la playa de noche. Cuando subió a su

apartamento, se duchó y se sentó un rato en la terraza a leer.

Mat, había ido todos los días al apartamento de Karen y no estaba. Se desesperó porque no la encontraba a ninguna hora.

No quería llamarla, quería verla personalmente. Lo más probable era que se hubiera ido de vacaciones. ¿Pero a dónde? Podía imaginarlo, iba a matar a su hermano.

—¡Hola Tom!, ¿cómo te va?

—¡Hola hermano! ¿Sabes algo del tema?

—No era mío, lo hizo para vengarse.

—Ya te dije que no me gustaba nada ese asunto y ella tampoco.

—He ido a ver a Karen y no está. Seguro está de vacaciones. No quiero llamarla por teléfono. Me da miedo que esté con otro. ¿Sabes algo de ella?

—¡Ay hermano! Has tenido suerte. Anota... y saca un billete de avión.

El domingo mismo Mat, salió para Los Ángeles con una reserva para los mismos apartamentos en los que estaba Karen.

El viaje se le hizo eterno, pero iba a encontrarla. Estaba enamorado de ella como cuando la hizo suya por primera vez y no lo supo hasta cinco años después. Ya la vería el lunes.

Llegó de noche y se fue en un taxi a los apartamentos. Su hermano le había dicho en qué apartamento estaba y él pidió uno lo más cerca posible y con vistas al mar.

Dejó instrucciones en el trabajo. Tuvo que llamar a su secretaria a su móvil particular, diciendo que se tomaba todo lo que quedaba de junio de vacaciones y la mitad de Julio o más.

Les iría informando. Según le había contado Tom, Karen iba a estar más de un mes de vacaciones y llevaba ya una semana.

El lunes, Karen se levantó temprano y bajó a desayunar. Él estaba esperándola desde hacía más de media hora en los jardines. Cuando la vio entrar al comedor y sentarse con una bandeja, él, tomó otra bandeja y cogió su desayuno y se sentó enfrente de ella en su mesa.

—¡Hola pequeña!

—Mat —se puso muy nerviosa y hasta se le cayó el tenedor. Él, se acercó a por otro y se lo dejó en la bandeja.

—¿Qué haces aquí? —no podía creerlo. Tan guapo como siempre. Hacía meses que no lo veía y estaba imponente. Pero ella estaba como un flan.

—Estoy de vacaciones, como tú.

—¿Cómo me has encontrado?

—Ha sido casualidad. —Mirándola a los ojos como no la había mirado nunca.

—No me lo creo. Ha sido Tom.

—Sí, pero no ha sido por él. Yo le he preguntado. Tenemos que hablar. Tenemos una conversación pendiente desde hace siete meses. Siete largos y angustiosos meses que he pasado.

—Tampoco yo lo he pasado demasiado bien, pero he estado más tranquila que tú, lo reconozco.

—No era hijo mío —antes de que ella le preguntará, él lo dijo. Quería terminar con aquello de una vez por todas.

—¿No?

—No, te lo dije. He sido muy infeliz, Karen. ¿Estás con alguien?

—No. No he podido hasta que tu problema se solucionara.

—Te sigo queriendo, pequeña. No ha habido un día en que no te haya echado de menos. Y quiero saber si tú sientes lo mismo, para poder continuar lo que empezamos o tengo que olvidarme definitivamente de ti.

—¡Te quiero! —Llorando —No he dejado de amarte ni un segundo de mi vida, desde que fui tuya en la cabaña. Me duele por lo que hemos pasado, pero, para mí, era necesario.

—Se me ha quitado el apetito.

Se levantó. Ella pensaba que iba a irse para siempre, pero lo que hizo, fue cogerle la mano y llevársela, junto con su bolso de playa. Se metió con ella en el ascensor y paró en su planta. Siguió el pasillo, abrió la puerta de su habitación y la cogió en brazos, besándola apasionadamente.

Ella abrió las piernas sobre su cintura y él metió la mano entre su vestido desabrochándole los tirantitos de las bragas del bikini.

Iba a ponerse un preservativo, pero ella le dijo que no hacía falta y eso ahora a él le importaba un pimiento si se quedaba embarazada. Estaba muy excitado y entró en ella como un loco salvaje y posesivo.

—Nena, no lo he hecho desde hace siete meses. No puedo aguantar tanto ahora mismo y así sin nada, menos todavía.

—No puedo aguantar tampoco.

Él aumentó en ritmo de sus embestidas y culminaron en un orgasmo que les había estado esperando desde hacía meses, estallando como un cristal en mil pedazos.

—¡Te amo! Y no me cansaré de decírtelo. Sigues tan húmeda para mí como siempre.

—Siempre para ti, guapo.

Cuando recobraron las respiraciones, se fueron a la cama. Él quería verla desnuda. Para recordar su cuerpo. Ese que era suyo. Y lo acarició, palmo a palmo.

—Siempre me ha gustado tu cuerpo. Y tienes una piel delicada que me encanta, y tu olor... ¡Estás morena!

—Tu cuerpo sí que es perfecto. Me encanta tocarte el pecho y acariciarlo y bajo la mano y tocó su miembro.

—Pequeña, ese no es mi pecho.

—Perdona, no lo he hecho a propósito.

—Esa frase es mía y sí, malvada, lo has hecho a propósito, pero puedes tocarme cuanto quieras. Me gusta que me toques. Y más después de tanto tiempo, pero ten en cuenta, que eso sube y hay que bajarlo.

—No me importaría bajarlo de nuevo.

—¿No?

—No, aún no estoy satisfecha.

Y la montó sobre él y la introdujo de nuevo en su cuerpo y mordisqueó sus pezones y sus pechos de miel. Esta vez más lentamente. Pero no tener nada entre sus cuerpos, hacía que Mat, se sintiese en la gloria.

El la embestía sublime y vibrante y Karen apretaba sus músculos internos. Era un juego erótico que a él lo mataba así sin nada y jadeando, y recorriendo con sus manos el contorno de sus caderas, derramó en ella, su lluvia joven y cálida, mientras ella con seguía un orgasmo poderoso, con la cabeza hacia atrás.

Mat, no había visto nada tan hermoso como ella cuando conseguía llevarla a la cima.

Tras la calma y abrazados en la cama...

—¿Quieres tener un hijo, guapa? Mira que a mí, no me importaría. Cuando te dije que si quisiera hijos sería contigo, lo dije en serio.

—No bobo, aún no quiero tener hijos.

—¿Entonces?

—Tomo pastillas anticonceptivas.

Y eso, ¿por qué? —Se incorporó preocupado porque no entendía que salieran dos meses antes y no se decidiera a tomarlas hasta ahora. Se sintió celoso y posesivo, por si había tenido algún amante.

—No te preocupes —lo besó en los labios —No era por nadie. Que te conozco. No me he acostado con nadie. Espero que tú tampoco. Lo hice por nosotros. Por si teníamos una oportunidad.

—Te amo, lo sabes. Y no me importaría tener un hijo contigo, o dos o los que tú quieras.

—Yo también cielo, pero quiero disfrutar contigo ahora. No es momento para hijos. Te quiero para mí sola.

—No sabes lo que siento ahí dentro —señalando su sexo.

—Sí, lo sé, yo también lo siento, y es mucho más que sexo, aunque el sexo no está mal.

—¿No está mal? ¿Sólo no está mal? —mordisqueando uno de sus pezones y ella se reía.

—Está muy bien, está muy bien, pará loco, que acabamos de hacerlo dos veces. Déjame descansar

—Te amo tanto... me parece mentira que haya aguantado siete largos meses sin ti, pero que me hayas esperado, es para mí, la prueba de que me amas también

—Me gusta que hayas venido. Es un sueño ¿Cuánto vas a quedarte?

—Hasta que tú te vayas. Nos iremos juntos.

—¿De verdad?

—Y tan de verdad. No pensarás que voy a dejarte sola para que ligués con todo el mundo.

—Pero si tú nunca tomas vacaciones...

—Pues a partir de ahora contigo tomaré siempre.

—Me encanta, te quiero, te quiero.

—Estás un poco loca.

—No un poco, estoy loca por ti pequeño. Es un sueño hecho realidad para mí.

—Tú, sí que eres un sueño.

—¿Vendrás conmigo a las Vegas y a San Francisco?

—Donde haga falta. ¿Quieres apostar en Las Vegas?

—Tengo un tope. Ya sabes que soy ahorrativa.

—Bien, yo también tendré ese tope. Si ganamos, repartimos las ganancias.

—Hecho. Cielo...

—Dime Mat, dijo ella acariciando su pecho y bajando la mano hasta su sexo.

—Creo que lo que quiero preguntarte puede esperar un poco.

Y ella miró hacia abajo. No podía creer que su miembro volvía a crecer. La iba a matar. sería una buena muerte. Y entró de nuevo en ella, recorriendo su cavidad húmeda dispuesta siempre para él.

Abrió sus piernas alrededor de las caderas de Mat, para sentirlo todo entero.

—Nena, no sabes qué me haces sin barreras. No te aguanto nada. Y menos hoy —decía gimiendo en su boca.

—Sí, sé lo que es tener tu sexo dentro de mí, todo duro —Y apretaba su trasero hacia ella

—No me hagas eso que... oh, pequeña...

—Y ella aceleró el ritmo, porque tenía el control y se derramó en ella mientras los dos llegaban a un clímax total.

—Contigo no me puedo aguantar. Déjame unos días que recupere el control sobre ti.

—Mandón.

—Me encanta cuando controlo.

—A mí cuando te descontrolo.

—¡Qué mala! ¿Me has echado de menos?

—Todos los días.

—Te quiero tanto... ¿y Tom?

—¿Qué pasa con Tom? ¿Estás celosito?

—Conozco a mi hermano.

—Tu hermano es como un hermano para mí y le agradezco haberme ayudado a pasar el mal trago de aquellos días. Gracias a él lo pasé lo mejor que pude. No estés celoso de tu hermano. Es una gran persona, divertida y buena y nunca hizo nada que no fuera consolarme.

—¡Qué mal lo he pasado!

—Pues ya, solo nos queda pasarlo bien. Nos tenemos que olvidar de todo. Además podemos hacerlo sin barreras.

—¿Y no quieres niños? —Por ahora no, quiero disfrutar de este niño... y tocaba su sexo que se ponía duro y le respondía.

—Este niño es un niño aventajado.

—Como a mí me gustan.

—Echaba de menos tu sentido del humor.

—Y yo echo de menos tu cuerpo sobre el mío.

Y él no estaba por la labor de decirle no a nada. Pensaba tomarse todas las vacaciones con Karen y recuperar los días tan tristes que habían pasado.

Ese día cuando bajaron a la playa fue después de comer. Jugaron en el agua y él la tiraba lejos como si fuera una pluma y cuando la recogía, la abrazaba y la subía a su boca. Metiendo la lengua y recorriendo todos sus rincones. Cuando anocheecía dieron un paseo por la playa, porque a ella le gustaba. Iban de la mano y se miraba.

—Nunca pensé que pudiésemos estar así de nuevo.

—Yo tampoco. En mi vida he tenido tanto miedo.

Cuando llegaron decidieron salir a cenar fuera a los alrededores. Así que fueron a ducharse y a cambiarse.

—¡Estás preciosa!

—Tú sigues siendo mi hombre guapo e imponentemente alto que me deja como una enana.

—Si llevas tacones. Además, me gustan pequeñas.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me rompí las muñecas. Además, en la cama no se nota.

—Tontillo...

Estuvieron cenando y luego, se fueron a la cama. Tenían que ponerse al día.

—Es una tontería que tengamos dos apartamentos.

—Ya están pagados, pero cuando vayamos a las Vegas y a San Francisco cogeremos una habitación. No sabía que querías saber de mí o me habías abandonado para siempre. He tenido miedo. Nunca en mi vida, lo he tenido hasta que pensé que podía perderte.

—Nunca me hubieses perdido. Porque siempre te he amado. Eres el primer hombre en mi vida.

—Y espero ser el último.

—Según cómo te comportes.

—Me comporto muy bien y lo sabes pequeña zanahoria.

—Aún no he reservado nada ni en san Francisco ni en Las Vegas.

—Ya reservaremos, no te preocupes. ¿Qué has visto aquí, desde que has llegado?

—Pues aparte de ésta playa de Santa Mónica, tu hermano me llevó a Hollywood, y a ver las mansiones de los famosos en Beverly Hills.

—Pues nos quedan ver unas cuantas cosas. Mañana alquilo un coche y vemos lo mejor. Aparte, podemos ir luego a San Francisco y terminar en las Vegas. Allí podemos dejar el coche en el aeropuerto y volver desde allí a Nueva York.

—Me gusta esa idea.

—Necesitas un hombre —Qué tontito eres, pero tienes razón, necesito un hombre, pero como tú.

—Espera, tengo algo para ti.

Y se fue donde tenía la chaqueta, abrió el bolsillo y sacó una cajita. Y se la dio.

Ella, la abrió toda temblorosa, porque imaginaba qué era y no se equivocó.

—Es precioso. Me encanta —era un anillo de compromiso con un diamante blanco.

—Trae una pregunta.

Y ella se echó a llorar.

—No me llores pequeña. Ya lo hemos pasado bastante mal los dos. Quiero que me respondas.

—No me has hecho la pregunta.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, quiero, quiero y quiero.

—¡Te amo, pequeña! No sabes el tiempo que he esperado para esto. Hasta yo, que no rezo nunca, he rezado para tenerte de nuevo en mi vida.

Le puso el anillo más bonito que ella había visto en su vida y la besó como él sabía e hicieron el amor para sellar su compromiso.

CAPÍTULO DIEZ

El día siguiente, cuando desayunaron decidieron ir de ruta turística. Mat, alquiló un coche e iban a dedicar un par de días a ver El Moca, el Museo de arte Moderno, la Catedral de Cristal, Chinatown...

A él le encantaba verla feliz y no podía ser más feliz con ella.

Los siguientes días, los dedicaron a descansar. Fueron a la playa de Malibú, y después ya se quedaron en Santa Mónica, donde tenían el apartamento, porque querían hacer turismo, pero también descansar y pasear.

Y hablar sobre todo después de tantos meses separados.

En la siesta, por la mañana y por las noches, hacían el amor. Karen, le decía que no necesitaba gimnasio que iba a adelgazar.

Y él le decía que tenía necesidad de sexo. Era un hombre caliente y sexual. Y además era su prometido. Cuando decía que la amaba recordaba las palabras, le resultaba extraño y se lo decía a Mat, que él no era de los que se casaban.

Y Mat, le decía que no era de los que se casaban con cualquier chica, pero ella no era cualquier chica, era su chica y su mujer y la amaba como un loco.

Todo lo malo que había pasado meses antes, se convertía en algo maravilloso. Todo ocurría por alguna razón.

Quizá si no hubiese ocurrido lo de Katrina, no estarían juntos, o prometidos o... Lo que fuera. Pero estaba con su hombre con el amor de su vida.

Salieron dos noches a cenar con su hermano Tom y Celia y ella estaba muy contenta porque ya no veía a Mat, desconfiar de su hermano.

Sabía que lo había hecho fenomenal y bromeaba con él y cuando se despedían lo abrazaba.

Y ella, se sentía feliz de ver a los dos hermanos que se querían tanto. A veces había echado de menos tener un hermano o hermana, pero ahora tenía uno, Tom, y no podía ser mejor y tenía a Mat, que era el hombre de su vida.

—¡Estás muy morena y estás preciosa!

—Tú, también cielo y estás ardiendo.

—Ardiendo, no, estoy en ascuas y vamos a quemarnos ahora mismo.

—Insaciable.

—Tratándose de ti, siempre.

Una hora después, estaban amodorrados en la siesta...

—Qué pena que mañana nos vamos de Los Ángeles, mi amor. Me encantan las playas interminables. Voy a echar de menos nuestros paseos.

—Siempre podemos volver en vacaciones cielo.

—Es verdad. Además, veremos a Tom y a Celia. Me cae muy bien.

Esa noche se despidieron de su hermano y de Celia. Cenaron juntos en un restaurante de su cadena, con comida deliciosa.

Y al día siguiente, tras desayunar metieron las maletas en el coche y salieron camino de San

Francisco.

—¿Necesitas dos maletas?

—Sí, traía sólo una, pero me compré tanta ropa en Santa Mónica que tuve que comprarme otra. Además pienso comprarme algo en San Francisco.

—¡Madre mía!

—Pero si no me dejas pagar nada, me voy a ir con el dinero que tenía planeado gastar en el bolsillo.

—Eres mi novia y no pienso dejar que pagues nada. Tienes un novio rico que no gasta casi nada por tu culpa. Así que...

—Te quiero, voy a ver qué podemos ver en San Francisco. Y miró en el móvil mientras él conducía, qué cosas interesantes podrían hacer en San Francisco en una semana.

Ya habían reservado un hotel, el Loews Regency San Francisco, un hotel de cinco estrellas. Ella quería algo más barato, pero Mat, no quiso.

Quería lo mejor para ella y ese hotel era una preciosidad. Estaba en el centro de la Ciudad con unas vistas incomparables.

Mientras Mat, conducía camino de San Francisco, ella iba algo preocupada.

—¿Qué te preocupa cielo?

—¿Cómo sabes que algo me preocupa?

—Porque te conozco, pequeña zanahoria. ¡Venga suéltalo!

Ella lo miró y no pudo menos pensar lo guapo que estaba conduciendo con gafas de sol.

Tenía una manera sexy hasta para conducir. O estaba enamoradísima o loca por él. Una de dos y las dos eran lo mismo.

—Estaba pensando que a lo mejor por ir conmigo de vacaciones desatiendes tus negocios y no quiero eso. Puedes volver si quieres. Y yo voy más tarde. Me siento mal por hacerte ir conmigo donde yo tenía programado.

—No puedes ser más boba. A ver, soy el dueño. Puedo irme el tiempo que quiera. Generalmente tomo vacaciones cortas de fines de semana, pero puedo irme donde quiera y siempre has tenido razón, necesitaba unas vacaciones. He estado muy estresado estos meses. Contigo me siento en la gloria, eres mi prometida, te amo y pasaremos estas vacaciones juntos y muchas más. ¿Vas a seguir preocupándote por mí en vez de divertirme conmigo? Sé lo que hago, cielo y es lo que quiero hacer. Estar contigo. No me apetece estar ahora mismo en otro lugar que a tu lado.

—Tienes razón, como siempre. Me quedo más tranquila.

—Esto es una maravilla, ¡vaya cama!

—Cama que vamos a estrenar cielo.

—Ya te dije que no cogieras un hotel tan caro, luego no saldremos de él.

—Sí, hay que ver cosas. Nos quedan dos semanas de vacaciones y tenemos que pasar por las Vegas y ganaremos todo lo que nos hemos gastado.

—¿Imaginas?

—No, no tendremos esa suerte, pero nos divertiremos. Es como el viaje de novios. Primero hacemos el viaje y luego nos casamos.

—¿Quieres casarte pronto? —Dijo ella impresionada. No podía creerlo.

—Quiero casarme en tus vacaciones de Navidad. Para esa fecha ya seremos marido y mujer. Pero eso ya lo prepararemos cuando regresemos. De momento... visitaremos San Francisco. ¿Qué has visto interesante que podamos visitar?

—Pues de todo, me interesan varios sitios. Podemos visitar la isla de Alcatraz, quiero verla, cruzar el puente Golden Gate. Eso es necesario. Quiero ir a Sausalito y probar mi español. También está la Litta Italy. Podemos ir algún día y comer pasta., quiero montarme en uno de los teleféricos y en un tranvía para ir a Lombard Street y comprarme ropa. Eso es imprescindible.

—¿Desde cuándo es imprescindible comprar ropa para mi prometida?

—Desde que me he vuelto presumida. Ya te dije que me llevaría tres maletas y aún tengo sólo dos.

—¡Qué barbaridad, cómo ha cambiado la chica de Montana!

—Tu hermano se reía cuando me dijo si solo traía una maleta y le dije que iba casi vacía, pero que pensaba llevarme tres. Bueno, si aprieto bien la ropa, puedo llevar dos o dos y media.

—¡Qué loca!

—Deja que estrene mi ropa, te gustará. Es el único lujo que me permito y me compro en rebajas u ofertas. No me compro caro, así puedo comprar más.

—Vale preciosa. A ver, mira qué podemos ver mañana.

—Después... Ahora vamos a estrenar la cama, sin ropa.

Y estrenaron la cama varias veces. Luego pidieron comida en la habitación, porque se les hizo tarde y estaban cansados. Pensaban comer y dormir un rato.

Al final, ella hizo una lista de lugares cada día por visitar. Le encantaba ver cómo ella hacía listas y quería ver lo más importante de la ciudad.

Al día siguiente, se levantaron bastante tarde y visitaron la isla de Alcatraz, y se quedaron hasta que el sol se ocultó, porque había leído que allí en la isla donde estaba la prisión más famosa del mundo, había unas puestas de sol espectaculares.

Y era cierto. Ella disfrutó de las vistas e hizo fotos con el móvil.

Volvieron al hotel, pero antes cenaron en un restaurante cercano al mismo. Estaban muertos, así que fueron al hotel después de cenar y conversar sobre la prisión y la isla. Se ducharon juntos e hicieron el amor y cayeron rendidos.

Otro día cruzaron el puente famoso Golden Gate y fueron a Sausalito, una ciudad preciosa donde se hablaba más español que inglés. Y allí, Karen pudo practicar el idioma que había estado estudiando todo el año.

Allí comieron y pasaron un buen día. Y ella pudo conversar y pedir todo en español. Estaba muy contenta, porque la entendían. Pudo practicar

Al siguiente día fueron a la Litta Italy y comieron pasta. Luego dieron un paseo en barco por la bahía de San Francisco.

También montaron en uno de los Teleféricos, a pesar de que ella tenía vértigo, pero no iba a perderselo.

Y cómo no, en otra ocasión se montaron en los tranvías y fueron a Lombard Street, donde se compró una buena cantidad de ropa en sus tiendas. También le compró ropa a él, pero este no estaba dispuesto.

Ella se enfadó y al final tuvo que aceptar la ropa que ella le compró, porque él pagaba todo y ella quería pagar algo. Así que tuvo que ceder.

Mat, estaba encantado con ella. Todo cuanto veía le parecía maravilloso. Hizo gran cantidad de fotos y recorrieron todo San Francisco.

El último día, se quedaron en el hotel la mayoría del tiempo, descansando y haciendo el amor. Agotando los últimos instantes.

Ese día llovía. Acababan de hacer el amor y estaban con las manos unidas. Mat había cerrado

los ojos y permanecían en silencio. Karen, lo miraba y pensó que era él.

A ella, como buena profesora de literatura, le gustaba la lectura. Leía gran cantidad de novelas y libros de poesía.

Al ir a la academia de lengua española, le habían recomendado poetas españoles y les habían hecho traducir sus poemas.

Era algo que le encantaba, porque así, ella le daba su forma al poema y luego, en la academia todos comparaban las traducciones.

Y le encantaban esas clases. Tenían que traducir dos al mes y era el día que más ansiaba acudir a las clases.

Le gustaban los poemas y especialmente uno de una poeta española. No era de las más conocidas, pero a ella, le encantaba tanto que compró todos sus libros de poemas y algunas novelas por Amazon. Estaban traducidos al inglés.

Pero los de poemas, ella los compraba en español, así podía trabajar en ellos.

El poema en concreto, se lo había leído a sus alumnos porque le parecía maravilloso y romántico y cuanto más lo leía, más le encantaba. Era su poema favorito.

Y cuando lo leía, pensaba en Mat. Estaba hecho para él. Como si ella se lo hubiese escrito.

¡Ojalá tuviese ella esa capacidad para escribirle a Mat, poemas maravillosos!, pero sólo era una profesora, que leía lo que los demás escribían y se lo explicaba o recomendaba a sus alumnos o trabajaban sobre ellos.

Y trabajaron sobre ese en concreto en una clase.

Más de una vez en esos meses lo había leído y había llorado. Se lo sabía de memoria. Y mirándolo lo recitó en tono muy bajito, pensando que él no la oía que estaba dormido:

Eres tú...

*el hombre que encalló en mi playa...
cuando mi mar andaba revuelto de
oleajes imposibles.*

*Te trajo a mí el invierno y
nacieron azucenas en mi alma,
rodaron mis cadenas por el suelo.*

Y abracé tu libertad.

Eres tú...

*El hombre que devanó mi vida
e hiló mis noches de arco iris azules.
El hombre que recorrió mi sueño tibio
y húmedo.*

*El hombre que desvaneció toda
pesadumbre y recorrió todo mi relieve.*

Y abrazó mi libertad.

Eres tú...

*Nostálgico y profundo donde me resbalo
cada noche.*

*Fiel perfil de infinita mirada, piel que conozco
donde ruedo el alma.*

El hombre que más me conoce,

*que más me ama.
Y abrazo tu libertad.
Eres tú...
El hombre que desciende a mis labios
cuando te llamo.
Eres tú...
El hombre que más amo.*

—Eso es precioso. —Dijo él con los ojos cerrado aún. —¿Es un poema?

—Sí, es de una poeta española. Es mi favorito. Cuando pienso en ti, pienso que ese es un poema escrito especialmente para ti. Eso siento. Creía que estabas durmiendo.

—Solo descansaba. Eres una romántica y me encanta ese poema. Será el nuestro a partir de ahora. Todo el mundo tiene una canción. Nosotros este poema. Podemos cambiarle hombre por mujer y yo siento lo mismo por ti. Eres la mujer que más amo. Cuando llegemos a Nueva York, lo escribimos y lo enmarcamos.

—¿En serio te gusta?

—Me encanta, cielo. Es maravilloso, como tú. Ven aquí más cerca —y cogió sus manos entrelazándolas y la abrazó fuerte y protector.

Era la mejor mujer que podía elegir, maravillosamente romántica, que lo amaba como él la amaba a ella y juró que la haría feliz todos los días de su vida. Se lo merecía. Estaba sola, sin familia.

Lo había cuidado en la cabaña de Bell. Se había hecho la dura para conseguir el trabajo, había llegado donde había llegado con su esfuerzo personal y sobre todo lo había amado desde el principio.

Lo había esperado cinco años y después siete meses más, hasta que solucionara su situación. Nadie hacía eso. Nadie, salvo ella. Ella sí que era la mujer de su vida.

La mujer que merecía la pena querer y amar y además lo ponía sexualmente a cien y celoso cuando veía que algún hombre la miraba con cara libidinosa. Le daban ganas de darle un puñetazo. Ella era suya.

Ese día, estaban muertos de cansancio. Tenían que recuperarse, que al día siguiente se iban a las Vegas. A ella, le encantó la ciudad de San Francisco.

Era una maravilla y le faltaron cosas por ver, pero con tan poco tiempo eligió lo más emblemático. Tenía la ropa en uno de los sillones. Luego haría la maleta— se dijo Karen. Ahora descansaba con su hombre. Antes de ir a cenar la dejaría lista. No tenían prisa. Estaban de vacaciones. Mat, como si le adivinara el pensamiento...

—Vas a necesitar otra maleta.

—Bueno, me la compras.

—Menuda cara. No te acostumbres que yo no compro nada a las mujeres— le dijo bromeando.

—Pero, yo no soy una mujer cualquiera. Soy tu prometida.

—Claro que no eres una mujer cualquiera. Te compraré joyas.

—Mat, no quiero que me regales joyas. En serio. Estaba bromeando.

—Lo sé, pero me hace feliz regalarte algo. Nunca le he comprado nada a ninguna mujer, pero tú eres la mía.

—Te quiero.

—Yo, también.

Al final, antes de la cena, hicieron las maletas y afortunadamente, pudo meter toda la ropa en las dos que llevaba, eso sí, Mat, tuvo que ayudarla a cerrarla porque había sido una exagerada comprándose ropa, pero él sabía que eran prendas sexys y que lo hacía para estrenarlas con él y se sentía orgulloso de su pequeña zanahoria y la suerte que había tenido de encontrarla.

Quería casarse con ella, con la única mujer que había sido enteramente suya. Podían llamarlo machista, pero la amaba más por eso, por su integridad y le gustaba su sentido del humor y que estuviese siempre pensando en él y esa generosidad suya.

Ella sí que era su mujer y podía comprarle la luna si se lo pedía, pero ella no pedía nada, solo estar con él.

Sí, tenía mucha suerte, más que nadie en el mundo y no podía dejar sus manos quietas si la tenía cerca.

Le encantaba todo de ella, sus ojos verdes, preciosos, su pelo, su cuerpo...

Pero si compraba algo en las Vegas, que no creía, tendría que comprar una maleta más. Ya vería cuando llegaran. Se merecía ser feliz así, porque ella era feliz con cualquier cosa y esperaba hacerla feliz siempre. No merecía menos.

CAPÍTULO ONCE

Terminaron la semana que les quedaba en las Vegas pero ella decía que sólo iban a ir a un casino, el del hotel.

También se quedaron en un hotel maravilloso. Mat, no quería escatimar en nada. Era muy rico y nunca gastaba nada y cuando salía con ella, todo le parecía poco, así que gastar dinero con ella, merecía la pena.

Además, ella, iba ahorrando por todos los sitios, siempre quería cenar en sitios baratos, quedarse en hoteles pequeños, y si discutían, era por esa razón.

Mat, le tenía reservado un tour en helicóptero para ver el gran Cañón, la Presa Hoover y el Cañón del Antílope.

—Pero Mat, tengo vértigo. Recuerda en San Francisco...

—Vas conmigo y es precioso, no te lo puedes perder.

Y la verdad fue un viaje maravilloso. Iban con otra pareja y la vista desde allí era inolvidable. Era lo mejor para ver en las Vegas. Aparte de casarse con traje de Elvis en alguna capilla.

—No te veo yo, con un traje de Elvis —dijo riéndose a carcajadas.

—No pienso casarme aquí.

Al final, pasaron unos días magníficos en las Vegas. Todo era a lo grande. En la cama se perdían, y ella se reía. Pasearon, cenaron, vieron las capillas y algunas atracciones y funciones nocturnas. Y cómo no, sexo y más sexo.

La última noche fueron al casino, pero ella sólo quería jugar en las máquinas, porque en lo demás no sabía. Y las máquinas, le parecía lo más sencillo.

Así que se sentaron en dos máquinas conjuntas. Ella cambió el dinero que tenía previsto para jugar, y le hizo a él tomar la misma cantidad. No iban a gastar más. Él no podía con ella.

—Mujer, para una vez que venimos.

—Ni hablar. Si ganamos algo bien, y si no, nos vamos. Has gastado en este viaje un pastón y no voy a permitir que gastes más.

Ella se animaba cada vez que ganaba una pequeña cantidad, pero la guardaba y él se moría de la risa.

—Eres de lo que no hay.

—Calla, que estoy concentrada

Y en una de esas ganó diez mil dólares y empezó a saltar de alegría a abrazarlo y le dijo que dejaba de jugar.

Hicieron el amor con los diez mil dólares en la cama.

—En mi vida he ganado diez mil dólares sentada sin hacer nada.

—Bueno, las vacaciones te van a salir gratis.

—Yo pago los vuelos. En primera.

—Ya están pagados en primera, cielo.

—Me voy a enfadar contigo.

—Quiero que guardes ese dinero para comprarte el mejor vestido de novia de todo Manhattan.

—No pienso gastar diez mil dólares en un vestido de novia.

—Por qué tendré yo ideas...

—Con ese dinero hacemos la boda entera.

—La boda corre a cuenta del novio. La novia solo tiene que ir vestida muy guapa y ser la protagonista.

—No serás capaz.

—Dejemos el tema, que tienes otro en tus manos —y le llevó la mano a su sexo duro y expectante.

—No me cambies de tema.

Cuando regresaron a Nueva York, ella tuvo que hacer espacio en su armario para meter toda la ropa que se había comprado, pero, al final había ganado dinero con el viaje. Iba a gastarse tres mil dólares, se gastó menos de dos y ganó diez mil. Porque Mat no quiso coger la mitad. Era tremendamente generoso.

Los siguientes días Mat, tuvo que ponerse al día en la empresa y ella, dedico a limpiar la casa y a comprar y descansar y leer un poco. En poco más de un mes empezaba el Instituto de nuevo.

Pero necesitaba descansar y hacer algo de ejercicio y se apuntó a un gimnasio por las mañanas durante el tiempo que le quedaba.

Tenía piscina que era lo que más le gustaba. Y estaba a unas cinco manzanas de casa, así que con ir andando, un poco de ejercicio y la piscina, estaría en forma.

Las tardes las dedicaría a leer y descansar en casa, ver la tele, o esperar a Mat, si salía pronto y estar con él.

Ella quiso hacerle un regalo por su cumpleaños especial, con el dinero que había ganado en las Vegas y que él no había querido cogerle ni la mitad ni nada.

Así que fue a una joyería y le compró unos gemelos de oro con diamantes engarzados. Sabía que eran muy caros.

Era el regalo más caro que había hecho en su vida. Tres mil dólares. Sabía que él le iba a reñir, pero ella estaba muy contenta. También le compró su perfume favorito.

Salieron a cenar a uno de sus restaurantes. Y ese día se puso uno de los vestidos que se había comprado en san Francisco y que aún no había estrenado.

Era negro, estrecho y de licra, con dos tirantes. Y no se puso nada más. Iba a darle una sorpresa. Parecida a la que él le dio el primer día que fueron a cenar.

Él llegó con un traje gris, estaba espectacular, se besaron y ella lo felicitó y cuando la vio con esa ropa estrecha y corta, quería quedarse, pero ella no lo dejó, le dijo que después.

—¡Malvada!, daba lo mismo ir media hora antes que después. Es nuestro restaurante. Y lo tenemos reservado.

—Por eso, tenemos que acudir a nuestra hora.

Y Mat, no tuvo más remedio que ir.

Le dieron la misma mesa que la primera vez. Ella había querido que reservara en ese restaurante. El mismo al que fueron la primera vez. Ya que en Nueva York, Mat, tenía cinco repartidos por toda la ciudad, pero ese era especial. Estaba en Manhattan y era precioso.

Cuando les quedaba el postre, pidieron una botella de champagne para acompañarlo. Karen pidió tarta de chocolate y él un cóctel de frutas.

Karen bebió de su copa con la mano izquierda y la derecha la metió bajo la mesa y tocó sus largas piernas, recorriendo su longitud hasta llegar a su centro y tocó su pene, que se alzaba contento y alborotado.

Mat, la miró interrogante, mientras se excitaba. ¿No pensaría ella que iba a tener un orgasmo allí? No era lo mismo que cuando ella lo tenía, no podía hacerle eso. Esa pequeña bruja zanahoria se iba a enterar.

Seguía bebiendo champagne sin mirarlo. Le bajó la cremallera del pantalón y Mat, dio un respingo y ella metió la mano y tocó toda su longitud de terciopelo sin sacarlo del pantalón. Mat acercó sus labios al oído de ella...

—¿Qué haces loquita? No me puedes hacer eso aquí. No es lo mismo y lo sabes cielo.

—¡Ay! Te juro que no lo he hecho a propósito...

—Sí, lo has hecho a propósito, pequeña bruja. Me vengaré.

Ella retiró su mano y él se abrochó la cremallera del pantalón y quiso vengarse antes de tiempo y tocó la suave piel de sus piernas, y subió a su sexo ya húmedo desde que ella lo tocó y se dio cuenta de que no llevaba nada debajo de ese vestido corto. Si se agachaba mucho podía verse todo. Y su sexo estaba húmedo.

—No llevas nada debajo, descarada.

—Me he vestido para ti. Te gusta que lleve poca ropa.

—¡Me vas a matar! Eres una bruja de Montana. Una cosa es poca ropa y otra es no llevar nada.

—¿No te gusta mi ropa interior? Mira que siempre me la compró para ti lo más sexy posible.

—Pues esta vez es demasiado sexy y ¿cómo me voy a levantar ahora? Tendremos que esperar al menos diez minutos y dejar de hablar de sexo.

—Cielo, no estamos hablando de sexo. Estás tocando el mío y si no quitas la mano voy a tener un orgasmo como la primera vez.

—Eso es lo que querías ¿no pequeña?

—Quería bromear un poco, —se estaba excitando demasiado. El no dejaba de tocarla y escondió su cabeza en su pecho para que no se notase nada. Y él siguió y cuando supo que iba a tenerlo, la besó en la boca, sosteniendo sus gemidos.

—Me encanta pequeña, pero hoy no vamos de fiesta, nos vamos al apartamento, quiero mi regalo de cumpleaños.

Y cuando llegaron al apartamento, ella le dio el regalo de cumpleaños. Le levantó la poca falda que tenía el vestido, la levantó contra su cintura a horcajadas y entró en ella de un empujón porque ya venía duro desde el restaurante y no pudo parar de embestirla hasta quedarse vacío. Fue un orgasmo descontrolado, fuerte y arrollador.

Karen aún gemía cuando él la llevó a la cama, echó la ropa hacia atrás y la tumbó en la cama. Y le terminó de quitar el vestido y se desnudó él. Se tumbó con ella y la abrazó.

—¿Estás bien cielo? He sido un bruto.

Karen lo abrazó.

—No, es que me has matado. Estoy en el cielo. Nunca pensé que se pudiera hacer tanto sexo seguido. Eres espectacular. Cuando seamos viejitos, si sigues así, me romperás los huesos.

—¡Qué cosas tienes mujer!

—Me encantas. Aún tengo que darte mi regalo de cumpleaños. Espera. Se levantó y fue a su vestidor y le trajo una cajita preciosamente embalada y otra más grande también con un papel de regalo

—¡Toma, espero que te guste!

—Karen, no tenías que haberme comprado nada.

—Es tu cumpleaños, si no te regalo a ti, no tengo a nadie a quien regalar nada.

Esas palabras le llegaron hondo. Era cierto, si no le regalaba a él, no tenía a nadie a quien

hacer regalos.

Abrió el paquete más grande antes, y sonrió porque era la colonia que utilizaba. Y la besó en la boca.

—Gracias cielo. Es mi colonia.

—Lo sé. Y me encanta olerte.

Y se dispuso a abrir la otra cajita y cuando la abrió, se quedó de piedra. Eran preciosos los gemelos, pero debían ser carísimos e iba a matarla. Sabía que le habían costado un dineral.

—Karen. No deberías haberlo hecho...

—Sí, quería hacerlo. Te amo y tú siempre has sido generoso conmigo. Si yo he aceptado los gastos que tú hiciste y haces, también debes aceptar mi regalo. Lo he hecho con amor. Así que no tiene discusión ninguna.

—Son preciosos, como tú. Los estrenaré en nuestra boda. Son demasiado bonitos para estrenarlos antes. Te amo, pequeña zanahoria.

—Y yo a ti, guapo.

Después de volver a hacer de nuevo el amor, esta vez con más ternura y sin prisas, él le dijo que tenían que ponerle fecha a la boda. Reservar sitios llevaba su tiempo y se acercaba septiembre.

—Mis padres están en Montana y ayer los llamé para decirles que me casaba. No se lo creían. No sabían ni que estuviera prometido.

—Es que eres...

—Están muy contentos, quieren conocerte y vendrán un mes antes de la boda para ayudarnos. Ya le dije que no tenías familia y mi madre quiere ir contigo a comprar el vestido de novia.

—¿En serio? Me encantaría.

—No sabes cómo se han puesto cuando les conté quién eras, que me cuidaste en la cabaña cuando ellos quisieron hacerlo y yo no les dejé. Además, que seas de Montana, ya los tienes ganados. A ellos les gusta vivir en Helena y van a veces a la cabaña.

—Me gustará conocerlos.

—Son estupendos, ya verás. Son sencillos y trabajaron mucho, pero ni mi hermano ni yo queremos que trabajen más.

Aún no se ha jubilado mi padre, pero les pasamos una mensualidad para que vivan bien. No tienen necesidad de trabajar.

Queremos que vivan. Trabajaron hasta hace apenas diez años como locos. Hasta que los veíamos estresados y dijimos basta. Nos encargamos y empezamos a ampliar y ahora están tranquilos.

—Sois dos hijos estupendos. A veces me hubiera gustado haber tenido algún hermano. Por eso para mí Tom es como un hermano, aunque hayas estado celoso de él, ha sido fantástico. Si tuviese uno, quería un Tom como hermano.

—Cuando nos casemos, lo será de verdad, cielo. Ahora no estás sola, tienes una familia, un hermano que te adora y un hombre que te ama más que nada. Lo abrazó y se sintió la mujer con más suerte del mundo.

Empezó septiembre y Karen volvió a sus clases y a reencontrarse con los profesores, los alumnos y su vida de siempre.

Él la llamaba cuando salía del Instituto para ver cómo le había ido el día y dormía con ella la mayoría de la semana.

Uno de los fines de semana, Mat, dijo que tenían que hablar de la boda ya sin dejar pasar más

tiempo, y de dónde iban vivir.

A ella le gustaba la calle donde vivía y su apartamento, además él tenía bastante cerca la empresa. Podían vender el apartamento y el ático y comprarse un apartamento más grande, porque a ella, el ático de él le daba vértigo, o podían vivir en el apartamento de ella, tenía tres dormitorios y estarían bien, era nuevo. Le dijo que si no encontraban nada mejor, se quedarían allí.

Aun así, él prefería comprar un apartamento más grande para tener un despacho más. Mat lo necesitaba.

Y por ahí empezó él. Habló con la inmobiliaria para ver si había en el mismo edificio de ella apartamentos más grandes.

Le contestaron que había uno de cinco dormitorios. No había con cuatro, estaban todos vendidos, pero en cambio el de cinco dormitorios era enorme y estaba vacío. Era lo único que no tenía como los demás, muebles.

Fue a verlo una mañana y estaba en un noveno. No estaba muy alto, uno más que el que tenía Karen.

Las vistas eran a la calle, como las que tenía Karen y le encantó, porque tenía en el dormitorio principal dos baños y dos vestidores enormes.

Podían poner dos despachos y tener dos dormitorios de invitados o por si tenían niños más adelante.

Tenía un cuarto de lavado, que a Karen le encantaría, además de servir para meter los útiles de limpieza. Otros dos baños, una gran cocina con una isla enorme, una despensa y una bodega pequeñita incrustada en la isla, con una nevera para los vinos.

Todos los electrodomésticos estaban y las lámparas que eran preciosas y estaba recién pintado de gris. Sólo faltaban los muebles.

Y lo compró. Le pareció grande para ellos, pero le encantó, tenía mucho espacio. Y a Karen le gustaría. Contrató a una decoradora y en tres semanas el apartamento era suyo. Sólo faltaba meter la ropa y hacer una compra con todo lo indispensable. Se lo dejaría a ella o lo mataría.

—Tengo que enseñarte algo —le dijo una noche que llegó a su apartamento.

—Qué quieres enseñarme, no se te habrá ocurrido comprar otra joya, por Dios, sabes que no quiero que lo hagas, es un gasto innecesario.

—No es eso.

—¿No?

—Venga, coge la llave solamente. —Y le dio un abrazo.

Salieron y subieron a la novena planta. Y él abrió la puerta de un apartamento.

—¡Entra!

Y ella entró y se quedó maravillada. Él le iba enseñando cada habitación y cada una era más bonita que la otra. La decoración era maravillosa. Le encantó un despacho y eso él lo sabía, porque era para ella. El dormitorio era espectacular, con sus dos baños y dos vestidores y vistas a la calle iluminado la ciudad. Lo miró interrogante.

—Lo has comprado...

—Sí, quiero que sea nuestra casa.

—Lo has comprado en mi edificio —Dijo con lágrimas en los ojos.

—Sí cariño, donde te gusta vivir. Pero no vayas a llorar que te conozco.

—Es maravilloso. Es enorme.

—Es para nosotros. ¡Di algo!

—¡Estás loco de remate!, me encanta. ¿Y nuestras casas?

—Yo, pienso vender mi ático, de hecho, ya lo tengo puesto en venta.

—Venderé mi apartamento y te daré mi parte.

—Eso no podrá ser. Ya está totalmente pagado.

—No puedes hacerme esto.

—Sí que puedo, voy a ser tu marido. El dinero que tengo es tuyo. Además, tú eres millonaria. Me voy a casar con una. Te dejo que hagas la compra de todo, comida y limpieza. El resto lo tiene todo, lo siento.

—¿Cuándo nos cambiamos?

—¿El fin de semana que viene?

—Bien, mañana iré a poner mi apartamento en venta. Me encanta cielo. Es maravilloso. Pero es que no quieres que pague nada y eso me hace sentir incómoda.

—Cuándo estemos casados tendrás que acostumbrarte. No puedes ser tan estricta. El dinero será de los dos.

—Está bien. Te quiero tanto... haces tanto por mí, que estoy siendo un poco...

—Maravillosa, eso es lo que eres, pequeña. Venga, vamos a estrenar esta cama.

—¿No lo dejamos para el fin de semana que viene?

—Estaremos de mudanza y estaremos cansados.

—Irresistible.

—Nos queda la boda.

Pusieron los apartamentos en venta y los vendieron en menos de un mes. Así que en octubre ya habían vendido los apartamentos y se habían mudado al apartamento nuevo.

Estaban preparando la boda. Que iba a ser el veintidós de diciembre.

Él ya había reservado un salón y había reservado Iglesia. Mandado las invitaciones. A los profesores del Instituto, a los padres, a su hermano y a la novia y a los amigos y conocidos de su empresa.

En total serían unas doscientas personas. Ella se echó las manos a la cabeza, pero él le dijo que no se preocupara, que no tenía más remedio que invitar a todas esas personas.

Un mes antes de la boda, llegaron los padres de Mat. Ellos los invitaron a su casa, pero ya Tom, los había invitado a su apartamento de central Park y no querían molestarlos con todo el ajetreo de la boda. Pero por las tardes estaban juntos.

El padre de Mat, Nick, era igual de alto que sus hijos. Era un hombre alto y guapo de ojos azules, como sus hijos. Tenía cerca de sesenta años. Era alegre y su carácter era más parecido a Tom que a Mat.

Con su nuera bromeaba mucho y la cogía por los hombros. Era muy cariñoso y era más campechano que sus hijos, que eran más señoritos.

Su madre, Lisa, era una mujer muy graciosa. La acepto como a una hija. Decía que nunca había tenido una y estaba contenta de que ella hubiese esperado para que le ayudara a elegir su vestido. Pero le decía que tenía que elegirlo ella.

Así que un sábado, que no tenía Instituto, mientras ellos iban a comprarse sus trajes, ellas también fueron por otro lado a comprarse los suyos.

Mat le dijo que fuese a la séptima avenida, que su madre llevaba una tarjeta de crédito para que se lo comprara.

Estaba listo si creía que le iba a comprar el vestido. Él había pagado hasta el apartamento y quería que ella tuviese su dinero guardado aparte y el suyo de los dos.

Era tremendo. Esta vez, estaba equivocado, iba a comprar la ropa de su madre y la de ella con su dinero. Y nada ni nadie la haría cambiar de opinión.

Su madre estaba toda emocionada. Tomaron un taxi y se fueron de compras.

Ella se compró un vestido precioso color marfil de encaje de manga larga, estrecho y se ampliaba por debajo de la rodilla. El velo era largo y precioso. Se compró también medias, los zapatos y la ropa interior.

A su madre le encantó. Debían ir a la semana siguiente, ya que debían meterle al bajo, pero el resto le estaba pintado. Así que se llevaron el resto de las cosas.

A la madre de Mat, le compró un vestido precioso de color buganvilla, con un pequeño adorno en la cabeza y zapatos y ropa interior también. Y ella pagó con su tarjeta. No consintió que Lisa pagara nada.

—Mi hijo me va a matar —Karen hija.

—Está usted guapísima Lisa. Su marido, se va a querer volver a casar de nuevo.

—Para eso nos quedan unos diez años más.

—Pues iremos a otra boda. Ahora vamos a por las alianzas, me gustaría que eligiésemos unas que vayan con el anillo que Mat me compró.

—Ahora sí que te matará también a ti.

—Su hijo es demasiado generoso conmigo y además terco como el que más, y como yo no haga las cosas sin que esté delante, no me deja hacerlas. No puedo con él en cuestión económica.

—Nosotros tampoco. Le decimos que no nos mande tanto, pero todo lo que hace es poco para nosotros.

—Porque se lo merecen. Tiene unos hijos estupendos.

—Y una hija. Eres muy buena Karen.

—Gracias —Y se le inundaron los ojos de lágrimas. Y la madre de Mat, la abrazó y ella sintió que verdaderamente tenía una familia ahora.

Y en la joyería entre las dos eligieron las alianzas. A las dos les gustaron unas alianzas finas de oro blanco. Eran más elegante y de las que le sacó el joyero eligieron las dos las mismas alianzas y se rieron.

Quedó con el joyero en que la de él, si no le estaba bien, se las arreglarían, aunque pensaba que esa era su medida.

—Y ahora nos vamos a comer las dos solas. Y en el primer restaurante que encontraron, comieron, antes de ir al apartamento de ellos, donde habían quedado para tomar allí el café. Compraría unos dulces de paso cuando se fueran.

Cuando terminaron de comer, compraron unos dulces y tomaron un taxi.

Ellos ya estaban allí, y Karen le dijo a Mat, que no mirara y guardó en uno de los cuartos de invitados su ropa.

Ya estaba todo listo.

Mientras tomaban el café, ella sacó las alianzas y la miró.

—¿Te gustan?

—Son preciosas, pero cielo, yo iba a comprarlas.

—Tú lo compras todo. Quería comprar yo algo.

—Mira a ver si te queda bien la tuya Mat —le dijo su madre. —La hemos elegido entre las dos.

Mat, se la aprobó y le quedaba perfecta.

—¡Qué bien te conoce! —le dijo Lisa a su hijo toda satisfecha.

Ya estaba todo listo. Sólo recoger la siguiente semana el vestido y listo para la boda.

Quedaban apenas dos semanas.

Cuando los padres estuvieron cansados, Mat, los llevó a casa de Tom, donde se alojaban. Su madre le dio la tarjeta de crédito que le había dado por la mañana.

—No me ha dejado pagar ni el restaurante. Hasta mi ropa me la ha comprado ella.

—¡Pero mamá!

—Tú podrás con ella, yo no puedo con ninguno de los dos, sois iguales de tercos con el dinero. Pero déjala, quería pagar algo. Es la mejor mujer que puedes tener. Si te hubiera elegido una yo misma, hubiera elegido para ti a Karen y si hubiese tenido una hija hubiese querido una como ella. Aunque ya es como mi hija. Se ha emocionado y todo.

—Lo sé, es muy emotiva y llorona cuando se emociona.

—Me encanta hijo y a tu padre también —y espero que Tom haya elegido igual que tú, una buena chica y normal sin aires de grandeza, que te ame como te mereces y mire por tu dinero.

—Mamá, ¡qué cosas tienes! No hay mujer más ahorrativa y que se enfade más por lo que gasto que Karen.

—Lo sé, lo he comprobado. Por eso me gusta tanto.

—Gracias mamá. Me alegro de que te guste Karen. Es una mujer única.

El novio iba con un smoking, estaba imponente y nervioso en el altar, pero cuando llegó la novia del brazo del padre del novio, que la llevó al altar y la entregó a su hijo, la vio tan hermosa que supo que sería suya para siempre.

La ceremonia fue preciosa y la comida exquisita, a cargo de los restaurantes de ellos. Y estaba toda la familia emocionada.

Sus padres no podían estar más felices y satisfechos de sus hijos, que eran los mejores.

La luna de miel... tenían pocos días, pero ella ya sabía dónde iba a pasarla...

Era casi de madrugada. Se habían despertado después de hacer el amor casi toda la noche...

—¡Hola pequeña! ¡Buenos días! Sabía dónde querías ir de luna de miel.

—Es que tengo un marido muy listo. ¡Me encanta esta cabaña! Aquí te conocí. Estabas vociferando como un lobo y recuerdo que me dijiste que me fuera. Y olías mal. Llevabas dos días sin lavarte.

—Eso es porque no te conocía, pero en cuanto te vi con ese pelo de zanahoria y mandona como nadie, me gustaste un montón.

—Menos mal que dejaste que me quedara. Necesitaba el dinero como nadie.

—Menos mal que lo hice, si no, hoy no estaríamos aquí los dos juntitos, mi amor.

—Gracias a ti, y a Sonia soy la mujer en que me he convertido.

—¿En una mujer que le gusta mucho el sexo?

—¡Pero qué tonto eres! —y se echó encima de Él peleándose de broma y Mat, se reía con ella.

—¡Ay!, pequeña zanahoria, qué peligrosilla te vuelves en Montana.

—Tengo mi vena de pueblerina no creas.

—Esa que cuando me lavabas y me tocabas y tenía que controlarme.

—Ahora te conozco y te pones duro muy pronto.

—Pero solo contigo mi amor, no vayas a creerte. Contigo tuve que controlarme bastante.

—Ya lo sé. Lo notaba.

—¡Eres mala!

—Era una profesional. Hacía como que no me daba cuenta. Pero notaba el calor de ese miembro que me excita como ninguno.

—No has tenido ninguno más que este —y le cogía su mano pequeña y se la llevaba a su pene erguido y preparado para ella.

—Muy gracioso te crees. Pues si te pones tonto puedo probar otros.

—Eso no lo digas ni en broma.

—Bueno...

—En serio. No te lo perdonaría.

—Así estamos ¿eh?

—Sí, así estamos. Eres mía y no te dejaré con otro ni loco que estuviera. Te quiero tanto. Me pondría muy celoso y sufriría mucho y tú no quieres verme sufrir, me quieres mucho.

—¡Ay mimosito! Te amo. Me enamoré de ti, aquí, en esta cabaña y mucho antes de que hiciéramos el amor.

Mat, la escuchaba atentamente. Era única e inigualable y divertida y juguetona. Ahora tenía su pequeña mano donde no debía, y él se estaba excitando de nuevo y tendría que poner remedio a eso, porque esa pequeña zanahoria era tan insaciable como él mismo. Eran el uno para el otro y sabía que no habría otra mejor para él que su pequeña zanahoria.

—Cariño, esto se está subiendo... —le dijo Karen.

—Ahora no tengo que disimular nada —estirándose en la cama.

Cuando ella fue a moverse en la cama, él tiró de ella y se cayó encima de él, dando con sus pechos en el suyo duro y notando la excitación y el calor de su sexo preparado para ella.

—¡Ay! Lo has hecho a propósito. —Dijo ella mirándolo y recordando aquella vez...

—¡Te juro que no lo he hecho a propósito!